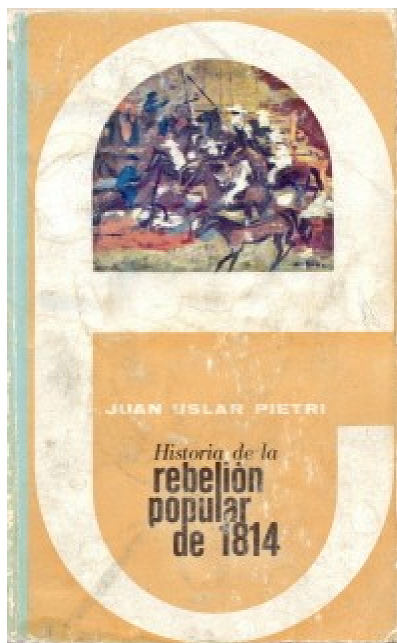


La Rebelión Popular de Venezuela en 1814 no fue un simple acontecimiento local, natural en la lucha. Sino el suceso social de más envergadura que registra la Historia de la Emancipación americana. No encontramos un hecho igual en ninguna parte del Continente, si exceptuamos al Santo Domingo colonial, que pueda ser comparado al de Venezuela.

En ningún momento se vio algo semejante en la lucha por la Independencia de las otras Repúblicas. Los ilustres Libertadores de Argentina, Cuba, Estados Unidos, Uruguay, etcétera, no se llegaron a ver en el terrible caso de Bolívar y los suyos. Por todas partes se decidían las Independencias con dos o tres batallas importantes contra las autoridades españolas. El pueblo o era patriota o indiferente, o luchaba como simple mercenario, sin ideal y sin sentimientos por la causa realista. Pero en Venezuela, y eso es lo interesante del asunto, hubo además de la guerra de Independencia una' revolución, estructuralmente hablando, contra los patriotas que hacían la Independencia. Revolución ésta que no tuvo que ver nada con el Rey de España ni con el realismo, sino que todo lo contrario, tuvo características democráticas y niveladoras.

Por eso en el estudio de la Rebelión Popular se resalta de manera poderosa la labor de Bolívar y de sus lugartenientes. Pues, además de sostener nuestros libertadores una guerra a muerte con España, mantenían una lucha contra los mismos venezolanos que peleaban por la libertad social. El libertador ha tenido que ser un hombre extraordinario, superior, para haber podido resistir aquella oleada de sangre, imponérsele y dominarla, haciéndola suya, para luego ir a luchar contra la autoridad despótica del Rey de España. El supo aprovecharla y domarla como un potro cerrero y hasta llevarla por las vías de la Independencia de la patria. Y hay que señalar, que esa Rebelión fue un movimiento tanto o más sangriento que la Jacquerie y que la misma Revolución francesa.

Lo que resulta bastante extraño es que hasta ahora, si exceptuamos las formidables lineadas de nuestro gran sociólogo Laureano Vallenilla Lanz, nadie había presentado el fenómeno de la rebelión como un acontecimiento social de primera magnitud. Las pocas veces que se le ha hecho mención en la historia, es para presentar a 1814 como una explosión del realismo frenético de nuestros llaneros, pero sin ahondar jamás las verdaderas causas. .

No me explico cómo ha sido posible interpretar como realismo la rebelión por el solo hecho de decirse realista. El que haya observado un poco al pueblo venezolano,

democrático hasta los tuétanos, no puede afirmar que hubiese sido éste capaz de ser partidario del Rey y de los privilegios. En América, los portavoces de la autoridad del Monarca, los que inculcaban amor al Rey, eran los sacerdotes. En aquellas regiones americanas, como Pasto (Colombia), donde el cura tenía un estrecho contacto con sus feligreses se daba la posibilidad del caso que por presión del párroco se lanzaran los habitantes de la comarca a luchar en favor del Rey. Pero en Venezuela, donde si se exceptúan algunas de las principales ciudades, no había religiosidad en el verdadero sentido de la palabra. En sitios como en los llanos o en los lejanos campos donde era muy difícil que llegara la voz del sacerdote, donde apenas se tenían nociones vagas de lo que era el Cristianismo, mal iban a saber lo que significaba el Rey. Aquellas insurreccionadas montoneras que iban saqueando y matando blancos, cometiendo sacrilegios en las iglesias, ensangrentando altares, no podían ser jamás realistas, ni representantes del orden y la religión. Lo que sucedía era que aquellos hombres abrazaban las banderas realistas como un pretexto para satisfacer sus odios de clase, para realizar la libertad social que anhelaban. Porque de haber estado los poseedores del lado de los realistas ellos hubiesen sido, sin lugar a dudas, fervorosos patriotas. La rebelión, pues, bajo las banderas del Rey no fue más que un pretexto.
En realidad, si observamos bien la actitud de nuestros congresantes de 1811, y aun la de nuestros promotores de la Independencia, veremos que sentían una intuición muy clara de lo que iba a suceder. Todos temían que se repitiese, en caso de darse libertades, las mismas escenas que azotaron a Santo Domingo a final del siglo XVIII, isla ésta donde los esclavos degollaron a los blancos dueños de las plantaciones. Temían, pues, y lo decían abiertamente que la igualdad política significaba en cierta manera abrir el dique de las "castas", y que éstas irían a perseguir, como consecuencia lógica, la igualdad social. Preveían inconscientemente lo que luego sucedió. Pues todavía estaban frescas las hazañas del zambo Chirinos, todavía se conocían las heroicas aventuras de Andresote, aun se comentaban con temor las matanzas del negro Miguel. Diariamente se veían esclavos que se escapaban de las plantaciones de sus amos para refugiarse en los bosques y llevar desde allí una vida de asesinatos camineros. Hasta que un buen día traían al negro cimarrón, y en el patio de la Hacienda, amarrado a un botalón, le daban delante de todo el negraje doscientos buenos latigazos que hacían brotar la pulpa roja de la espalda del condenado.
Y solamente gracias a los discursos demagógicos de la Sociedad Patriótica, tal como lo veremos en estas páginas, es que se provoca una declaración de absoluta independencia. Pues si bien estaba en los corazones de todos aquellos congresantes, que en realidad la querían, a la vez temían que para sus intereses fuera más perjudicial que una moderada separación de España. Y luego, por sus indecisiones, aquellos hombres iban a ser las víctimas de un "Terror" mucho más sangriento y espantoso que el del 93. Pues si bien en Francia la revolución fue exclusivamente en París, en Venezuela fue en todas partes, principalmente en el campo. La nuestra fue mucho más popular entre las masas que la francesa. Más agraria que citadina. Boves, Rosete, Antoñanzas, Diegote, Morales y el zambo Machado penetraron mucho más dentro de la psicología de su ambiente que Robespierre, que el carnicero Legendre, que Marat, que Saint-Just, que Maillard Baboeuf y tantos otros. Fueron estructuralmente más revolucionarios y mucho más emprendedores que los apóstoles del jacobismo. Prueba de esto fue el cariño que las turbas revolucionarias sintieron por ellos a la hora de la desaparición. Cuando murió Boves sólo hubo un inmenso silencio a su alrededor. Nadie entre sus hombres aplaudió el lanzazo que le sacó las entrañas. En cambio, cuando Robespierre fue guillotinado y su cabeza destilando sangre fue ofrecida al público, el pueblo aplaudió hasta calentarse las manos, y las viejas tejedoras rieron hasta más no poder enseñando sus dientes negros

al cielo de París.
Por eso es injusto callar la Rebelión del catorce. No solamente en lo que respecta al interés social que significa tal movimiento, sino porque es necesario destacar que los triunfadores de La Puerta, la Villa de Aragua, San Marcos y Urica fueron tan venezolanos como los de Carabobo, Vigirimas, Araure y San Mateo. La rebelión es un hecho venezolano, provocado por condiciones extrañas a nuestra verdadera conciencia nacional, tal como fue el clasicismo colonial. Pero nunca por estar aquellos sangrientos lanceros en contra de la patria que les vio nacer. Los hombres de Bolívar y los de Boves luchaban regando generosamente su sangre por ideales que, aparentemente distintos, convergían en la libertad.
En la elaboración de este trabajo he seguido un orden hasta cierto punto clásico en la narración de los acontecimientos. Pero, como lo notará el lector, he saltado por todos aquellos sucesos, que sin poseer un interés extraordinario para la historia, no tenían nada que ver con la rebelión popular, propósito de estas páginas. Por eso aquí se encuentran algunos puntos que corrientemente apenas se mencionan, bastante desarrollados, y otros en cambio apenas esbozados.
En la composición de los capítulos he buscado más que todo el suceso, el hecho destacado, el lugar o la frase. En la realización de los acontecimientos y en las descripciones he seguido la sistemática moderna que exige el origen y la fuente de cada afirmación que se hace. En la bibliografía, a pesar de no encontrarse casi libros ni documentos de la época que estudiamos por la ausencia prácticamente total de hombres que escribieran memorias o conservasen apuntes, hemos preferido el "yo vi" o el historiador de la época que conoció a los actores y a las víctimas, que el especialista moderno. Al propio tiempo de haber destacado el sentido estructural de los acontecimientos, tanto sociales como económicos, he tratado de remozar, de darle nueva vida, al viejo método de "colorido ambiental" que tan bien le va a la Historia, y en especial, a la pequeña historia de una época determinada, de un individuo o de un momento, siempre y cuando semejante color no signifique fantasía y sobre todo fantasía que pueda perjudicar a la realidad.
Antes de terminar, quiero dedicar estas páginas al pueblo venezolano. A Simón Bolívar, el Libertador, símbolo de la libertad y de la unidad de la patria Y a todos aquellos hombres que, luchando ardientemente contra la dominación española, lograron un día conquistar la Independencia y el bienestar para esta heroica y gloriosa tierra de Venezuela, mi Venezuela.

París, diciembre de 1953.

Primer capítulo
LA REPÚBLICA ES COMO UN JUEGO DE NIÑOS

I. Los timoratos

Ya efectuado el paso del 19 de abril no quedaba otra salida a los señores que jugaban a la revolución que seguir el camino trazado por los acontecimientos o retractarse de lo hecho. No había lugar para una tercera posición, intermedia, que hubiese sido, sin lugar a dudas, la escogida por aquel grupo de hombres, ricos terratenientes en su mayor parte y por lo tanto timoratos e indecisos.
El grupo que efectuó indirectamente el 19 de abril no fue, a excepción de un puñado de

revoltosos, un grupo revolucionario. Ni mucho menos. Era un conjunto de hombres moderados, a los que para el porvenir de sus negocios no convenía el monopolio económico de esa España decadente y atrasada de la cual eran vasallos obligados. Querían la independencia de la patria mientras esa independencia no significara, en manera alguna, lesión de los intereses por los cuales efectuaban semejante movimiento. Es decir, ni guerra con España ni trastornos internos. "Yo conozco los principales personajes del Congreso de Venezuela, dice Dauxion-Lavaysse en una carta, éstos no son hombres de grandes miras ni facciosos, son simplemente propietarios que desean la independencia de su país" (1).

Los hombres de 1810, y que en general eran los mismos, física o espiritualmente, de l811, no estaban dispuestos en manera alguna a llevar las cosas a un punto extremado que pudiera, en un caso determinado, resultarles más perjudicial que la situación estática e intolerante de España. Por eso veremos que en el transcurso de los primeros tiempos el Congreso Nacional será moderado, y tiene que crearse, para espolear a este grupo de hombres y decidirlos por el cinco de julio, ese club girondino que la historia conoce como la Sociedad Patriótica.

La situación social, de conjunto, en que se encuentra esa Venezuela de 1811 precursora de la Independencia, es la siguiente. Primero un grupo bastante reducido, compuesto por los empleados españoles y criollos de los distintos ramos administrativos; por los hacendados españoles y por el enjambre de pequeños comerciantes, canarios en su mayoría, que deseaban ardientemente la vuelta al viejo régimen, a la eterna colonia, donde solamente podrían sobrevivir y conservar alguna importancia social (**Ver nota 1**). Este grupo, por consecuencia lógica, ha de crear el descontento, ha de azuzar, cuando los trágicos días del terremoto, al clero y al fanatismo contra la incipiente Independencia; y más tarde, cuando vea todo perdido, recurrirá, como medio último y desesperado, a la temida insurrección de las "castas", armando los negros del Tuy contra los blancos mantuanos y contra Miranda.

El segundo grupo está compuesto por los grandes propietarios y comerciantes ligados a la producción nacional. En su mayor parte, con pocas excepciones, es un grupo que desea la Independencia, pero la desea en el fondo, sin derramamiento de sangre, sin escándalo, calladamente. No quiere exteriorizar su descontento porque- en general tiene mucho que perder. Con el beneplácito de este grupo es que se realiza el 19 de abril, pero es también este grupo quien condena a Miranda cuando sus primeras intentonas libertadoras. Quiere independencia sin guerra, y libertad con pueblo esclavo y sumiso. Este grupo es el que por presión de los demagogos de la Sociedad Patriótica declarará la Independencia, pero también será él el que por sus contradicciones internas ocasionará la pérdida de la Primera República y preparará con sus pequeñas rencillas y complejos de clase el advenimiento de esa gran oleada de sangre que fue la rebelión popular de 1814.

El tercer grupo es el de los insurrectos, compuesto en su mayor parte por jóvenes pertenecientes a la clase media o a la nobleza. Estos últimos, ricos herederos como los Bolívar o los Ribas, impregnados de la filosofía revolucionaria francesa y plenos de idealismo nacional, a quienes nada les importa perder posesiones y fortunas con tal de ver una bandera propia ondeando sobre el suelo de la patria. Son ellos los fundadores de la libertad. Desde la austera tribuna de la Sociedad Patriótica van a ir pulsando la opinión de una manera tal que, llegado el momento, los "timoratos" van a tener que doblegarse y someterse, hasta tener que sumarse, muchas veces a la fuerza, a este hermoso grupo pleno de idealismo y de libertad.

El cuarto grupo es el pueblo; libres y esclavos, negros y mestizos, formando en un 95 por 100 lo que en aquellas épocas se denominaba "las castas" o también con un cierto

sentido de desprecio "el negraje", aunque fueran indios o simplemente mestizos. Este grupo está sometido por completo a la ignorancia y al aislamiento espiritual más absoluto. No tiene noción de lo que puede ser la patria, la familia o la religión. Es un grupo que en teoría es humano pero en la práctica se considera como animal, o como intermedio entre la bestia y el hombre. Ven al blanco con el odio intenso de la inferioridad forzada. Por generaciones han tenido que doblegarse a los caprichos más pequeños de sus amos y al látigo, material o moral, de sus capataces. El libre se diferencia del esclavo en el solo aspecto de que no es esclavo. Muchas veces no se le paga nada o muy poco, con el agravante de que tiene que cargar consigo mismo, mientras el verdadero esclavo, como propiedad, es protegido por el amo.
Tal es, poco más o menos, el conjunto social en que se hallaba dividido el país después del 19 de abril, fecha en que comenzamos este análisis.
Apenas llegado el General Miranda, de Inglaterra, invitado por el grupo extremista de la nobleza, cuando los moderados inician su presión para eliminarle o apartarle, como un peligro cierto de desorden. Miranda, por su parte, no es hombre que pueda ser derrotado por tan poca cosa, y organiza con el grupo extremista un Club revolucionario inspirado en los de la Francia de 1789 para poder ir impulsando la opinión hacia una libertad absoluta con respecto a España y con respecto a la multitud de prejuicios de casta que exhibían los moderados o "timoratos" de la nobleza venezolana. Es, pues, Miranda su organizador y su espíritu. "A fin de dar mayor fuerza a los partidarios de la causa patriótica, dice Palacio Fajardo, testigo de los acontecimientos, el General Miranda propuso establecer un Club donde los ciudadanos se reunieran para discutir las cuestiones de interés general; un abogado de gran erudición, don Francisco Espejo, le secundó poderosamente en esta ocasión, y el Club fue establecido con el nombre de la Sociedad Patriótica" (2)
Allí se reúnen todos los exaltados, gritan, vociferan, ofenden a los moderados; dejan las ventanas abiertas de par en par para que el pueblo pueda empaparse de los discursos que se dicen en bien de la libertad y en contra de los prejuicios. Se dictan las normas que se han de seguir y la política que ha de llevar al Congreso. Se ennoblecen y se destruyen reputaciones, se halaga al pueblo que hasta ayer no fue más que el "populacho", se va revolucionando todas las conciencias. Y logran, mediante esa línea de conducta, una cosa ignorada e imposible en la Venezuela colonial, esto es, una opinión pública. Una opinión pública dirigida por la Saciedad, bien entendido, pero al fin y al cabo una opinión. Miranda consigue de esta manera un triunfo personal sobre los "timoratos", sus viejos enemigos.; pues con la Sociedad y la opinión en sus manos el camino le está abierto para hacer doblegar a los descendientes de aquellos grandes señores que injuriaron a don Sebastián, su padre, tratándole de pardo y que luego cuando su expedición libertadora habrían de escribir una carta al Rey llena de sumisión. Por eso la primera arma que esgrime Miranda es explotar el odio de la gente de color y exaltar los rencores escondidos bajo la opresión. Sus discursos y proclamas de igualdad y libertad han de ser los primeros martillazos a la cadena que ha de reventar en 1814 ocasionando la gran rebelión popular y sepultando, sin quererlo é1, toda la organización de los blancos, la República y trescientos años de colonialismo sostenido.
El Club de la Sociedad Patriótica estaba situado en la esquina del mismo nombre, en la Casa en que habla tenido su sede la "Sociedad de Economía y Amigos del País" mandada a establecer cuando el Rey Don Carlos III (3). Cada vez que los oradores agitaban en el Club, la calle se llenaba de esclavos y hombres de color que oían por primera vez lo que jamás les habían dicho. "El pueblo de Caracas, dice Palacio, compuesto principalmente de mulatos, escuchaba con interés los argumentos que les ofrecía los medios de obtener una existencia política" (4). La Sociedad aprovechó el día

de la conmemoración del 19 de abril para demostrar al Congreso y a la Nación su fuerza y su popularidad. El grupo de los "revoltosos", que Lovera nos pinta de manera magistral en su "19 de abril de 1810" con sus altos sombreros negros, sus capas sombrías y aire conspirador, son los mismos que en este primer aniversario patrio se lanzan a la calle con el fin de agitar y reunir masas populares. "Después del servicio divino, dice Palacio Fajardo, los habitantes se dispersaron por las calles, todos vestidos con sus trajes festivos, llevando en sus sombreros cucardas rojas, amarillas y azules. Grupos de músicos, seguidos de danzantes, recorrían la ciudad cantando aires patrióticos. Los miembros de la Sociedad Patriótica atravesaban en procesión las principales calles llevando banderas apropiadas a esta fiesta. Personajes de consideración de Caracas se juntaron al cortejo, se vió en esta ocasión a muchos grupos de indios de los alrededores, jugando y danzando a su manera, más cándida que graciosa; la alegría se reflejaba en todos los rostros, las mutuas felicitaciones eran vivamente experimentadas en todas partes. La noche trajo más gente en busca de alegría, Caracas fué enteramente iluminada, los edificios públicos y muchas casas particulares ofrecían inscripciones y emblemas ejecutados todos con tanto gusto como gracia. Los diferentes grupos de músicos continuaban llenando el ambiente de sonidos melodiosos, y la alegría de los habitantes pareció aumentar a medida que el calor del día declinaba. Pequeños teatros elevados en diferentes sitios de la ciudad procuraban nuevas diversiones al pueblo, quien manifestó el más vivo entusiasmo" (5).
La Independencia estaba conducida por buen camino. La demostración había sido todo un éxito y ni los enemigos más acérrimos podrían ya oponerse abiertamente a la Sociedad Patriótica, dueña del espíritu del pueblo caraqueño. Los asiduos oyentes del Club se multiplicaron convirtiéndose aquella calle en verdadera "Corte de Milagros", donde los más audaces se agarraban de los balaustres de las ventanas. Por las calles empezaron a aparecer grupos amenazadores que dirigiéndose a todos los paseantes entonaban la sangrienta canción que en enero del mismo año se había publicado en la imprenta de J. Baillio y Ca. situada en la esquina del Palacio Arzobispal. El estribillo decía:

Viva tan sólo el Pueblo,
El Pueblo soberano:
Mueran los opresores,
Mueran sus partidarios (6).

Entre los principales exaltados que se contaban en aquellos tiempos estaba José Félix Ribas, quien habíase visto envuelto, poco tiempo antes, en una conspiración que tenía por fin el levantamiento de las clases oprimidas contra la hegemonía de los blancos poseedores (**Ver nota 2**).
El Congreso temía. Temía que la libertad pura, virginiana, que tanto deseaba se le empezase a corromper merced a las gestiones demagógicas de la Sociedad Patriótica. Temía que una libertad popular, "sans-culotte", sería una exposición constante para sus más caros intereses (**Ver nota 3**) . Tanto más cuanto que ya en 1811 esos discursos encendedores hacían prever a los moderados el curso que más tarde tomaría la Independencia, rumbo que los agitadores no se sospechaban. Bien es sabido que generalmente los que inician las revoluciones acaban por ser devorados por ellas, pues aquellos que al principio surgen como agitadores al fin terminan como moderados; nuevas figuras aparecen entonces obedeciendo al cambio impetuoso de las circunstancias, al devenir constante de esa vorágine humana que es la revolución. A situación diferente, hombres diferentes. Tal es el lema interno, inconsciente, que guía a

los movimientos populares. Y hoy en día vemos, después de tantos años de aquellos días de 1811, que ninguno de los miembros de la Sociedad Patriótica llegó a ser, en su momento oportuno, jefe de la rebelión popular, terminaron más bien por ser perjudicados en sus intereses, lo mismo que les sucedió a los "timoratos".
Y así vemos a Bolívar desterrado, a Ribas' con la cabeza en una pica, y los otros o muertos o escondidos en las selvas huyendo como desesperadas bestias de las lanzas inclementes de la rebelión 'popular, desencadenada inconscientemente por ellos con sus ardientes discursos de la Sociedad Patriótica.
El temor de los moderados crecía cada día y cada día veían con peores ojos al Club agitador que les llevaba directamente a la ruina: Urquinaona, criollo realista que asistió a aquella lucha entre la Sociedad y el Congreso, opinaba con el criterio de los moderados de la época diciendo que la Sociedad estaba compuesta por "los más inmorales y los más libertinos" y lleno de indignación reaccionaria, agregaba con mucha amargura que esta Sociedad se proponía el espantoso crimen de "disipar la ignorancia de los pueblos, elevar las ideas de los ciudadanos a la más alta dignidad de un hombre libre, constituir el Estado, manifestar que en Venezuela no debería haber otro Rey que el que crió el Universo, ni otro gobierno que el que ella se constituya, y hacer palpable la falsedad de los derechos que la preocupación podía atribuir aún a Fernando de Borbón" (7).
Pero a pesar de todos estos juicios, falsos o verdaderos, veremos que aquellos revolucionarios de la Sociedad Patriótica, pertenecientes en su mayoría a la nobleza o a la burguesía y ligados con lazos familiares al grupo de los "timoratos", no se daban cuenta de lo que estaban haciendo. En ese juego a la democracia tenían tanto que perder como los "timoratos". Destruyendo a los moderados con las armas de la absoluta libertad y del igualitarismo se destruían a ellos mismos. Ese grupo de hombres distinguidos no medían la catástrofe cuando en Julio de 1811, con sus vociferaciones demagógicas, pedían las libertades rousseaunianas para los esclavos que llenaban sus haciendas y para la multitud que rugía al eco de sus palabras. No podían prever en aquel momento de sublimación espiritual que estaban abriendo las compuertas del alud igualitario que debía ahogarlos a todos por igual. No podían imaginarse que aquellos mismos esclavos siguiendo los emblemas revolucionarios de Andresote, de José Leonardo Chirino y del Negro Miguel, guiados por capataces, pulperos y contrabandistas y aprovechando las libertades por ellos inconscientemente propagadas fueran, en un arrebato de furor igualitario, a asesinar a sus mujeres, a sus hijos y a ellos mismos, sembrando por todas partes la ruina y la desolación al propio tiempo que la libertad social; fundando un gobierno popular y democrático, sin nobles y sin ricos, representado por aquellos forajidos que fueron Boves, Rosete, Suazola y Antoñanzas. Si esos revolucionarios hubieran podido prever las consecuencias de sus discursos encendedores y de sus pequeñas rencillas, la Sociedad Patriótica no se habría fundado y la Independencia hubiera tomado otro rumbo, pero en historia no es bueno modificar lo sucedido ni adelantar lo ocurrido.
Observando la conducta de nuestros patriotas en aquellos primeros años de ilusión y de lucha, dice José Domingo Díaz que la Independencia "hasta entonces no había presentado todo su aspecto feroz, y era semejante a una reunión de niños que jugaban a gobierno" (8). En realidad era una observación acertada la de Díaz.
Por aquellos últimos días del mes de junio, precursores de la Independencia, un hecho vino a demostrar la importancia que había adquirido el pueblo caraqueño ante el Congreso. Este decidió mudarse para la Capilla de la Universidad el jueves 22, pues el pequeño salón que el Conde de San Javier había puesto a la disposición para las deliberaciones no tenía cabida para un auditorio numeroso (9).

La poca distancia que existía entre la Capilla y la esquina de Sociedad y la amplitud de la "barra" dentro de las sesiones de la Asamblea demostraban claramente el triunfo del Club popular (**Ver nota 4**).
Miranda, por su parte, aprovechaba la situación reinante, de odio a la nobleza y a los ricos, para vengarse con sus discursos demoledores del señorío mantuano que había vejado a su padre y que, en los tiempos de sus expediciones libertadoras en Coro y Ocumare, habían tornado parte, corno ya lo hemos dicho, por el Rey y el colonialismo. Poudenx, inapreciable testigo de los acontecimientos que estamos relatando y enemigo declarado del futuro Generalísimo, escribe que "el establecimiento de la Sociedad Patriótica le facilitó (a Miranda) los medios de calentar el espíritu del bajo pueblo; y sus discursos, junto a las vociferaciones de algunos individuos que le eran adictos, contribuyeron al éxito de sus proyectos. No dejó escapar ninguna ocasión de volver odiosos a sus adversarios ante el populacho. Comprendiendo también de cuánta utilidad podía serle el poder eclesiástico, tuvo cuidado de halagar muy bien al Arzobispo y al clero; y volviendo a su provecho la conducta imprudente de las familias poderosas, se formó numerosos partidarios, escogidos entre aquellos que estaban descontentos de las altanerías de los Mantuanos. De allí surgieron dos partidos muy distintos: el partido de Miranda y el de la alta nobleza. Perú este último llevaba en sí los gérmenes de la desunión; y las miras ambiciosas de algunas de las principales familias favorecían de esta manera y sin quererlo, las maniobras de Miranda. Los Toro, los Tovar, los Montilla, los Ustáriz, los Ribas, deseando llegar a los primeros empleos, buscaban a suplantarse recíprocamente" (10).
Por eso toda esta serie de acontecimientos vinieron a contribuir a la formación de ese mal concepto, que, luego después de aquellos agitados años tendrían de la Sociedad Patriótica sus más viejos fundadores. O'Leary, que en sus opiniones sobre acontecimientos anteriores a su llegada a Venezuela era fiel repetidor de los juicios del Libertador, decía, hablando de la fundación del célebre Club: "Habíase formado una sociedad patriótica que, arrogándose el derecho de discutir y decidir las medidas adoptadas por el gobierno, contribuía a aumentar las dificultades que rodeaban a los patriotas, hostilizando al partido moderado que apoyaba al ejecutivo" (11). El propio Bolívar quien fue destacada figura de la Sociedad no vuelve a mencionada más, ni una sola vez, en d resto de su existencia. ¿Querría olvidarla? ¿No sería más bien que aquello hombres, una vez pasada esa juventud generosa y emprendedora, comprendieran que la Sociedad que ellos fundaran había sido más perjudicial que beneficiosa para la clase a que pertenecían, para la Independencia y para la patria? Una cosa es verdad: la Sociedad Patriótica contribuyó en mucho, tal como la hemos venido señalando, a la destrucción de la estructura colonial y a la derrota de la Segunda República, fundada por Bolívar y Ribas, eminentes demagogos del Club revolucionario.
Para los primeros días de julio de 1811 la atmósfera de Caracas estaba extremadamente recargada. El Congreso iba retrocediendo cada vez más, perdiendo todos sus argumentos en contra de una declaración de independencia absoluta. Los agitadores presionaban, "jóvenes ardientes formaban por doquiera reuniones más o menos clandestinas, acaloraban la plebe, reunían y se preparaban a la guerra en nombre de la libertad. Las clases antes oprimidas y vejadas bullían y se arremolinaban en torno de la bandera reformadora que les prometía goces y derechos. Aquí la tendencia era destruir lo pasado y arrebatar algo a los que todo poseían" (12).
Miranda, quien en las elecciones de marzo del mismo año había sido nombrado como diputado por el Pao, era el portador oficial de las ideas de la Sociedad Patriótica ante el Congreso. Con su fraseología elocuente trataba de decidir por la libertad a aquel "grupo de sujetos timoratos y buenos realistas, y algunos honrados labradores que jamás habían

oído cuestiones políticas de gobierno, y que cifraban toda su felicidad en el cultivo de las haciendas, en la educación de sus hijos y en la obediencia a aquella autoridad paternal, que con tanto acierto y provecho había gobernado a sus respetables ascendientes" (13)
Otros sucesos vinieron a agravar la situación. La llegada de Montenegro, y luego su traición escapándose con importantes documentos de la Junta Suprema. Los conatos de insurrección y los desmanes de los realistas de Guayana. Las maquinaciones de Cortabarría, celoso agente de los comerciantes de Cádiz, quien llegó a Venezuela con el propósito de organizar la insurrección. Y, en fin, las mil manifestaciones populares y sucesos de orden social hicieron que los mismos congresantes empezaran a ver la independencia como una necesidad inevitable (**Ver nota 5**).
"Antes de las resultas de nuestra transformación política, decía un manifiesto firmado por Rodríguez Domínguez, llegaban cada día a nuestras manos motivos para hacer, por cada uno de ellos, lo que hicimos después de tres siglos de miseria y degradación" (14).
Al mismo tiempo los agricultores y grandes hacendados se quejaban porque los negros no querían trabajar como antes, la fiebre revolucionaria e igualitaria había llegado hasta los campos más apartados. Se hablaba ya, no sin espanto de los que, tenían algo que perder, de una matanza de blancos y de la instauración de un gobierno popular, jacobino. Se decía también que los españoles organizaban desde Coro y Guayana expediciones contra el centro del país para imponer por la sangre los derechos de Don Fernando VII, Rey de España.
Como todos estos quebraderos de cabeza se los achacaban a la Sociedad Patriótica y a sus ilustres componentes, no faltaron personas que propusiesen su completa disolución. "Algunos diputados -dice Roscio- hicieron ayer moción (8 de junio) para que se extinguiese pero prevaleció el dictamen de que se corrigiesen sus vicios para que con sus buenas reglas pudiese ser útil" (15). El Congreso estaba tratando de anular la Sociedad Patriótica bajo el pretexto de que era otro Congreso; cosa completamente ilegal si podía ser probada.
La Sociedad Patriótica, en vista de la situación tan tensa, empieza a efervecer. "No es que haya dos Congresos, dice Simón Bolívar desde su tribuna revolucionaria. ¿Cómo fomentar el cisma los que más conocen la necesidad de la unión? Lo que queremos es que esa unión sea efectiva, para animamos a la gloriosa empresa de nuestra libertad. Unirnos para reposar y dormir en los brazos de la apatía, ayer fue mengua, hoy es una traición. Se discute en el Congreso Nacional lo que debiera estar decidido. Y, ¿qué dicen? Que deberíamos empezar por una Confederación: ¡Como si todos no estuviéramos confederados contra la tiranía extranjera! ¿Qué debemos esperar los resultados de la política de España? ¿Qué nos importa que España venda a Bonaparte sus esclavos, o que los conserve, si estamos resueltos a ser libres? Esas dudas son triste efecto de las antiguas cadenas. ¡Que los grandes proyectos deben prepararse con calma! ¿Trescientos años de calma no bastan? ¿Se quieren otros trescientos todavía? La Junta Patriótica respeta, como debe, al Congreso de la Nación; pero el Congreso debe oír a la Junta Patriótica, centro de luces y de todos los intereses revolucionarios. Pongamos sin temor la piedra fundamental de la libertad sudamericana. Vacilar es perdemos. Propongo que una comisión del seno del este cuerpo lleve al Soberano Congreso estos sentimientos" (16).
Es de suponer el entusiasmo que tales palabras ocasionarían en los concurrentes y en la barra plena de hombres del pueblo. A su vez Coto Paúl toma la palabra para defender al Club contra los ataques de los moderados, quieres les llaman anarquistas en señal de desprecio y de temor. "¡La anarquía! Esa es la libertad, cuando para huir de la tiranía desata el cinto y desnuda la cabellera ondosa. ¡La anarquía! Cuando los dioses de los

débiles, la desconfianza y el pavor la maldicen, yo caigo de rodillas a su presencia. Señores: Que la anarquía, con la antorcha de las furias en la mano nos guíe al Congreso, para que su humo embriague a los facciosos del orden, y la sigan por calles y plazas, gritando: ¡Libertad! Para reanimar el mar muerto del Congreso estamos aquí en la alta montaña de la santa demagogia. Cuando ésta haya destruido lo presente, y espectros sangrientos hayan venido por nosotros, sobre el campo que haya labrado la guerra se alzará la libertad..." (17).

Este excelente discurso de Coto Paúl encerraba inconscientemente toda una predicción sobre los sucesos que luego se sucederían en Venezuela.

El mismo día, 3 de julio, mientras la Sociedad sesionaba se discutía en el Congreso la posibilidad de una absoluta independencia. Las barras estaban llenas de miembros del Club que iban y venían llevando las últimas noticias sobre las discusiones de la Asamblea y aplaudiendo o chiflando las proposiciones que eran o no ce su agrado. El 4 de julio la Sociedad envió una Comisión al Congreso portadora de un discurso de Miguel Peña. El Presidente les concede la palabra, a pesar de carecer de diputación de cuerpo el Club de la Sociedad. Allí se precisa rara que la Independencia sea declarada. El Presidente, Rodríguez Domínguez, se encarga de preguntar al Ejecutivo si creía prudente la discusión del asunto. El Ejecutivo contesta afirmativamente. Entonces se decide que la discusión de tan importante cuestión ha de llevarse a cabo el próximo día 5.

Desde temprano la ciudad está despierta y el pueblo, al igual que la juventud revolucionaria, ocupa las puertas y tribunas de la Capilla (**Ver nota 6**). Cuando van entrando 1os diputados a ocupar sus puestos amenazan de muerte a los moderados (18). "Nunca tanta gente se había visto allí, ni jamás se observara en los oyentes el porte descomedido que en la ocasión tuvieron. Vítores y aplausos ruidosos y sin fin resonaban cada vez que tornaba o dejaba la palabra un diputado republicano: las opiniones equívocas eran acogidas con risotadas, silbos y amenazas" (19).

Rodríguez Domínguez en su calidad de presidente, y después de haber oído las diferentes opiniones, comenzó a llamar a los diputados para que omitiesen su voto. Llamado Felipe Fermín Paúl, propuso una ley previa que estaba en los corazones de todos aquellos hombres que veían su seguridad amenazada por el pueblo y por los energúmenos de la Sociedad Patriótica. Propuso, pues, una ley previa que contuviese los excesos de licencia, insubordinación y libertinaje que pudieran presentarse una vez declarada la Independencia. Al oír esta proposición, inmediatamente comenzó la barra a chiflar y a gritar, demostrando así su desagrado.

Antonio Nicolás Briceño, de Mérida, propuso, en vista de la actitud amenazadora del público, que además de la ley previa de Paúl se estableciese en lo futuro el sistema de votación secreta para evitar irrespetos y violencias. Maya, de La Grita, estuvo francamente contra la independencia, alegando con habilidad, posiblemente para no tener desagrados con exaltados, que sus instrucciones le prohibían votar la cuestión. Briceño contestó a su vez que las suyas eran iguales y que a pesar de todo iba a votar. En general, la mayoría de las opiniones fueron favorables y cuando se procedió a la votación final todos estuvieron por la Independencia definitiva, con excepción hecha del Padre Maya (20).

Apenas Caracas conoce la noticia el júbilo es general. La bandera de Venezuela, que había diseñado Miranda, es ondeada por primera vez. La primera vez. La de España es despedazada; los bustos y cuadros de Fernando VII que estaban en los edificios públicos y en las casas realistas más conocidos fueron destruidos (**Ver nota 7**). "Aquellos jóvenes, dice Díaz, en el delirio de su triunfo corrieron por las calles: despedazaron y arrastraron las banderas y escarapelas españolas: sustituyeron las que tenían preparadas,

e hicieron correr igualmente con una bandera de sedición a la Sociedad Patriótica, club numeroso establecido por Miranda, y compuesto de hombres de todas castas y condiciones, cuyas violentas decisiones llegaron a ser la norma de las del Gobierno. En todo el día y la noche las atroces pero indecentes furias de la revolución agitaron violentamente los espíritus sediciosos. Yo los vi correr por las calles en mangas de camisa y llenos de vino, dando alaridos y arrastrando los retratos de Su Majestad, que habían arrancado de todos los lugares donde se encontraban. Aquellos pelotones de hombres de la revolución, negros, mulatos, blancos, españoles y americanos, corrían de una plaza a otra, en donde oradores energúmenos incitaban al populacho al desenfreno y a la licencia. Mientras tanto, todos los hombres honrados, ocultos en sus casas, apenas osaban ver desde sus ventanas entreabiertas a los que pasaban por sus calles. El cansancio, o el estupor causado por la embriaguez, terminaron con la noche tan escandalosas bacanales" (21).
Así transcurrió el primer día de nuestra Independencia. Día solemne y trascendental en la historia de la Patria, a pesar de que los mismos historiadores de la época, por los sangrientos acontecimientos que luego se sucedieron, no consideraron como debía ser tan extraordinario suceso, más bien llegaron al extremo de mirar esta patriótica medida como" arriesgada y acaso imprudente" (22).

Notas

1. Depons anota que casi todos los pulperos de la Capitanía General eran canarios. También es interesante observar que la mayor parte de los jefes realistas que lucharon en Venezuela durante la formidable insurrección popular de 1814 fueron pequeños comerciantes, pulperos y tenderos.

2. En 1810 trató de sublevar a los negros para terminar toda casta europea y apoderarse del mando de Caracas. La Junta Revolucionaria, temiendo sus sangrientos designios, le desterró Ignominiosamente a Curazao» (URQUINAONA, Memorias, pág. 345).

3. «Allí -en el Congreso- no tuvieron la principal parte ni representaron el principal papel los hombres de las revoluciones , los que nada tienen que perder; los que deben su fortuna al desorden, y nada esperan del Imperio de las leyes, de la religión y de las costumbres» (José Domingo Díaz, Recuerdos de la Rei7elión de Caracas, pág. 21).

4. «Deseoso S. M. de que el público pueda presenciar con más comodidades las sesiones del Congreso, y no siendo bastantes el Salón del Palacio para contener cómodamente a representantes y espectadores, se ha trasladado desde ayer a la Capilla de la Universidad, ínterin se da al salón la extensión y la capacidad que debe de tener» («Gaceta de Caracas», núm. 360, del viernes 23 de junio de 1811).

5. «Con este fin se aceleraron tumultuariamente las Cortes que deseaba la Nación, que resistía el gobierno comercial de Cádlz, y que se creyeron al fin necesarias para contener el torrente de libertad y la justicia, que rompía por todas partes los diques de la opresión y de la Iniquidad en el nuevo mundo; pero todavía se creyó que el hábito de obedecer, reconocer y depender sería en nosotros superior al desengaño que a tanta costa acabábamos de adquirir (Documentos Interesantes relativos a Caracas. Manifestación que hace al mundo la Confederación de Venezuela. página ll6. Londres, 1812).

6. La Capilla donde se reunía el Congreso era, según la conocida pintura de Lovera, una sala amplia y larga con tres grandes ventanas en la pared oeste. Su entrada estaba en la parte correspondiente al lado norte, justamente hacia donde está hoy la plaza Bolívar, y por ella se dirigían los diputados a sus asientos y el público a las tribunas, situadas éstas encima de la entrada, en el lugar que en las iglesias corresponde al coro. En el lado sur enfrente de la entrada, estaba el sillón de la presidencia y una mesa. (N. del A.)

7. «El pabellón de Fernando VII fue reemplazado por un estandarte rojo, amarillo y azul. En su ángulo superior se veían un indio rodeado de los atributos de la libertad y del comercio» (Poudens, Memoire pour servir à l'Histoire de la Révolution de Caracas. París, 1825. Pág. 43).

II. Se aflojan las cadenas

Al Gobierno de la nueva República le esperaba una tarea muy difícil. El mismo día de la instauración del Poder Ejecutivo se supo de una conspiración de negros contra los señores del Congreso capitaneada por un tal Galindo, quien, según el decir de muchas gentes, era partidario de Miranda (**Ver nota 1**).
A su vez, los enemigos de la nueva nacionalidad preparaban un complot contra todos los patriotas, proyectaban poner a los españoles y canarios en los puestos claves y volver al estado de sumisión anterior a 1810. Este movimiento estaba organizado, según declaraciones de los cabecillas de la conspiración, por "americanos y europeos, compuesto de lo más selecto del clero secular y regular, y lo más distinguido del vecindario de la capital y de fuera" 23. Pero en realidad estas declaraciones eran desde todo punto de vista exageradas, al menos los que dieron la cara y aparecieron jefes directos de la insurrección, fueron don Juan Díaz Flores, mercader natural de Canarias; don José María Sánchez, de Caracas y Francisco de Azpurúa (24).
Valencia, Caracas, Los Teques y otras poblaciones de los alrededores de la capital se iban a insurreccionar en "nombre del Rey de España" contando para esto con la cooperación de Puerto Cabello, y sobre todo con el envío de tropas españolas desde Maracaibo, que permanecía realista (25). Todo estaba preparado lo mejor posible, pero a última hora, como suele suceder en estos casos, hubo una traición. El plan fue denunciado por don N. Barona y el Gobierno procedió inmediatamente a efectuar los arrestos necesarios.
Sabiendo los conspiradores que estaban denunciados decidieron alzarse en Los Teques a eso de las tres de la tarde del 11 de julio. En esta población se reunieron sesenta canarios montados en mulas, armados de trabucos y con los pechos cubiertos con hojas de lata, a guisa de armadura, gritando furiosa mente "viva el Rey y mueran los traidores" (26).
También hablan prometido la libertad a los negros de Caracas con tal de que se sumaran a la revuelta (27), pero nada sucedió. En cambio, en Valencia, la conspiración triunfaba apoderándose de la ciudad y proclamando a Fernando VII. Al mismo tiempo la revuelta de Los Teques era dominada completamente antes de las cuatro de la tarde, pues los quijotescos contrarrevolucionarios hablan fracasado en su plan de apoderarse del depósito de armas para poder marchar a la capital de la nueva República (28). El pueblo, azuzado por las autoridades patriotas, se lanzó armado de sables y cuchillos contra los conspiradores a los que dominaron fácilmente y sin efusión de sangre (29).
Entretanto, en Valencia, los revolucionarios realistas habían insurreccionado, en vista de

hacerse un mayor número de tropas adictas, a todos los negros de los alrededores, dictando proclamas igualitarias y reivindicaciones sociales, dando la libertad a los esclavos y la igualdad a los pardos (30). Todos los descontentos por rivalidades feudales con Caracas se sumaron al movimiento, pues deseaban que la capital de la República fuese Valencia. Inmediatamente procedieron a repartir armas que hablan recibido, días atrás y en secreto, a todo el pueblo insurreccionado (31).
El ataque a Valencia, luego después de haberse enarbolado la bandera de Castilla, hubiese sido lo más indicado. Pero el Gobierno estaba indeciso, con grandes divergencias en su seno, sin conocer a ciencia cierta quiénes estaban en la conllpiración y quiénes eran leales, desconfiando los unos de los otros y con la agravante de no tener apenas sino seis días en el poder. La única decisión que se tomó fue esperar para ver qué nuevos focos brotaban y sobre todo para ver quién en la capital estaba y quién no estaba con el nuevo orden de cosas. Se pasaron varios días con las tropas acantonadas en los cuarteles hasta que, viendo que la situación en Caracas era normal, se resolvió enviar a un miembro de la alta nobleza y enemigo de los extremistas y en especial de Miranda, al Marqués del Toro, al frente de numeroso ejército (32).
Mientras el Marqués se dirigía a Valencia, los fracasados conspiradores de Los Teques estaban engrillados en prisiones. Más tarde fueron condenados a muerte una quincena entre los principales y fusilados, pues no había por ese entonces, por falta de ejecuciones, un verdugo competente que les ahorcase, siendo necesario para cumplir la condena que después de muertos fuesen colgados y sus miembros descuartizados. Para mayor escarmiento entre los canarios caraqueños, fueron cortadas sus cabezas y expuestas en picas y cajas en las principales plazas y avenidas de la capital (33).
La situación de Valencia, más que grave era interesante, pues por primera vez se usaba de "las castas" para organizar un movimiento popular y darle todo el empuje necesario. Demostrando así que quien más ofrecía y halagaba era efectivamente el dueño de las circunstancias. Por otra parte, la insurrección de Valencia con sus libertades extremadas se había pronto conocido en todo el territorio patriota, ocasionando, como era lógico que sucediese, continuas deserciones tanto en el ejército como en las esclavitudes de las haciendas, creando una situación de sobresalto para los viajeros que se encontraban en lugares apartados con esclavos "cimarrones". En la Gaceta de Caracas del 26 de julio de 1811 aparece la siguiente noticia: "El Supremo Poder Ejecutivo ha mandado establecer, en todos los partidos sujetos a una Justicia Mayor, Patrullas o Guardias Nacionales para la aprehensión de esclavos fugitivos; los cuales, visitando y examinando con frecuencia los Repartimientos, Haciendas, Montes y Valles, harán que se guarde el debido orden en esta parte de nuestra población destinada a la cultura de las tierras, embarazando que se separen de ella por caprichos, desaplicación, vicio u otros motivos perjudiciales a la tranquilidad del país. De orden del Gobierno se comunica al público esta determinación para que llegue a noticia de todos... A esta importancia primera se asocian otras muchas que el Gobierno ha tenido presentes al concebir este establecimiento; pues si protege las penosas tareas de los propietarios de las tierras, no favorece menos la tranquilidad de los partidos rurales, embarazando los robos y asesinatos en caminos desiertos. Los soldados de estas escoltas ambulantes pueden además servir muy bien en diferentes ocasiones para otros objectos de mayor importancia y gravedad por el conocido y frecuentado, con el exercito de sus funciones. La esclavitud honrada y laboriosa nada debe temer de estas medidas de economía y seguridad, con que el Gobierno procura el bien de los habitantes del país".
Ya los "mantuanos" iban recogiendo poco a poco su fruto de libertades ideales, de papel, viendo que el equilibrio que era la base de su preponderancia social empezaba a resquebrajarse. Por eso tenía razón el ex Capitán General Emparan cuando escribía: "Si

ya no están los mantuanos arrepentidos de su desatinada insurrección, muy poco pueden tardarse en arrepentirse; pero siempre será tarde. Como quiera que los mulatos y negros son 10 ó 12 por un blanco, habrán éstos de sufrir la ley que aquéllos quieran imponerles; y siempre están expuestos a los mismos desastres que sufrieron los franceses dominicanos: tal es la felicidad que se han traído los insurgentes de Caracas con su revolución" (34).
Esa demagogia realista de insurreccionar "las castas" contra los patriotas en la ciudad de Valencia, debería en el futuro traer resultados funestos para uno y otro bando. Dice Heredia, célebre realista, que "desde entonces quedó arraigado en Valencia el odio mortal entre blancos y pardos, que tan funesto ha sido allí y en toda la provincia por donde se propaga, sin que pueda calcularse cuáles serán los últimos efectos de este mal; que todavía dura. Los guerrilleros, que después quisieron formar partido bajo la voz del Rey, excitaron esta rivalidad, llegando a ser proverbio en la boca de los europeos exaltados que los pardos eran fieles, y revolucionarios los blancos criollos, con quienes eran necesario acabar" (35).
El Marqués, militar de opereta, no podía hacer otra cosa en Valencia que fracasar, y en realidad fracasó. Fue necesario que los mantuanos caraqueños cedieran ante la presión de los extremistas y nombraran jefe del ejército de Valencia al General Miranda quien era el más indicado para llevar a cabo esta empresa por sus conocimientos y su prestigio. Era, pues, una derrota grave para el partido noble y moderado la salida del Marqués; pero este partido no ha de amilanarse, apenas nombrado Miranda ha de comenzar una serie de intrigas y contraórdenes para perjudicar al Generalísimo, precipitando con sus maniobras la caída de la primera República y la entrada de Monteverde, resultados éstos preferibles a que un plebeyo amigo de los pardos fuera a aprovecharse de la República por ellos organizada y dirigida (36).
Apenas Miranda es nombrado jefe del ejército, que con un ataque decidido y audaz toma a Valencia, a pesar de la heroica resistencia del cuartel de pardos, terminando de esta manera con el foco principal de la insurrección que pretendía acabar con la República a los siete días de haberse constituido.
Pero si la insurrección estaba dominada, no lo estaba por eso el peligro de invasión realista. Coro organizaba una expedición contra Valencia a favor de los insurrectos, y Miranda se ve en el caso de pedirle al Congreso permiso para seguir a Coro a luchar contra los refuerzos. El permiso es negado por el Congreso dejando que la expedición siguiera su rumbo, llamando más bien a Miranda para que se defendiese de las acusaciones e intrigas que le tenían sus enemigos, personajes éstos que preferían que la patria cayese en manos de los españoles que en la dirección de un supuesto enemigo de sus intereses.
Cuando Miranda entra en Caracas por la vía de Antímano, es recibido por el pueblo en medio de las más grandes aclamaciones. Manifestación ésta que significaba, además del apoyo popular, una especie de desafío a la actitud del Congreso y reprobación por las falsas acusaciones que hadan al ídolo de la Sociedad Patriótica. Poudenx que presenciaba la entrada, dice: "Las gentes de color mostraban un entusiasmo particular por su persona. Iban delante de él gritando ¡Viva el General Miranda!; pero poca gente distinguida tomó parte en este festejo. En el momento en que hada su entrada, se observaron dos negros a caballo, que lanzaban dinero al populacho, teniendo el aspecto de pagar las aclamaciones de que era objeto el General" (37).
En los días en que se luchaba por la ciudad de Valencia había en Caracas una vigilancia y una censura extraordinarias. La Sociedad Patriótica, imitando en esto al Comité de Salud Pública, presionaba al Congreso para que tomase las medidas más extremadas contra los espías y conspiradores. En el Morning Chronicle, periódico adicto a la causa

patriótica, aparecía una carta escrita, por un testigo de aquellos acontecimientos, fechada en La Guaira el 3 de agosto de .1811, que decía así: "Todo es confusión en la América Meridional, todos los días hay prisiones de gente que se sospecha de tramas contra el Gobierno y los forasteros temen mucho reunirse; en una palabra, estamos en una entera suspensión, no sólo de comercio, sino aún de sociedad: la orden del día es: libertad e igualdad. Ayer salí de Caracas a las cinco de la tarde, y entonces aún no se sabía del ejército que se había mandado contra Valencia... Las conjeturas son varias y todos los días se reciben despachos del General Miranda; pero no se dan al público; también se equipan diariamente voluntarios por el Gobierno; se matan y están puestas en perchas las cabezas de los traidores, con un letrero debajo que dice: "Este hombre ha muerto por traidor a su patria." Dos fueron ahorcados ayer, condenados por la Sociedad Patriótica, pero no se dijeron sus delitos. El tiempo de las prisiones a media noche: un piquete entra en la casa, hace salir de la cama al reo, y a la mañana siguiente pierde la vida. Aquí tenemos por cosa peligrosa el que nos vean reunidos hablando en la calle, y más peligroso que todo el criticar al Gobierno. Aun cuando nos juntamos en reuniones particulares, no sabemos si nuestros criados son nuestros espías. Esta es exactamente la situación del país" (38).
El Congreso comenzó a licenciar las tropas de Miranda dejando sin defensa "a la República ante la invasión realista, pues "sus enemigos (los de Miranda), escribe el mismo Poudenx, gustaron más no tener ejército, que tener uno que estuviese bajo su influencia inmediata. Las primeras operaciones de su campaña fueron atacadas en el Congreso con animosidad; y entre sus enemigos, aquellos que más se distinguieron por su encarnizamiento, estaban los Toro y un Tovar" (39).
Miranda se presentó ante el Congreso, contestó a los cargos que se le hacían, exhibió documentos y probó, de una manera irrefutable, su inocencia. Pero el Congreso, no queriendo tomar ninguna iniciativa que hiriese los intereses de los principales personajes de la nobleza, aplazó su decisión para otra oportunidad (40).
La situación siguió, hasta fines de 1811, bastante estable dentro de su inestabilidad. El único suceso de importancia fue una conspiración develada "cuyo objeto, según J. D. Díaz, era dar la preferencia a las castas sobre la raza blanca, y cuyos principales autores eran blancos, de los conjurados del 19 de abril" (41).
La entrada del año de 1812 se caracterizó por un gran malestar económico generalizado en toda la República. Este malestar era resultante: de las luchas internas entre los promotores de la Independencia por sus prejuicios de clase; de la desatinada política financiera que perjudicaba especialmente al pequeño comerciante, al pulpero, al empleado, al trabajador, al cura. Pues, la necesidad de crear un papel moneda sin ningún respaldo, y la desconfianza general del público, contribuyeron al pánico. El propio Bolívar dijo que se vieron obligados "a recurrir al peligroso expediente de establecer el papel moneda, sin otra garantía que la fuerza y las rentas imaginarias de la Confederación. Esta nueva moneda pareció a los ojos de los más una violación manifiesta del derecho de propiedad, porque se conceptuaban despojados de objetos de intrínseco valor, en cambio de otros cuyo precio era incierto, y alto ideal. El papel moneda remató el descontento de los estólidos pueblos internos, que llamaron al comandante de las tropas españolas, para que viniese a librarlos de una moneda que veían con más horror que la servidumbre" (42).
Esta idea del papel moneda habla nacido a imitación de los "asignados" de la Francia revolucionaria. Pero mientras los asignados tenían una base que los respaldaba, como eran las inmensas propiedades de los nobles emigrados, en Venezuela no había tierra que los protegiera ni ninguna otra clase de riqueza. Tal principio no podía ser cubierto sino por la violencia. Habla que obligar al ciudadano a aceptar papel contra plata, "por

ello, dice Heredia, era necesario que la fuerza pública se interpusiera en todas las negociaciones más menudas, pues la ley obligaba a recibir el billete y a pagar en plata el quebrado de medio real, siempre que fuese preciso; sobre 10 cual ocurrían cincuenta pleitos al día en cada taberna o pulpería, porque muchos iban sin necesidad a comprar cualquier cosa sólo por tomar el medio de la vuelta" (43).
El estado de ánimo de los mismos patriotas había decaído mucho con el malestar económico surgido por los inconvenientes de la división del país y de la crisis del papel moneda, "algunos diputados del Congreso, dice el mismo Heredia, me han asegurado que al tiempo de su traslación a Valencia ellos y otros muchos estaban convencidos de que la nueva República no podía durar muchos meses y que se acabaría como los juegos de muchachos" (44).
La fabricación del papel moneda fue confiada a un hombre que, según el decir del propio Poudenx, nunca en su vida había grabado (**Ver nota 2**). Esto se prestaba al fraude. Apenas salidos los "asignados" empezaron a resentirse los hombres del campo a vender sus productos por valores imaginarios, y la diferencia que se estableció entre el papel moneda y la plata entorpeció enormemente la transacciones comerciales. Hubo lugares en donde se negaron a aceptar semejante moneda (45).
La inflación fue tremenda. No hubo ningún economista dentro del grupo de hombres que gobernaban a Venezuela que hubiese visto o remediado la situación, sólo había aficionados o "entendidos" en las ciencias económicas, faltaba una verdadera política financiera que pudiera sanear al país. El trabajador y el empleado seguían ganando igual a los tiempos de la plata, un mismo jornal; mientras que la desconfianza por el papel moneda hacía subir los precios de los productos a sumas fabulosas que aquellos hombres no podían materialmente alcanzar. Los precios llegaron a subir en ciertos renglones a un mil por ciento condenando a una muerte segura al que no poseía tierras o era rico.
Trágico es el cuadro que nos pinta Urquinaona: "La arroba de carne cuyo precio corriente era el de cuatro reales en plata, llegó a valer 48 en asignados. El dulce llamado papelón valía un real en plata cada porción de tres libras y a peso fuerte en moneda de papel. Su mismo descrédito cortó la circulación del numerario, porque todos lo reservaban, deseando salir de un papel sin garantía, a costa de cualquier sacrificio. Los habitantes del interior que surtían la capital de carnes, quesos, mulas y caballos, abandonaron el tráfico, y satisfechos de que a sus remotas poblaciones no alcanzaban los tiros del despotismo, se mantenían en sus casas, vendiendo a plata u oro alguna parte del producto de sus haciendas, mientras que al contorno de Caracas no le quedaba sino el recurso lamentable de recibir vales insignificantes, abandonar sus cosechas o exponerse a. sufrir la pena prescripta a los usurpadores". Esto se agravaba aún más, según el decir de Urquinaona, por las leyes demagógicas que trataban de ganarse a los pardos "elevándoles a la clase de ciudadanos, cuando poco antes ni los reconocían ni los trataban como a hombres, singularmente en los penosos trabajos de las haciendas. A la inhumanidad de conducirlos al matadero para sostener sus delirios se agregó la imprevisión de exponerlos a convertirse en fieras por la libertad excesiva a que los hicieron pasar de repente halagándolos con la preconizada igualdad, sin prever que constituyendo una propiedad autorizada por leyes y costumbres, e interesante a la agricultura territorial, pudo esta alteración repentina provocar un choque peligroso con los poseedores, y males mucho más funestos que la esclavitud" (48).
Si a este enorme malestar agregamos la actitud hostil del clero por la proyectada ley de someterlos a tribunales ordinarios según la nueva Constitución de Ustariz calcada de la norteamericana, comprenderemos que aquella República no tenía ningún sostén. El comercio y toda la nación descontenta por la política financiera de hambre y ruina. La

nobleza, que era el Congreso, estaba descontenta también por el cariz peligroso que estaba tomando la Independencia bajo la influencia de los extremistas. El bajo pueblo descontento también porque el Congreso y la Sociedad Patriótica les habían dejado ver la igualdad de papel y ahora querían la igualdad práctica. Y, por último, el clero que temía perder con la República todas las prerrogativas feudales que la Corona de España les había tolerado.

El país, pues, sólo esperaba la ocasión para volver a los viejos tiempos de tranquilidad y orden. Los grandes terratenientes autores indirectos de la Independencia anhelaban la vuelta a la seguridad. El clero a la estabilidad de sus prerrogativas. El bajo pueblo a eliminar los gobernantes mantuanos, pues, según la genial observación de Juan Vicente González "el mando político de los que eran sus señores naturales no era para el pueblo la libertad, sino una argolla más añadida a la cadena" (47). Y los comerciantes, los empleados, los productores y el público en general en tener de nuevo una moneda firme y estable, respaldada por la plata o el oro, y no por falsas ilusiones.

Venezuela, por esta serie de razones poderosas, deseaba la vuelta de los españoles. Sólo con un golpe de brisa se desplomaría el castillo de naipes de la República. Y la ocasión se presentó más fuerte aún de lo que podía esperarse. El castillo no se desplomó por un golpe de brisa sino por un espantoso terremoto, y España volvió bajo la figura inexperta y mediocre de Domingo Monteverde.

Notas

1. «El mismo día en que se instauró el poder ejecutivo fueron sorprendidos y arrestados algunos pardos en una junta privada que tenia, acaudillada de Fernando Galindo, con el objeto de tra¬tar de materias de Gobierno y de la igualdad y libertad !limitadas. El Caudillo tenía una proclama incendiaria sobre este punto, y en ella tenia Miranda un apóstrofe muy lisonjero, tanto que parecía hechura suya. (Carta de Roscio a Bello sobre la política en 1811. «Boletín de la Academia de la Historia», núm. 129, pág. 44).

2. El grabado fue ejecutado sobre un pedazo de madera; una navaja reemplazó al buril. Los billetes fabricados eran hechos por partida doble. Se enumeraban y cada uno de ellos podía juntarse por la identidad del número. Estos estaban, para evitar falsificaciones, separados por una matriz. Cuando se les lanzaba en emi¬sión, la matriz se dividía en dos, quedando uno de los billetes depositado en el Tesoro. Para verificarlos se les aproximaba uno a otro, con ayuda del número. El vicio de esta fabricación era evidente. Para empezar, era un doble empleo de materia; el medio de verificación era incómodo, porque los billetes circulantes en el país podían encontrarse alejados de la tesorería. El papel era de un material ordinario; la plancha, mal grabada; en fin, las firmas, puestas de manera estampillada, facilitaban los medios de la falsificación. La fortuna pública de este desgraciado país se en¬contró a la merced de los agiotistas y de los aventureros audaces. (POUDENX. Mémoires POUT servir, etc., págs. 55 y 56).

III. El castigo de Dios

Monteverde comenzó su campaña de Venezuela con un acto de insubordinación. Se apropió indebidamente del mando de las tropas realistas y decidió marchar al centro a destruir la República. Este acto de indisciplina contra Millares y Cevallos, sus

verdaderos jefes, creaba un nuevo problema en la colonia que sería el origen de una serie de in subordinaciones.
El primer contacto que tiene Monteverde con las tropas patriotas es en los alrededores de Coro, con el ejército de observación de Jalón, al cual derrota a los pocos momentos de haber comenzado la batalla, pues, la caballería patriota en lugar de cargar sobre el enemigo atacó a sus mismos compañeros de infantería, pasando inmediatamente al servicio del capitán español. Jalón apenas tuvo tiempo para huir con un puñado de fieles a San Carlos. Esto sucedía el 22 de marzo de 1812, año fatal para la primera República (48).
El 26 del mismo mes un sacudimiento de tierra que venía en dirección del oeste de Venezuela destruyó a Caracas y a casi toda La Guaira, no dejando en este puerto prácticamente ninguna casa en pie, a excepción del edificio de la Aduana, que aun se conserva. El terremoto tuvo lugar a las cuatro y siete minutos de la tarde y su duración fue de un minuto y cincuenta segundos (49). Era Jueves Santo y todo el mundo se encontraba en la iglesia. Jueves Santo había sido también el 19 de abril de 1810, primer paso de nuestra Independencia. Por esta razón decían los fanáticos azuzados por el clero:
Jueves Santo la hicieron
Jueves Santo la pagaron (50).

"Este día, dice un testigo presencial, el pueblo se había reunido en las iglesias, y parte de las tropas se encontraba en sus cuarteles. En veintiséis segundos todo fue destruido y la flor de la generación de esta ciudad fue sepultada bajo los escombros... Los gritos de misericordia salían de todas partes. El pueblo se reunió en las plazas públicas, de rodillas, implorando la clemencia divina. Los gemidos de los desgraciados heridos, retirados debajo de los escombros por sus parientes y amigos, y la continuación de los movimientos de la tierra, llevaron a las almas más valientes el estupor y el espanto; en fin, nada puede ser comparado al espectáculo espantoso que presentaba esta desgraciada ciudad. El Gobierno se reunió en la plaza de la catedral, y de allí dirigieron socorros hacia los diferentes puntos de la capital; pero lo que puso peor la situación de esta ciudad fue la falta absoluta de medicinas, de alimentos y de todos los objetos necesarios en tales circunstancias" (51).
Más grave no podía ser la situación, y el clero no estaba dispuesto a dejar escapar semejante oportunidad para dar un remate definitivo a la tambaleante República. Se explotó hasta lo infinito el sentido religioso del pueblo, haciendo ver como un castigo del cielo el terremoto que azotaba al país (**ver nota 1**) . Muchos individuos, excitados por el espectáculo de la muerte y la destrucción, creyeron ver la Virgen en la cumbre del Ávila, a pesar de estar el día nublado (52). Los que hasta entonces habían vivido en concubinaje se apresuraron a casarse, teniendo por altar las ruinas humeantes de la ciudad. Se calcularon en quinientos los matrimonios así contraídos (53). Los sacerdotes acusaban al Congreso de haberles arrebatado sus fueros y viejas prerrogativas. Un tal Fray Felipe Mota, de la Congregación de Santo Domingo, predicaba sobre las ruinas del convento de San Jacinto contra la moribunda República, diciendo que "aquel espantoso sacudimiento era un castigo visible del cielo por haber desconocido al que estaba destinado por Dios para gobernar estos pueblos, y que habiendo concedido dos años para el arrepentimiento continuaban en su pecado" (54). Bolívar, quien era uno de los oyentes, se dispuso a echar de su improvisado púlpito al fanático fraile. "Jamás, dice José Domingo Díaz, que en esos instantes llegaba de Traposos, se me olvidará este momento, en lo más elevado encontré a don Simón Bolívar que en mangas de camisa trepaba por las ruinas. En su semblante estaba pintado el sumo terror o la suma

desesperación. Me vio y me dirigió estaos impías y extravagantes palabras: "Si se opone la o Naturaleza, lucharemos contra ella, y la haremos que nos obedezca" (55). Estas frases de Bolívar, llenas de fe y seguridad en el triunfo de la patria y en el dominio de la Naturaleza por la fuerza de la voluntad, lo representaban, desde aquel momento, como el más capaz entre todos para fundar las bases de la nacionalidad venezolana.
En aquel nefasto día la mayor parte de las tropas patriotas fueron diezmadas en sus cuarteles. Causa de ello fué que, pocos días antes, por la actitud insistente de Miranda de atacar al enemigo, el Congreso había ordenado la salida de un gran ejército acantonado en Caracas. Pero a última hora hubo una contraorden bastante misteriosa. Dice Poudenx, "hay que creer que esta contraorden fue ocasionada por el temor de una sublevación de las gentes de color, pues generalmente se creía que la semana iba a terminar en escenas sangrientas" (56).
La patria estaba, después del terremoto, al borde del caos. No se veía salvación posible en ninguna medida. No se esperaban milagros. Pocos días antes de estos sucesos el Congreso, para evitar las rencillas feudales de los valencianos, se había trasladado a Valencia con el pretexto de estar mejor situado para hacer frente a las circunstancias. Como jefe absoluto del ejército patriota había sido designado el fracasado Marqués del Toro. Pero este nombramiento fue revocado gracias a la feliz intervención del grupo democrático, que logró fuese Miranda el encargado de tan importante dirección.
A Miranda se le entregaba el mando de un ejército que prácticamente no existía y se le ordenaba salvar una situación que todos confesaban como completamente perdida. Su posición no podía ser más crítica.

Notas
1. Los sacerdotes se apresuraron a comentar estos funestos sucesos en favor de la Metrópoli. Todopoderosos bajo el régimen colonial, no encontraban bajo el nuevo orden de cosas sino res¬peto; y los deberes del culto satisfacen raramente al sacerdopía. «La cólera divina, gritaban hasta en las calles estos fogosos orado¬res, castiga la imevo Caracas, nido de corrupción, y socorre la expedición española.» La revolución era un crimen por el cual, según el decir de ellos, los autores recibían su castigo. Estas astutas diatribas, saliendo de la boca de los ministros de la religión, res¬quebrajaban las masas, y es tan fuerte la influencia de la primera educación, que yo vi vacilar hombres instruidos y de espíritu ele¬vado» (General SERVIEZ, L'Aíde de Campo Parfs, 1&32. Edit. Dupey, pág. 115).

BIBLIOGRAFIA DEL CAPITULO PRIMERO
1. C. PARRA-PÉREZ, Miranda et la Révolution Française. París, 1925. Pág. 451.
2. MANUEL PALACIO, Esquisse de la Révolution de l'Amerique Espagnole Edit. P. Mongie l'Ainé. París, 1817. Pág. 113.
3. E. BERNARDO NÚÑEZ, La ciudad de los techos rojos (calles y esquinas de Caracas). En dos vols. Tipografía Vargas. Caracas, 1947. Tomo I, pág. 124.
4. MANUEL PALACIO, Op. Cit, pág. 113.
5. MANUEL PALACIO, Op. Cit, págs. 11 y 112.
6. PEDRO GRASES, La Conspiración de Gual y España y el Ideario de la Independencia. Publicaciones del Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Caracas, 1949. Pág. 227.
7. PEDRO DE URQUINAONA y PARDO, Memorias de Urquinaona. Editorial América. Biblioteca Ayacucho. Madrid, 1917. Págs. 47 y 48.
8. JOSÉ DOMINGO DíAZ, Recuerdos sobre la rebelión de Caracas. Imprenta de León Amarita. Madrid, 1829. Pág. 32.

9. E. BERNARDO NÚÑEZ, Op. Cit, pág. 119.
10. H. POUDENX, Mémorie pour servir a l'Histoire de la Révolution de la Capit'ainerie Générale de Caracas. De l'Abdication de Charles IV jusqu'au mois d'Aout 1814. París, 1825. Paginas 39 y 40.
11. SIMÓN B. O'LEARY. Memorias del general O'Leary, traducidas del inglés por su hijo Simón B. O'Leary, por orden del Gobierno de Venezuela y bajo los auspicios de su Presidente, general Guzmán Blanco. Imprenta Monitor. Caracas, 1883. Pág. 60.
12. RAFAEL MARÍA BARALT y RAMÓN DÍAZ, Resumen de la Historia de Venezuela. Imprenta de H. Fournier. París, 1841. Página 60.
13. MARIANO TORRENTE, Historia de la Revolución Hispano-Americana. En tres vols. Imprenta de León Amarita. Madrid, 1829. Tomo I, pág. 222.
14. Documentos interesantes relativos a Caracas. Manifiesto que hace al mundo la Confederación de Venezuela; Imprenta de Longman and Co. Londres, 1812. Pág. 64.
15. Carta de Juan Germán Roscio a Andrés Bello sobre la política en 1811. «Boletín de la Academia de la Historia», núm. 129, pág. 44.
16. Discursos y proclamas de Simón Bolívar, prologado por R. Blanco Fombona. EdiL Garnier. París, 1913. Pág. 4.
17. JUAN VICENTE GONZÁLEZ, Biografía del general José Félix Ribas. Edit, América. Biblioteca Ayacucho. Madrid, 1917. Páginas 45 y 46.
18. JOSÉ DOMINGO DíAZ, Op. Cit, pág. 32.
19. RAFAEL MARíA BARALT y RAMÓN DÍAZ, Op. Cit, págs. 63 y 64.
20. ELOY G. GONZÁLEZ, Al margen de la epopeya. Edlt. Elite. Caracas, 1953. Págs. 17-19. Libro de actas del Supremo Congreso de Venezuela en 1811 y 1812. Publicaclón oficial acordada por el ciudadano general Juan Vicente Gómez. Lit. del Comercio. Caracas, 1926.
21. JOSÉ DoMINGO DÍAZ, Op. Cit, pág. 33.
22. J. M. RESTREPO, Historia de la Revolución de la República de Colombia. Cuatro vols. Imprenta de J. Jacquin. Bezanzón, 1858. Tomo II, pág. 20.
23. FRANCISCO DE AZPÚRUA, Observaciones a los recuerdos que sobre la rebelión de Caracas acaba de publicar en esta Corte don José Domingo Díaz, intendente que ha sido de la isla de Puerto Rico. Imprenta de don Eusebio Aguado. Madrid, 1829. Pág. 24.
24. FRANCISCO DE AZPÚRUA, Op. Cit, págs. 22 y 23. JOSÉ DOMINGO DIAZ, Op. Cit, págs. 33 y 34.
25. JOSÉ DOMINGO DIAZ, Op. Cit, pág. 34.
26. JOSÉ DOMINGO DIAZ, Op. Cit, pág. 34.
27. H. POUDENX, Op. Cit, pág. 47.
28. MANUEL PALACIO, Op. Cit, pág. 114.
29. H. POUDENX, Op. Cit, pág. 45. «Gaceta de Caracas., núm. 41, del día 16 de julio de 1811.
30. H. POUDENX, Op. Cit, pág. 45.
31. MANUEL PALACIO, Op. Cit, pág. 114.
32. MANUEL PALACIO, Op. Cit, pág. 115.
33. H. POUDENX, Op. Cit, pág. 48. MANUEL PALACIO, Op. Cit, página 116. FR.ANCISCO DE AZPÚRUA, Op. Cit, pág. 24. JOSÉ DOMINGO DÍAZ, Op. Cit, pág. 34.
34. LAUREANO V ALLENILLA LANZ, Cesarismo democrático. Imp. El Cojo. Caracas, 1919. Pág. 123.
35. JOSÉ FRANCISCO HEREDIA, Memorias sobre las Revoluciones de Venezuela. Edlt. Garnler. París, 1895. Págs. 30 y 31.
36. FRANCISCO JAVIER YÁNEZ, Relación documentada de los principales Sucesos

ocurridos en Venezuela desde que se declaró Estado independiente hasta el año de 1821. En tres vols. Edlt. Elite. Caracas, 1943. Págs. 5-13.
37. H. POUDENX, Op. Cit, pág. 52.
38. JUAN VICENTE GONZÁLEZ, Op. Cit, pág. 188.
39. H. POUDENX, Op. Cit, pág. 53.
40. FRANCISCO JAVIER YÁNEZ, Op. Cit, pág. 14.
41. JOSÉ DOMINGO DÍAZ, Op. Cit, pág. 36.
42. SIMÓN BOLíVAR, Obras completas. En dos vols. Edlt. Lex Habana, 1947. Edición oficial. Tomo 1, pág. 1001.
43. JOSÉ FRANCISCO HEREDIA, Op. Cit, pág. 35.
44. JOSÉ FRANCISCO HEREDlA, Op. Cit, pág. 35.
45. H. POUDENX, Op. Cit, págs. 55 y 56.
46. PEDRO DE URQUlNAONA y PARDO, Op. Cit, págs. 46 y 47.
47. JUAN VICENTE GONZÁLEZ, Op. Cit, pág. 194.
48. H. POUDENX, Op. Cit, pág. 62.
49. FRANCISCO JAVIER YÁNEZ, Op. Cit, pág. 26.
50. ARÍSTIDES ROJAS, Leyendas históricas de Venezuela. Segunda serie. Impr. y Lit. del Gobierno Nacional. Caracas, 1891. Pág. 184.
51. H. POUDENX, Op. cit págs. 64 y 65.
52. H. POUDENX, Op. cit pág. 65.
53. H. POUDENX, Op. cit, pág. 65.
54. FRANCISCO JAVIER YÁNEZ, Op. Cit, pág. 27.
55. JOSÉ DOMINGO DíAZ, Op. Cit pág. 39.
56. H. POUDENX, Op. Cit, pág. 62.

Segundo capítulo

VENEZUELA ES DE LOS ISLEÑOS

I. El monstruo se despierta

Miranda estableció su cuartel en Maracay y se dispuso a organizar la defensa; pues atacar era casi imposible con un material humano prácticamente derrotado, que iba a la lucha sin ningún ideal, sin ningún fin. A su vez el Marqués del Toro fue nombrado para que reclutase en Los Llanos, pertrechos, hombres y caballos para la desesperada defensa que se proyectaba hacer. Su gestión fracasó, pues no encontró en aquellas poblaciones gente dispuesta a ayudar a la República, más que la veían representada por este aristócrata. El marques, viendo su fracaso se marchó a Cumaná y de allí siguió a las isla de Granada (1), no sin que antes apareciesen unos versos cuyas dos primeras líneas decían así:

Ya este pueblo se ve ahíto
de marqueses y pelucas... (2)

Monteverde no había sufrido nada con el terremoto, sus tropas se encontraban fuera del radio de destrucción, nueva prueba que los fanáticos esgrimieron para demostrar el sentido religioso y divino de su cruzada. Aprovechando este estado de ánimo comenzó su avance no encontrando prácticamente resistencia de parte de los patriotas. Por los

campos donde pasaba los campesinos salían a ofrecérsele como reclutas, engrosando así su ejército.
El Gobierno republicano, en vista del avance enemigo, abandonó Valencia, la cual fue tomada al poco tiempo por el capitán español. Miranda concentró sus tropas en el desfiladero de La Cabrera, cerca del lago de Valencia. Era ésta, sin lugar a dudas, una espléndida posición para hacer frente al enemigo e impedir su avance hacia Caracas. Pero los habitantes de los alrededores, partidarios de los realistas, mostraron a Monteverde un pasaje desconocido por los patriotas, con lo que consiguió eludir el desfiladero y situarse en la espalda del ejército de Miranda. Este al conocer su situación y temiendo verse envuelto y sin salida posible, decidió retirarse a la Victoria en buena formación. Los realistas atacaron pero siempre fueron rechazados con pérdidas considerables (3).
Monteverde, mal conductor y peor general, cada vez que trataba de atacar salía rechazado sin lograr otra cosa que la progresiva disminución de sus municiones. Miranda aprovechaba la situación estática en que se encontraba para reorganizar el ejército y darle un sentido de cuerpo moderno, según los conceptos que conocía. La infantería de Ducayala, por ejemplo, carecía de armas, pues las habían perdido cuando el terremoto y tuvieron que ser dotados con picas mientras se conseguían fusiles. Miranda, en razón a los acontecimientos, fue nombrado dictador de Venezuela con plenos poderes.
Los ataques del enemigo eran constantes. Una vez traía a su cabeza al Padre Hernández, quien habíase visto envuelto en el asunto de Valencia, y perdonado en su calidad de sacerdote contra la propia voluntad de Miranda, había sido designado como Vicario General del Ejército Republicano, pasándose a1 enemigo en la primera oportunidad. Ahora venía contra los patriotas "armado de un crucifijo de madera, marchaba a la cabeza de las tropas de Monteverde, envalentonándolos a masacrar a los hombres que le habían perdonado" (4).
En San Mateo sufre Monteverde -una grave derrota que asegura a Miranda . Miranda, aunque comete el error de no perseguirlo, tiene la situación en sus manos y por primera vez en todo ese tiempo se vislumbra una cierta posibilidad de triunfo para la República. Es interesante hacer notar aquí que a Miranda se le ha objetado como causa de su derrota en Venezuela el desconocimiento casi total del país. Esto tiene, como es lógico, su parte de verdad; pero, en cambio, no hay que olvidar la serie de factores internos, y que estamos aquí exponiendo, que contribuyeron a su fracaso y a la caída de la primera República. Pero es necesario señalar que hombres que desconocían más que Miranda a Venezuela triunfaron en las diferentes batallas donde se encontraron. Con solo señalar a Morillo y al propio Monteverde en el bando realista, y a Mac Gregor y O'Leary en el patriota, comprenderemos que, si bien es beneficioso ser conocedor del terreno y del ambiente, no es de ninguna manera una condición esencial. Lo que sucede es que, para ganar batallas es necesario, antes que todo, ser buen general, contar con el apoyo nacional y luchar por una causa popular. Y a Miranda le faltaban especialmente estos dos últimos factores.
Al día siguiente de la batalla de San Mateo nombró Miranda, como Gobernador de Caracas, a José Félix Ribas, principal exponente del grupo de los extremistas. Inmediatamente se puso Ribas a efectuar prisiones entre el grupo de canarios y españoles de la capital, por lo que hubo muchas quejas ocasionando, como era de esperar, su reemplazo, siendo entonces designado en ese cargo el moderado Juan Nepomuceno Quero, de tendencias realistas y que luego se haría célebre por su traición a la patria (5).
Al mismo tiempo que sucedía el infructuoso nombramiento de Ribas, Miranda cometía

otro mal paso con los nobles criollos ahondando así más profundamente la brecha que les desunía. Había hecho éste un decreto tendiente a reforzar su escuálido ejército con los esclavos de las plantaciones y haciendas de los mantuanos, decreto que no perjudicaba en nada a estos grandes señores, siendo por el contrario, más bien inhumano con respecto a los negros a quienes exigía exponer su vida por la patria y el Gobierno de sus señores sin tener derecho a conquistar su libertad con los méritos obtenidos en el campo de batalla, sino mediante el precio que valían, debiendo volver al trabajo forzado de sus labores si no conseguían la suma de dinero que debía entregarles la libertad que su sangre no había podido conquistar en la defensa de sus amos.
Los grandes propietarios se sintieron defraudados con la perspectiva de ver su base productiva escapar a la lucha patria.
A la vez temían que una vez terminada la guerra estos hombres no desearan continuar en la esclavitud, arruinando a la clase dirigente de Venezuela. Por eso, desde el primer momento, todas las opiniones estuvieron en contra del decreto, "porque atacaba la propiedad, dice Baralt, e indisponía contra la revolución a las clases más valiosas de aquella sociedad" (6). En realidad pocos fueron los esclavos enganchados en el ejército patriota y apenas éstos entraban en campaña se pasaban al campo enemigo dejando solos a los jefes del mantuanismo, pues aquellos hombres "prefirieron las mismas promesas hechas por los caudillos de la opresión, y no es que no amasen su libertad, sino que la creían una red ofrecida por los que habían sido sus señores, y la preferían recibida del isleño popular, que se rozaba con ellos, y vivía entre ellos, y con ellos trabajaba la tierra" (7). El decreto fue, pues, un fracaso.
La situación de Monteverde empezaba a ser desesperada, el ánimo de las tropas declinaba y los pertrechos estaban casi agotados; mientras Miranda se mantenía mal que bien en sus posiciones esperando la oportunidad para comenzar la contraofensiva. Llegó el momento que en el campo realista no hubo materialmente municiones y Monteverde, "mandó a desclavar las silletas de los pueblos de Aragua, dice Pedro Gual, para tirarnos en las avanzadas con las tachuelas... Tal era nuestra situación el 5 de julio de 1812" (8).
Era ese día justamente el aniversario de la declaración de Independencia y Gual se dirigió a la casa del cuartel general de Miranda, y al "entrar en esta oficina, se paseaba el General Miranda aceleradamente de un extremo a otro de la pieza; el doctor Roscio se pegaba fuertes golpes con los dedos de una mano en la otra; el señor Espejo estaba sentado cabizbajo y absorto en meditación profunda, y Sata y Busy parado como una estatua, junto a la mesa de su despacho. Lleno yo del presentimiento de una calamidad inesperada, me dirigí al General: "Y bien, le dije, ¿qué hay de nuevo?" Nada me contestaba a la segunda pregunta, cuando a la tercera, hecha después de algunos intervalos, sacando un papel del bolsillo de su chaleco, me dijo en francés: "Tenez, Venezuela est blessée au cœur... ". El papel que acababa de entregarme el General Miranda era el siguiente:
Julio 1 de 1812.
"Mi General: Un oficial indigno del nombre venezolano, se ha apoderado con los prisioneros del castillo de San Felipe, y está haciendo actualmente un fuego terrible sobre la ciudad. Si V. E. no ataca inmediatamente al enemigo por la retaguardia esta plaza es perdida. Yo la mantendré, entre tanto, todo lo posible. Simón Bolívar" (9).

Puerto Cabello estaba perdido con todo su inmenso parque. Aymeric, encargado del comando del castillo de San Felipe, dejó a Vinuni, el traidor, haciendo sus veces mientras iba a la ciudad a contraer matrimonio. En ese instante, en que ni Bolívar ni Aymeric estaban presentes, el fuerte enarboló la bandera de Castilla comenzando inmediatamente un fuerte bombardeo contra la ciudad. En realidad había sido una grave

imprudencia de Bolívar y Aymeric el salir para el matrimonio los dos y dejar en manos poco seguras el mando del castillo que les había sido confiado. La plaza entera, como era de esperarse, fue conquistada días después, viéndose obligados Bolívar y los suyos a tomar una embarcación que les conduciría sanos y salvos a La Guaira (10). Venezuela, como acertadamente había exclamado Miranda, estaba herida en el corazón.
Mientras en el campo de la lucha sucedía este desastre, en el interior del país se levantaban montoneras armadas de esclavos insurrectos que iban por los campos y haciendas de Barlovento saqueando y matando blancos con el fin determinado de dirigirse a Caracas a realizar la venganza de su larga opresión y a establecer un Gobierno popular dirigido por los negros.
Esta insurrección fue provocada por un grupo de blancos realistas que, decididos a jugarse el todo por el todo con tal de ver la bandera del Rey ondeando sobre Caracas, se habían dirigido a la región de Barlovento repartiendo armas y proclamas incendiarias contra los patriotas y su Gobierno. Pero aquellos hombres no sabían lo que estaban haciendo. Sólo cuando ven que toda aquella masa formidable de esclavos, sedientos de las más esenciales libertades humanas, comienza a matar a todo ser que tenga el rostro blanco y a incendiar todo lo que encuentra, tanto patriota como realista, es que vienen a comprender el gran daño que han realizado desatando esa espantosa rebelión; pero ya es muy tarde para arrepentirse y hasta peligroso (**Nota 1**). Por eso dice Restrepo, "los mismos criminales autores de aquella sublevación, espantados de su obra, tuvieron que huir para no ser víctimas de los negros feroces, a quienes habían puesto las armas en las manos para concurrir a la destrucción de su propio país" (11).
¿Cómo estarían en Caracas los moderados? ¿Qué dirían todas aquellas gentes que veían, ya no solamente sus posesiones amenazadas sino sus propias vidas, las de sus hijos y las de sus mujeres? Es de comprender que toda la población ante tan gran peligro comenzaría a efectuar manifestaciones para demostrar sus deseos de que volviese lo más pronto posible el viejo régimen, tranquilizador y seguro.
Moderados, realistas y hasta los exaltados se dirigieron a todas las personalidades más o menos respetadas por los españoles para ver si se podía llegar a un armisticio con Monteverde antes que la marejada destructora llegase a Caracas.
Los negros avanzaban por los valles de Curiepe, Capaya, Guapo y otros lugares de Barlovento. Quemaban las casas de hacienda, saqueaban los caseríos, asesinaban los blancos que tenían el valor de esperarlos, y se bebían todo el vino y el aguardiente que las posadas y bodegas que encontraban en su paso podían proporcionarles. La destrucción 'amenazaba a Caracas. Los moderados empezaron a acusar a Miranda de haber provocado esa tremenda catástrofe por haber hecho el célebre decreto antes comentado y haber halagado "a las esclavitudes" (12).
En Caracas la situación era confusa y angustiosa. La gente se imaginaba ya a los negros saqueando a Caracas, violando a las mujeres y descabezando a los hombres. El 13 de julio, a media noche, sonó la generala y las campanas de las iglesias comenzaron a repicar. Todo el mundo salió de su casa para saber lo que sucedía. "Corrí a informarme -dice Díaz- y supe que todos los negros esclavos de los valles de Barlovento a la voz de viva el Rey, habían llegado hasta Guatire, asesinando a varios blancos. Guatire está a doce leguas al oriente de Caracas, y en esta ciudad no había fuerza alguna con que contenerlos" (13).
Esa misma madrugada un grupo de patriotas y realistas fueron a la casa del Marqués de Casa-León, a quien hicieron despertar inmediatamente para exigirle que fuera a La Victoria a exponerle al General Miranda la grave situación en que se encontraba Caracas con el avance de los negros. Al poco rato salía el Marqués y, a las cinco de la tarde ya estaba en La Victoria conferenciando con Miranda las formalidades de un

armisticio (14).
Mientras se adelantaban las conversaciones los esclavos seguían avanzando hacia Caracas, por el lado de Naiguatá y por el este de la capital. Ya se corría la voz de que los negros habían entrado en La Guaira, y que habían tomado Los Dos Caminos). El Gobernador Quero reunió todos los efectivos con que podía contar enviándolos a este último lugar como el esfuerzo final que podía hacer la capital ante la temible tempestad. Entonces se supo, para tranquilidad de todos, que Miranda y Monteverde habían convenido una suspensión de armas mientras se llegaba a una capitulación. Al saber esto, Quero envió contra los negros la única autoridad que podía quizás someterlos, el cura de Antímano, don Pedro Echezuría. Este iba a parlamentar con los cabecillas y a exponerles que la suspensión de armas era ya un hecho. Los negros, que no habían retrocedido ante nada, fueron contenidos por el crucifijo. Echezuría aprovechó la ocasión para decirles que debían volver a sus tierras y abandonar las armas. Los negros no avanzaron más, es verdad, pero a la vez se negaron a retroceder, creando una situación delicada a las autoridades que quedasen con el mando definitivo de Caracas (15).
A finales de julio los preparativos para la capitulación estaban ya terminados en la forma siguiente:
1. El Comisionado del Ejército de Caracas pone por condición de este pacto que la ejecución y cumplimiento de cuanto se ha estipulado anteriormente como la ocupación y posesión del territorio de la provincia de Caracas, debe pertenecer exclusivamente al señor don Domingo de Monteverde, con quien se ha iniciado este convenio, no accediendo los pueblos de Caracas a ninguna variación en esta parte.
2. Las tropas de Caracas existentes en La Victoria la evacuarán por divisiones, que desde hoy mismo por la mañana empezarán a salir; y con intervalos proporcionados se retirarán a Caracas, en donde depositarán sus armas sucesivamente en el momento que lleguen, licenciándose al punto.
3. Quedarán en La Victoria una división de 600 a 1.000 hombres, que hagan la entrada del armamento, artillería, municiones y demás efectos militares que se encuentran en aquel pueblo.
4. El ejército al mando del señor don Domingo de Monteverde entrará en La Victoria el día 26, por la tarde, para hacerse cargo de todo lo contenido en el anterior artículo.
5. Este ejército, dividido en las secciones que tenga por conveniente su jefe, podrá pasar a Caracas sucesivamente desde el día siguiente de su entrada en La Victoria, con el objeto y fines insinuados en los artículos 2 y 3.
6. La división que queda en La Victoria, después de la entrada del ejército español, se retirará por piquetes a sus cuarteles, y allí depositará sus armas, de que se hará cargo el comisionado o comisionados que nombrase el jefe de dicho ejército. La división de Caracas quedará licenciada, y se retirará con orden a los pueblos de su residencia.
7. A los oficiales se les dejarán sus espadas, exigiéndose si se quiere, todas las seguridades que ellos pueden prestar en su palabra de honor.
8. Con las mismas formalidades se entregará la plaza de La Guaira, así que la de Caracas esté pacíficamente poseída por las tropas de S. M. C.
9. Se enviarán comisarios con la fuerza que se juzgue conveniente, en nombre de dicho ejército, para tomar posesión de todos los pueblos y lugares de la provincia de Caracas, Barcelona, Cumaná e isla Margarita.
10. No se exigen otros rehenes ni seguridades de una parte y otra, que la mutua fe y palabra de ambos; fiándose tanto el pueblo de Caracas de la del señor don Domingo de Monteverde, que no duda que por ella sola se cumplirán religiosamente todas las promesas.

11. Como las proposiciones hechas por los comisionados del jefe del ejército de Venezuela, en las dos referidas fechas de 20 y 24 de julio, han recibido igualmente en ambas sus contestaciones respectivas que, aunque levemente, se modifican y alteran, se hará una sola redacción que las comprenda a todas, y será el acta solemne y definitiva de lo estipulado; firmándose por ambos jefes en Caracas o en donde se convenga, se imprimirá un número suficiente de ejemplares de esta acta, y se distribuirán al público. Cuartel General de San Mateo, julio 25 de 1812. -Domingo de Monteverde-. José Zata y Bussy (16).
Esta capitulación no fue, a pesar de las circunstancias que la obligaron a realizar, del agrado de todos. Bolívar escribía un año más tarde y quizá de una manera injusta que "es preciso convenir en que las capitulaciones vergonzosas de Miranda, no fueron la obra de Monteverde, sino de las circunstancias, y de la cobardía del General del ejército de Venezuela" (17). El Libertador, en realidad, no era de los más llamados a criticar a Miranda por la caída de la República, ya que en parte por su negligencia cayó Puerto Cabello.

Notas
(1) «El rudo ser carnicero que hace menos de cinco siglos poblaba nuestros bosques y llanuras, igual al de la Europa prehistórica, reaparece con todos sus instintos destructores y sanguinarios; arroja la escasa vestidura que sobre su cuerpo colocó la menguada civilización ambiente, pierde los pocos sentimientos de justicia y de moralidad que en su espíritu superpuso el trato con las gentes cultas, y vuelve a ser el bruto feroz, habitador de la selva. Por eso es tan impía la obra de desencadenar la guerra civil en este país. Es despertar monstruos dormidos». (PEDRO M. ARCAYA, Estudios sobre personajes y hechos de la Historia venezolana. Caracas, 1911. Pág. 49).

II. Su Excelencia el General Monteverde

Cuando Monteverde entró en La Victoria fue recibido por don Francisco Espejo, miembro del ex-poder ejecutivo, quien en un arrebato de alegría exclamó: "Gracias al cielo de volver bajo la dominación de los dueños legítimos" (18). A pesar de estas expresivas frases, Espejo fue encarcelado, algún tiempo después, en los calabozos de Puerto Cabello. Las fuerzas patriotas, según lo pactado el día anterior, ya habían evacuado la ciudad no sin que antes se hubiese presentado un conato de sublevación entre los pardos de la tropa, quienes anarquizados por la caída de la República pensaban juntarse a los negros de Barlovento para atacar a Caracas y acabar con los blancos, españoles y criollos. Urquinaona, testigo de los sucesos, dice "observando éste (Miranda) la disidencia y alteración de varios cuerpos de pardos que salían en tropel del pueblo de La Victoria con dirección a Caracas, publicando que no entraban en la capitulación concluida en San Mateo, y temiendo Miranda ver frustrados sus designios si por desgracia llegaban a reunirse, hacer causa común y dirigir contra los blanco!; el alboroto de los negros de las costas orientales, dio órdenes para la entrega de La Victoria y partió para Caracas decidido a desarmar a los mulatos, como lo ejecutó, dejando con esta operación expedita la entrada que hizo Monteverde el día 30 de julio, con aplauso y aclamación de los habitantes pacíficos de aquella desgraciada capital" (19). Desde el primer día de su llegada, Monteverde hizo mala impresión, pues entró "rodeado de europeos, isleños y demás individuos del partido que llamaban Godo, y que habían sido perseguidos o mal vistos durante el Gobierno revolucionario" (20).

Comenzaba el Gobierno de los isleños con todos sus odios y venganzas. Monteverde no era un militar de escuela ni un hombre educado, se dejaba influenciar por los monjes y sobre todo por sus coterráneos, era "rudo, grosero y casi por completo desprovisto de toda clase de conocimientos, pero ambicioso y emprendedor" (21). Los moderados y muchos de los exaltados que habían creído en su persona, como representante del Rey de España y del orden, se vieron defraudados en sus más legítimas esperanzas al ver que en Monteverde no estaba representada la bonachona y tolerante colonia, sino más bien la venganza baja y soez. Los cargos públicos que anteriormente cuando la administración de los capitanes generales ocupaban los criollos eminentes y de distinguidas familias, ahora los tenían una camarilla de canarios insolentes, pulperos en su mayor parte, de manos recias y lenguaje torpe, que se pavoneaban por las calles provocando a los caraqueños y procediendo en todo como dueños absolutos de una ciudad conquistada. La capitulación no fue refrendada, según lo dispuesto en el artículo 11 de la misma, por apresuramiento de las autoridades competentes y por la huída de Miranda; aprovechando Monteverde esta circunstancia para no observar ninguno de los compromisos pactados en San Mateo y que la ley, y no el honor, le permitía violar. Mientras Monteverde entraba en Caracas, Miranda llegaba a La Guaira con el propósito de embarcarse en una "corbeta inglesa, el "Sphir" del capitán Hayns, que acabada de llegar de Curazao. Miranda encargó al señor Leleux, su secretario particular, de hacer embarcar a bordo de este navío su biblioteca, sus papeles, y una fuerte suma de dinero sacado por sus órdenes del tesoro público" (22). Al menos esto "del tesoro público" lo hicieron correr sus adversarios (**Nota 1**). En realidad, el dinero que llevaba era un préstamo que le había hecho el Marqués de Casa León, según el decir del propio José Domingo Díaz, en los días de la capitulación. Casas, quien era Gobernador del Puerto de La Guaira, Simón Bolívar y Peña, decidieron en venganza por el fracaso de Miranda hacerle preso, aunque no están del todo lejanas las presunciones de que el móvil de tal acontecimiento haya sido el congraciarse con las autoridades' españolas. Ciertos documentos, al menos, dan a entenderlo así. Lo cierto es que la noche de su llegada al puerto, el Capitán Hayns, quien parece sospechaba algo, le invitó a montarse a bordo inmediatamente. Miranda no quiso y se quedó en tierra (23). El Gobernador le convidó a dormir en una habitación de su propia casa. Miranda se retiró al cuarto a eso de las nueve (24). Entonces, Casas y Peña decidieron hablar con Bolívar haciéndole ver a éste la traición de Miranda, pero en realidad con el fin de apropiarse de los diez mil pesos del Generalísimo y congraciarse con el Gobierno español, pensamiento que no le comunicaron a Bolívar. Esa misma noche del 30 de julio se decidió la suerte de Miranda (25). "Cuando Peña, Casas y Bolívar se hubieron asegurado de que dormía un sueño profundo, después de una corta deliberación decidieron asegurarse de su persona esa misma noche y librarlo al Comandante español Monteverde. Casas, en calidad de Comandante militar de La Guaira, dio órdenes para que un fuerte destacamento de la guardia le fuera enviado. Ordenó que este destacamento rodeara su propia casa, observando el más profundo silencio. Cuando todo estuvo listo, Peña, Casas y Bolívar entraron, a las dos de la mañana, en el cuarto abierto del General Miranda. Estaba completamente dormido. Los tres cómplices agarraron la espada y pistolas del General que había colocado delante de él" (26). Entonces, Soublette, que dormía cerca en calidad de secretario de Miranda, corrió a ver qué querían aquellos hombres, y una vez enterado de sus propósitos despertó a Miranda. Este, medio dormido, se quejó de que era muy temprano, pero luego, advirtiendo lo que sucedía, agregó: "Que esperen, pronto estaré con ellos". Una vez listo agarró una linterna que tenía Soublette en la mano y la levantó en alto para ver mejor los rostros de sus prendedores y dijo: "Bochinche, bochinche, esta gente no sabe hacer sino bochinche", y se entregó (27). Inmediatamente

fue conducido al castillo de San Carlos o Colorado, situado sobre el cerro que domina a La Guaira. Por el camino de subida sufrió ciertas violencias de sus enemigos, y apenas llegado al fuerte fue encadenado y encerrado en un oscuro calabozo. Al día siguiente entró Cerveris en La Guaira, quien ordenó su traslado a la prisión llamada de "las bóvedas", enfrente del muelle (28). ¿Por qué El Libertador fue de los que le hicieron preso? En realidad, Bolívar estaba desagradado por la actitud de Miranda de no ratificar, como era lo convenido, el pacto de San Mateo, dejando la capitulación inconclusa, tomando el primer barco que encontraba en el puerto, sin esperar al enemigo y entregarle la capital, abandonando todo, dando la sensación de huída, de poca seriedad. Por eso, años más tarde, el Coronel B. H. Wilson decía a O'Leary: "El General Bolívar siempre se glorió delante de mí, de haber arriesgado su propia salvación, que pudo haber conseguido embarcándose, con el fin de asegurar el castigo de Miranda por la traición que se le atribuía. No carecían de fundamento sus razones, pues argüía que si Miranda creyó que los españoles observarían el tratado, debía quedarse para hacerles cumplir su palabra, y si no era un traidor, por haber sacrificado su ejército. Invariablemente agregaba Bolívar, que él había querido fusilar a Miranda, pero que otros lo impidieron". En realidad, la actitud de Bolívar era comprensible y explicable. Caracas estaba a merced de los canarios. Estos ocupaban los cargos de importancia y dirigían los asuntos públicos. Ser isleño era una credencial para que todas las puertas se le abrieran, para que todo el mundo le adulara. A propio tiempo al criollo se le miraba con desconfianza, como a un enemigo. Esto trajo como consecuencia una profunda decepción en el círculo de hombres que habían querido la vuelta de España. Enemistó a los indecisos, ahondó aún más la brecha que los separaba de los enemigos. Nadie quería ver al isleño mandando, tanto más cuanto que hasta ayer era mirado con desprecio y considerado como inferior (**Nota 2**). Poco tiempo después de haber entrado Monteverde a Caracas comenzaron las prisiones. Se empezó a perseguir a todo aquel que había tenido alguna actuación cuando la República. En medio de la plaza de Capuchinos exhibieron al doctor Juan Germán Roscio en un cepo para que los realistas se burlaran de él y le tiraran inmundicias (29). Por el viejo camino de La Guaira llevaban amarrados como bestias a los más eminentes patricios, entre ellos a Montilla, a Escalona, a Cabrera, al Padre Mendoza, etc., para encerrarlos en las "bóvedas" (**Nota 3**) y (**Nota 4**). Caracas, como la Roma de Mario y Sila, era una ciudad donde una simple denuncia de un isleño bastaba para encarcelar a un hombre o para arruinar a una familia. Las calumnias brillaban por todas partes. El mismo Arzobispo de Caracas, dice un testigo de aquellos tiempos, usó de su influencia cerca de Monteverde para acusar a sacerdotes patriotas (30). Con este espantoso sistema los canarios llegaron a gozar en poco tiempo de un poderío que nunca tuvieron en la colonia los españoles peninsulares. Al propio tiempo que Monteverde cometía esta serie de atropellos con los patricios caraqueños, trataba muy mal a la tropa criolla que estaba a sus órdenes, creando un gran descontento. Entonces trataba de compensar esto con una gran licencia que le toleraba a la tropa con respecto a los pacíficos ciudadanos. "Caracas durante el Gobierno de Monteverde, dice Urquinaona, pareció un campamento amenazado por enemigos, o una farsa que excitaba a la risa de todo hombre sensato... todas las tropas que tenía Caracas eran nominales y estaban en cueros, a excepción de unos pocos soldados de marina vestidos con el mayor lujo, nadie podía andar por las calles en cerrando la noche. Con la luna clara se veían venir una o dos mujeres en su traje ordinario, y al momento se les preguntaba: ¿Quién vive? ¿De qué regimiento? ¡Y miserable la que no respondía en el acto! Yo vi con mis ojos, a las ocho de la noche de un plenilunio, en la calle más pública, frente a la rasa donde vivía el mismo Monteverde, y frente a la que servía, o llamaban cuartel de marina, tendido en el suelo y atravesado de un balazo a un infeliz

del campo que no supo responder tan pronto al centinela que le asesinó" (31). Por otra parte, Monteverde se captó también el odio del público cuando dispuso que, para sufragar los gastos de la burocracia isleña, se levantara una contribución general, la que de hecho era forzada, dada la situación de pobreza de la nación y la impopularidad del Comandante General. Para cobrada se recurrió a los medios más violentos, a la vez que imponía al comercio multas y contribuciones, "estos medios violentos irritaron a los principales comerciantes, y les impidió encontrar entre ellos el socorro que él hubiera esperado si otra hubiere sido su conducta", Esto, unido a la falta casi absoluta de numerario, y que la lejanía de la Metrópoli impedía la rápida llegada de moneda española y la que estaba en plaza era venezolana o antigua española convertida y refundida en moneda de la República, produjo un profundo malestar entre los civiles, quienes no encontraban medio cómo quitarse de encima a tan inepto y tiránico Gobierno. Al propio tiempo la tropa no percibía ni un centavo por sus servicios lo que aumentaba el malestar (32). Las prisiones redoblaron cuando Monteverde comprendió que la ciudad estaba en su contra. Se procedió a levantar una lista de "sospechosos" formada por muchas personas de Caracas que habían sido hasta ese momento adictas a la causa realista pero que no querían ser vejadas ni robadas por los canarios. Apenas formada la lista de los "sospechosos", "se levantaron partidas tumultuarias de los isleños más soeces, a quienes se entregaron sin firma, mandato, ni formalidad alguna, los nombres de aquellas víctimas, dejando lugar para agregar libremente los que después fueran ocurriendo a los bárbaros ejecutores del atentado... se allanaron con estrépito todas las casas de los proscritos, registrando con audaz grosería las camas de sus mujeres e hijas, insultándolas en su desgracia y conduciendo a sus padres y esposos a las pestilentes mazmorras de La Guaira donde amanecieron cargados de grillos y cadenas. La misma noche del 13 de agosto se circuló orden a las autoridades subalternas del distrito para prender y remitir a La Guaira y Puerto Cabello a cuantos reputaran "sospechosos"; y como los tenientes de justicia, casi todos isleños, eran otros satélites del terrorismo, la ejecutaron de manera que a los quince días se contaban en los calabozos sobre mil quinientas personas de las más distinguidas entre los pueblos (33). Caracas era un valle de lamentaciones. No había nadie quien no tuviese un familiar o un amigo en las listas de proscritos. Heredia llegó a Caracas en esos días llamado por el propio Monteverde y encontró que "la casa del jefe estaba siempre llena y rodeada de gentes de todas clases, sexos y edades, que iban a implorar clemencia por el hijo, por el hermano o por el marido presos, y que en pie, cuatro o cinco horas sin lograr audiencia... y vi niñas delicadas, mujeres hermosísimas y matronas respetables solicitando protección hasta del zambo Palomo; un valentón de Valencia, despreciable por sus costumbres, a quien Monteverde había escogido para que siempre le acompañase" (34). Este desagradable ambiente de persecuciones, venganzas, robos y vejaciones era intolerable hasta para los criollos realistas. Muchas de estas personas comenzaron a considerar, como lo único para salir de semejante situación, la vuelta de la República. Al propio tiempo que esto sucedía con los blancos criollos, los negros no estaban del todo contentos. La insurrección de los esclavos que había sido detenida por la religión estaba aún latente. Empezaban a reclamar las libertades que les habían sido ofrecidas por los mismos que les habían insurreccionado. Pero una cosa era ofrecer y otra cumplir. El Gobierno no podía hacer efectivas esas aspiraciones de los negros, porque de hecho hubiera sido ocasionar una revolución en los medios de producción, revolución económica ésta que habría perjudicado a las demás colonias españolas e inglesas trastornando las bases de la sociedad colonial. Los negros, en vista de la actitud intransigente de las autoridades realistas, volvieron a la lucha, esta vez atacaron directamente por el litoral, "armados la mayor parte con palos, algunos con machetes y

muy pocos con cuchillos, con el intento de apoderarse de La Guaira, y es necesario no tener idea de lo que es aquella plaza para concebir que una chusma despreciable pudiese sin locura haber proyectado empresa tan disparatada. Así fue que un destacamento de tropas los desbarató al momento, cogió a los más y el resto se dispersó... el objeto de aquel levantamiento no fue otro que el de intentar por este medio conseguir la libertad que les habían ofrecido los que levantaron la esclavitud de aquellos valles si tomaban las armas contra Miranda" (35). Tal era el panorama de la situación de Venezuela a fines de 1812. Sombrío y sin esperanzas. Sólo existía la perspectiva de acabar de una manera violenta con el Gobierno de Monteverde para vengar las afrentas de los insolentes canarios.

Notas

1) Con respecto a la suma de dinero que Miranda embarcó, y sobre la cual se ha gastado tanta tinta, poseemos un interesante libro escrito por un sobrino del general Monteverde, muy bien documentado con los archivos de su tío sobre todos los asuntos de la campaña de Venezuela en 1812. Allí están las siguientes cartas: «Victoria. 22 de julio de 1812. Mi querido Manuel María: Esta mañana, a las diez, llegó el general a esta ciudad: todo lo ha encontrado tranquilo y continúa en el arreglo de estos asuntos, pues no queriendo que se pierda tiempo, envía ahora a Mr. Robertson y me manda te escriba a fin de que disponga que a bordo de su buque se ponga todo el equipaje del general y que al mismo Robertson le entregues los diez mil pesos en fuertes; que todo este embarque haya de hacerse precisamente de noche y que de los diez mil pesos percibas recibo. El buque, con todos estos efectos a su bordo, debe permanecer ahí hasta que se le comuniquen nuevas órdenes, y harás que por el ministerio de Hacienda se le pague en papel sus estudios hasta que el embarque se haya verificado. SI fuese posible, franquearle dos cañones de pequeño calibre para la defensa del buque; se los entregarás con calidad de devolverlos. Estos asuntos son de la mayor importancia y así me encarga el general te diga que lo veas con preferencia a cualquiera otros. Allá va el barón Shomberg, y el general quiere que le pongas, como a Picornell, en disposición de que no alarme y cause desórdenes en ese puerto. Pásalo bien, muchacho, y dispón de tu apasionado, C. Soublette.
Caracas, 27 de julio de 1912. Mi querido Manuel María: El general me manda te prevenga que de los catorce mil pesos que te llegarán hoy hagas embarcar doce mil a bordo de la goleta Robertson y el resto lo reserves en tu casa hasta que él disponga; percibirás recibo de Robertson y tú lo darás de los catorce mil. También me manda te encargue que trates a Carabaño con alguna suavidad, que cuando él vaya allá terminará estos asuntos. Yo no puedo decirte más sino que soy tu amigo sinceramente, C. Soublette». («Pacificación de Venezuela en 1812», por el comandante Tomás Monteverde. Madrid, 1883. Pág. 53).

2) Para conocer el prejuicio que nuestros blancos criollos sentían por los canarios, es bueno leer «Las clases coloniales», de L. Vallenilla Lanz.

3) «Yo vi llegar a La Guaira -dice Miranda- recuas de hombres de los más distinguidos e ilustres estados, clases y condiciones, tratados como fascinerosos; les vi sepultar junto conmigo en aquellas horribles mazmorras, vi la venerable ancianidad, vi la tierna pubertad, al rico, al pobre, al menestral, en fin, al propio sacerdote, reducidos a grillos y a cadenas y condenados a. respirar un aire mefítico que, extinguiendo la luz artificial, infeccionaba la sangre» (Miranda. Por el marqués de Rojas).

4) «El calabozo en que yo estaba recluido junto con casi cerca de cien compañeros de desgracia -dice un prisionero patriota- consistía en una pieza abovedada que no medía más de quince pies de longitud por doce de anchura, situada debajo de uno de los bastiones que formaban la fortificación de la rada. El piso estaba pavimentado con grandes piedras redondas que duras como eran nos servían, cuando nos acostábamos, para preservar nuestros cuerpos contra la humedad del suelo, empapado perpetuamente por la helada llovizna que rezumia del combo techo» (Narración del jefe de guerrilla capitán Wowell. «Las sabanas de Barinas», pág. 172. Edición de Joyerías Unidas, 1953).

BIBLIOGRAFIA DEL CAPITULO SEGUNDO
1. H. POUDENX, Mémoire pour servir à L'Histoire de la Révolution de la Capitainerie Générale de Caracas, de l'Abdication de Charles IV jusqu'au mois d'aout 1814. París, 1825, pág. 67
2. ARISTIDES ROJAS, Leyendas históricas de Venezuela. Segunda serie. Imprenta del Gobierno Nacional. Caracas, 1891. Página 183.
3. MANUEL PALACIO, Esquisse de la Révolution de l'Amérique Espagnole. Edit. P. Mongie l'Ainé. París, 1817. Pág. 129.
4. H. POUDENX, Op. Cit, págs. 68 y 72.
5. H. POUDENX, Op. Cit, pág. 77.
6. RAFAEL MARÍA BARALT y RAMÓN DÍAZ, Resumen de la Historia de Venezuela. Imprenta de H. Fournier. París, 1841. Página 60.
7. JUAN VICENTE CONZÁLEZ, Biografía del general José Félix Ribas. Edit. América. Biblioteca Ayacucho. Madrid, 1917. Pág. 195.
8. PEDRO CUAL, Artículo aparecido en el «Promotor», núm. 39, de 1844.
9. PEDRO GUAL, Op. Cit, núm. 39.
10. H. POUDENX, Op. Cit, pág. 81.
11. J. M. RESTREPO, Historia de la Revolución de la República de Colombia. En cuatro vols. Imprenta de J. Jacquin, Benzazon, 1858. Tomo II, pág. 78.
12. FRANCISCO JAVIER YÁNEZ, Relación documentada de los principales sucesos ocurridos en Venezuela desde que se declaró independiente hasta el año de 1821. En tres vols. Edit. Élite. Caracas, 1943. Pág. 44.
13. JOSÉ DOMINGO DíAZ, Recuerdo sobre la rebelión de Caracas. Imprenta de León Amarita. Madrid, 1829. Pág. 46.
14. JOSÉ DOMINGO DÍAZ, Op. Cit, pág. 46.
15. FRANCISCO JAVIER YÁNEZ, Op. Cit, pág. 51.
16. JOSÉ FÉLIX BLANCO y RAMÓN AZPÚRUA, Documentos para la Historie de la vida pública del Libertador de Colombia, Perú y Bolivia. Publicados por disposición del general Guzmán Blanco, ilustre americano, etcétera. En catorce vols. Imprenta de la Opinión Nacional de Fausto Teodoro de Aldrey. Caracas, 1876. Tomo IV, pág. 38.
17. S1MÓN BOLíVAR, Obras completas. En dos vals. Edit. Lex. Habana, 1947. Edición oficial. Tomo l, pág. 53.
18. H. POUDENX, Op. Cit, pág. 84.
19. PEDRO DE URQUINAON Y PARDO, Op. Cit, pág. 183.
20. JOSÉ FRANCISCO HEREDIA, Memorias sobre las Revoluciones dc Venezuela. Edit. Garnier. Paris, 1895. Pág. 61.
21. DUCOUDRAY-HoLSTEIN. Histoire de Bolívar. En dos vols. Imprenta Levasseur. París, 1831. Tomo 1, pág. 98.
22. H. POUDENX, Op. Cit, pág. 82.
23. DUCOUDRA y HOLSTEIN, Op. Cit, pág. 84.

24. H. POUDENX, Op. Cit, pág. 82.
25. FRANCISCO JAVIER YÁNi:Z, Op. Cit, pág. 53.
26. DUCOUDRAY-HoLSTEIN, Op. Cit, págs. 84 y "85.
27. RICARDO BECERRA, Vida de don Francisco de Miranda. Editorial América. Biblioteca Ayacucho. En dos vols. Madrid, 1917. Tomo 1, págs. 387 y 388.
28. H. POUDENX, Op. Cit, pág. 90.
29. Remarques sur les désastres des Provinces de Caracas (par un Anglais témoin oculaire). París, 1817, pág. 165. 30.
30. H. POUDENX, Op. Cit, pág. 92.
31. PEDRO DE URQUINAONA y PARDO, Op. Cit, pág. 357.
32. PEDRO DE URQUINAONA y PARDO, Op. Cit, pág. 214.
33. PEDRO DE URQUINAONA y PARDO, Op. Cit, págs. 214 y 215.
34. JOSÉ FRANCISCO HEREDIA, Op. Cit, pág. 06. 85.
35. JOSÉ FRANCISCO HEREDIA, Op. Cit, pág. 78.

Tercer capítulo
LA DICTADURA DE LOS BLANCOS

I. La democracia en los labios y la aristocracia en el corazón

"Para los últimos días del año, dice Baralt refiriéndose a 1812, gracias a Monteverde, la Independencia del país era más posible que el 19 de abril de 1810 y el 5 de julio de 1812" (l). En realidad, un doble peligro para los realistas se presentaba en esos primeros tiempos de 1813, Bo1ívar, Ribas y Briceño, al mando de un ejército atacaban por los Andes al propio tiempo que Mariño, Bermúdez y Piar iniciaban su ofensiva por Oriente, desembarcando en Chacachacare.
La situación era delicada para Monteverde, por lo que decidió embarcarse en La Guaria con tropas españolas y criollas de Coro para dominar el peligro del Oriente, dejando encargado de la comandancia de Caracas a Tízcar.
Los caraqueños temblaban con el nombramiento de Tízcar, pero una vez salido Monteverde el lobo se volvió cordero, "se le vio abrir su casa a todos los revolucionarios, admitirlos familiarmente en su trato y en su mesa, despreciar todos los avisos o denuncias que le daban los españoles, conceder libremente pasaporte para restituirse a sus pueblos a todos los que la Audiencia había puesto a disposición del Capitán General, dar libertad a muchos presos... y, por último, emplear en el ejército a personas sumamente sospechosas", A pesar de esto Tízcar se paseaba todas las noches por las calles de Caracas, vigilando a los que encontraba (2).
El 25 de mayo se presentó Monteverde en Maturín a detener a los patriotas de Piar con un ejército de dos mil hombres, donde se contaba una compañía de marina y dos de Santa Marta. Poco antes de salir de Caracas, Monteverde había recurrido a un nuevo empréstito para poder sufragar los gastos de la campaña oriental, pero sólo pudo recoger unos cinco mil pesos (3). "El 25 del corriente, dice Monteverde, llegué al frente de los enemigos de Maturín, a las siete de la mañana, y después de cinco horas de la más

empeñada acción, quedó derrotado todo mi ejército por la superioridad de la caballería, a pesar del bizarro valor que demostraron todas mis tropas, habiendo yo salvado por una casualidad pocas veces vista" (4). En efecto, allí pereció casi toda la oficialidad española y el resto del ejército europeo que había en Venezuela. Monteverde se salvó en realidad "por una casualidad pocas veces vista", pues el zambo Palomo, su fiel ayudante, pudo defenderlo con cierta facilidad, "porque los insurgentes no tiraban contra los hombres de color" (5).
Monteverde voló a Caracas, y al saber la conducta moderada que Tízcar había observado con respecto a los patriotas le reemplazó inmediatamente por el brigadier Fierro, hombre de toda su confianza.
Monteverde, en verdad, no tenía ya tropas. Había entrado en Caracas tan sólo con ocho hombres de los dos mil que poco tiempo antes se había llevado 6. No encontraba prácticamente qué oponerle a Bolívar y los suyos, que venían por Los Andes triunfando de todos los realistas que se atrevían a hacerles frente.
Bolívar, al entrar en Venezuela, había dividido su ejército en dos columnas; la comandada por él, que seguiría por Mérida hacia el centro y la comandada por Briceño que atacaría por Los Llanos. La oficialidad que rodeaba al futuro Libertador en esta campaña era de primer orden (**Nota 1**).
Muchos de sus componentes iban a formar el cuadro de nuestra mitología guerrera. Antonio Nicolás Briceño, que dirigía la columna de Los Llanos, fracasó en Barinas y fue fusilado por Tízcar, quien había llegado a esos lugares enviado por Monteverde para hacer frente a la invasión de Bolívar, ya que se creía que Barinas era su objetivo principal.
Bolívar estaba en Trujillo cuando supo el fusilamiento de Briceño, si es que lo supo en Trujillo como tanto se ha creído. Allí decidió hacer el "Decreto de Guerra a Muerte" tan célebre en los anales de la historia venezolana.
En este decreto, Bolívar cometió una cierta injusticia, no por lo que se refiere al carácter sanguinario que iba a tomar la guerra y que de hecho ya existía, sino porque perdonaba a los venezolanos aquellos que habían traicionado a la patria cuando la invasión de Monteverde y colaborado, según la expresión moderna de la palabra, durante todo el Gobierno de los canarios. Fue injusto, porque en ese decreto favorecía a los grandes señores que se habían apresurado a recibir al isleño y a empujar la República al abismo con sus intrigas y perfidias. En cambio, era duro con los españoles y canarios a quienes ofrecía una muerte segura aun cuando fueran "indiferentes".
Esta actitud de Bolívar es explicable de la siguiente manera: El Libertador sabía mejor que nadie, ya que había sido un testigo de aquellos acontecimientos, que toda o casi toda la aristocracia criolla se había pasado a los españoles una vez celebrado el pacto de San Mateo. Que muy pocos fueron los que se mantuvieron fieles a una República quimérica y de difícil restauración. Y que apretando la mano sobre la clase dirigente de Venezuela ahogaba la estructura del país. Por eso es explicable esa parte del decreto que dice así: "Sabed que vuestros hermanos os perdonan y lamentan sinceramente vuestros descarnas, en la íntima persuasión de que vosotros no podéis ser culpables, y que sólo la ceguedad e ignorancia en que os han tenido hasta el presente, los autores de vuestros crímenes, han podido induciros a ellos. No temais la espada que viene a vengaros y a cortar los lazos ignominiosos con que os ligan a su suerte vuestros verdugos. Contad con una inmunidad absoluta en vuestro honor, vida y propiedades: el solo título de americanos será vuestra garantía y salvaguardia. Nuestras armas han venido a protegeros, y no se emplearan jamás contra uno solo de nuestros hermanos. Esta misma amnistía se extiende hasta los mismos traidores que más recientemente hayan cometido actos de felonía" (7).

Bolívar estaba en la imposibilidad de realizar la guerra a muerte en toda su extensión. Haberlo hecho, hubiese sido una locura y un crimen imperdonable. Su injusticia tenía una razón de ser, razón de ser más poderosa aún si analizamos la situación social de El Libertador, de su cuna. Personalmente no podía acabar con la clase poseedora de Venezuela, hacerla hubiese sido darle el poder a "los negros" y realizar una revolución democrática, lo cual no estaba en su programa. Hubiese tenido que pasar por el filo de su espada hasta su propia familia, realistas furibundos, y terminar con lo más florido de aquella sociedad caraqueña en la cual había brillado tanto. Además, rezaba en él una determinación política, tenía que interesar a los venezolanos por la Independencia, hacer atractiva la libertad de la patria, tanto más cuanto Monteverde había hecho todo lo posible por hacer odiosa la dominación española.
La campaña de Bolívar, en su rápida reconquista, fue en realidad "admirable". Ribas triunfa en Niquitao y en Los Horcones, mientras el propio Bolívar obtiene la decisiva victoria de Los Taguanes. En esta última batalla la caballería realista se pasó íntegra a Bolívar. Era el 31 de julio.
Monteverde se encontraba prácticamente solo en Valencia, no tenía soldados, pues todos empezaban a pasarse a los patriotas. Esta gran deserción era debido a la política de desigualdades que observaba Monteverde con respecto a las tropas criollas a su servicio, y a la absoluta falta de pagos. Por eso decía J. M. Cajigal al Gobierno español en una carta del 12 de mayo de 1813, "es necesario que en aquel ejército sean iguales los disfrutes, pero desgraciadamente no ha sucedido así. El soldado europeo está vestido y el americano casi en cueros, aquél con sueldos y gratificaciones, éste sin ninguno o a la mitad, aquél halagado y protegido, y éste menospreciado, en aquél toda la confianza, en éste la constante sospecha" (8).
Monteverde, viendo que Bolívar se dirigía a Valencia, dejó desamparada esta ciudad y se refugió en la fortaleza de Puerto Cabello, único lugar seguro que podía haber para él en toda Venezuela" (9).
Apenas Valencia queda sola cuando comienzan los saqueos de los realistas más conocidos. Los negros empezaban a ser un peligro para los blancos valencianos que eran amenazados por todas partes, "los zambos, ponderados de fidelísimos, cuenta el realista Heredia, corrían borrachos por todas partes, temiéndose a cada momento que dieran principio a sus proezas matando blancos y saqueando las casas..., me oí amenazar por algunos de los pocos pardos de la guardia, diciendo en alta voz antes de entrar los insurgentes en Valencia, habían de caer algunas cabezas blancas, y la mía la primera. Para regresar a mi casa, que estaba en el extremo opuesto de la ciudad, tuve que atravesar por entre aquellas cuadrillas de furiosos, temiendo ser asesinado a cada paso. No he pasado en toda mi vida momentos más amargos" (10).
El 2 de agosto entraba Bolívar en Valencia. Inmediatamente ordenó que pasasen por las armas a todos los españoles que habían cometido crueldades con los patriotas, medida que se llevó a cabalidad (11). Con la caída de Valencia estaba de hecho dominada Venezuela, a Bolívar le quedaba solamente avanzar a Caracas para terminar, al menos en su parte más importante, con la reconquista del país.
Entretanto, en Caracas, reinaba la incertidumbre. Se decía que Bolívar venía al frente de un ejército asesino, degollando a todo el mundo que encontraba a su paso. Se exageraba el número de sus tropas, muchos decían que traía 17.000 hombres; que los realistas estaban perdidos. En la mañana del 3 de agosto se supo la verdad, Valencia estaba en manos patriotas y Monteverde en Puerto Cabello. Fierro, desesperado, quiso reorganizar la milicia canaria que normalmente contaba con un efectivo de 1.000 hombres. A mediodía se vio que sólo quedaban de esta milicia 174 hombres y que la guarnición que cuidaba a los presos había desertado completamente. El espanto se apoderó de todos. Se

trató inútilmente de congregar en la Plaza Mayor a uno de los últimos batallones que quedaban, pero la tropa, a la vista de sus mismos superiores, se dispersó por las calles adyacentes, buscando cada cual un lugar donde refugiarse. Caracas, al atardecer de ese día, no contaba con ningún defensor.
Entonces se acordó que debía enviarse una comisión para tratar con Bolívar las condiciones de una posible capitulación. Se decidió también que los comisionados fueran antiguos amigos del victorioso jefe patriota, quedando compuesta ésta por el Marqués de Casa-León, Felipe Fermín Paúl, Vicente Galguera, Francisco Iturbe y Marcos Ribas, quienes salieron inmediatamente para el pueblo de La Victoria a efectuar las conversaciones.
Bolívar tuvo la delicadeza de firmar esta capitulación con un Gobierno que no tenía nada que capitular, cuando ha podido haber entrado en Caracas sin condiciones y repetir con los canarios lo que éstos habían hecho con los patriotas un año antes (12).
Francisco Iturbe, quien formaba parte de la comisión, temía muy justamente que un Gobierno dirigido por Ribas y Bolívar, célebres "extremistas" de la Sociedad Patriótica, pudiese llevar una política de halago a "las castas" y de perjuicio a los intereses de los propietarios. Bolívar disipó rápidamente las dudas de Iturbe, diciéndole: "No tema usted por las castas; las adulo porque las necesito: la democracia en los labios y la aristocracia en el corazón (13) (**Nota 2**).

Notas
(1) «General en jefe, brigadier Simón Bolívar; segundo brigadier, Joaquín Ricaurte; mayor general, comandante Rafael Urdaneta. Edecanes: Juan José Pulido, venezolano. Oficiales granadinos: comandante de vanguardia, capitán Luciano D'Elhuyar. Comandante de Artillería José Tejada. División de retaguardia, comandante José Félix Ribas, venezolano, y otros menos notables» («Memorias» del general Urdaneta, pág. 67. Edil. América. Biblioteca Ayacucho. Madrid).

(2) Estas frases de Bolívar, de ser verdaderas, encajan perfectamente en su personalidad. Aquellos hombres, nacidos en plena colonia y educados en un mundo lleno de prejuicios, no podían reaccionar de otra manera. Por eso, Don Laureano Vallenilla escribe en su excelente obra: «Taine encuentra que en los aristócratas los principios democráticos se quedaban en el piso superior del espíritu, y cuando proclamaban la Igualdad en el Parlamento y "acogían en sus salones a los plebeyos esclarecidos por el talento, los prejuicios de clase asomábanse al menor rozamiento o estallaban indignados en la sinceridad de la alcoba. (L. VALLENILLA LANZ, Cesarismo democrático. Empresa del Cojo. Caracas, 1919. Pág. 55).

II. El Libertador

Apenas firmada la capitulación, Fierro huye dejando a Caracas abandonada y con ella a todos los realistas que veían su muerte aproximarse con el avance de Bolívar. En realidad era un espectáculo doloroso el que ofrecía la capital en aquellos momentos de angustia. Al atardecer comienzan los saqueos de las tiendas y bodegas de los isleños. El vino que sale de las barricas enrojece el empedrado de las calles. Todo es confusión. Se efectúan venganzas personales. Se asesina al enemigo bajo pretexto de realismo. Con la llegada de la noche se aplacan los ánimos, pero es entonces más difícil y peligroso el andar por las calles, pues "reinaba un silencio de muerte y en medio de la oscuridad se

divisaban grupos de hombres encapotados, semejantes asombras". Todo el que podía salía para La Guaira en busca de alguna embarcación que le llevara al extranjero. El viejo camino de piedra que va por el cerro estaba lleno de temerosos realistas, "aun me hace extremecer la memoria de aquella funesta noche -dice Díaz- todavía parece resonar en mis oídos los lamentos y alaridos de seis o siete mil personas; hombres, mujeres y niños, que a pie o a caballo cubrían el camino, llevando por todos bienes lo que sus fuerzas les permitían. Yo llegué al amanecer a La Guaira. No existían en el puerto sino siete buques de 100 a 200 toneladas, e incapaces de contener la cuarta parte de la emigración. Por fortuna me embarqué a la una de la tarde, abandonando en el muelle cuanto había podido llevar conmigo. Fui el último que tuvo la felicidad de embarcarse" (14).

Viendo Bolívar que Fierro no había refrendado la capitulación, la envió a Monteverde. Pero éste la rechazó, seguro como estaba 1e la fortaleza de Puerto Cabello, diciendo con falso orgullo que "era rebajar la dignidad española el tratar con rebeldes", olvidando que un año antes había tratado con Miranda (15).

Bolívar hada su entrada en Caracas el 7 de agosto, "en medio de la alegría delirante de sus habitantes, se podía creer, dice un testigo, que todos los españoles europeos iban a ser sacrificados, pero el principio de la venganza pareció olvidado, absorbido en el sentimiento general de reconocimiento y satisfacción que se había amparado de todas las clases de la sociedad. Ningún español europeo perdió su vida y muchos de ellos se mostraron por las calles sin ser molestados" (18). Al paso de El Libertador salieron a recibirlo un grupo de muchachas de blanco, a la manera griega, quienes le ofrecieron flores de los valles de Caracas, mientras las iglesias repicaban sus campanas a todo vuelo y los cañones tronaban en señal de júbilo (17).

Cuando Bolívar llegó a Caracas, después de su campaña "admirable", era la encarnación de Venezuela. Su delgada y fina silueta acompañada de su brioso caballo blanco era el símbolo de la Patria. Por eso, Caracas le recibió como su Libertador, título éste que poco tiempo después iba a otorgársele oficialmente en premio de su lucha. Por aquellos tiempos El Libertador usaba bigote y un uniforme de general, adornado con bordados dorados en ramos de oliva. Era ya la figura que debía representar para siempre nuestra libertad (18).

Venezuela quedaba en las manos de los antiguos miembros de la "Sociedad Patriótica". Bolívar, quien fue elegido dictador para representar el Poder Ejecutivo mientras se terminaba la pacificación de Venezuela, era el principal exponente del ala moderada. Ribas, por el contrario, siempre amigo de los "exaltados", era el jefe de la parte extremada, de la izquierda, como diríamos hoy.

Ribas era de hecho el dueño de Caracas, ya que Bolívar estaba constantemente en campaña por el interior del país, limpiando los últimos focos de fuerzas realistas y dirigiendo muy especialmente el sitio de Puerto Cabello, último bastión español que quedaba sin rendirse. Pero Ribas se consiguió en la capital de la República muchas odiosidades. Tenía un grupo de protegidos que hacían francamente desmanes con los realistas. Cuando Bolívar salía para el interior, éstos quedaban haciendo de las suyas. Entre los principales había un tal Manuel Díaz Casado, hermano uterino de Diego Mérida, quien esperaba las manadas de isleños, que conducían prisioneros a Caracas, para quitarles sumas de dinero bajo pretexto de que con su protección iban a ser liberados, amenazando de muerte a los que se negaban a ello (19). Es más, en una carta firmada algún tiempo después "por los verdaderos republicanos de la isla de Margarita", en diciembre de 1814, se acusaba a Bolívar de haber descuidado y no haber visto "los indecentes medios con que don José Félix Ribas, su inmensa familia y baxos cortesanos trataban de enriquecerse, no sólo con perjuicio del Estado y agravio de los particulares,

sino lo que es más, con una vergonzosa venta de la sangre humana" (20). En esta carta nos parece más bien que los "verdaderos republicanos" calumniaban al General Ribas como verdaderos realistas, pues es paradójico que un hombre como Ribas, que al igual a Bolívar dio la libertad a sus esclavos y perdió haciendas y fortuna en favor de la causa patriota, fuera a manchar su nombre y su reputación por un puñado de plata realista. Pero, en cambio, puede ser que algunos de los familiares de Ribas abusando de la posición de su pariente hayan trabajado en provecho propio al mismo tiempo que los protegidos, siendo posiblemente "verídica" esta parte de la versión de los "verdaderos republicanos".
Bolívar en su tarea de "saneamiento" del país realizó grandes y gloriosas batallas que forman parte de nuestros más hermosos hechos de armas. En el sitio de Puerto Cabello fue Bárbula donde murió el heroico granadino Girardot. Más tarde es Vijirima donde derrota a Salomón, y luego Araure donde el propio Libertador, espada en mano, carga al frente de su caballería destrozando a los realistas de Cevallos. A su vuelta a Caracas, después de la batalla de Mosquiteros, en acto solemne en la iglesia de San Francisco, es aclamado como El Libertador de Venezuela.
La paz parecía estar asegurada en las principales ciudades del centro de la República. Todo parecía en calma. Pero en realidad no era así. En el campo la situación era distinta, el Gobierno del Rey era mirado con cariño, ya que los isleños .no habían cometido los desmanes que habían hecho en las ciudades, y más bien se consideraba como protector de los intereses populares contra la tiranía de sus señores. Los negros de Barlovento, siempre fieles a su consigna revolucionada, se levantaron en armas contra la República de los blancos, sus amos, lanzando gritos de viva el Rey. Bolívar envió a José Félix Ribas a pacificarlos, cosa que logró éste en poco tiempo por carecer de armas los insurrectos, y al mes de haber comenzado su campaña todo estaba en manos de los patriotas (21).
Al propio tiempo que en Barlovento los esclavos tomaban las armas contra los blancos, en Los Llanos empezaban a surgir bandas armadas con lanzas y picas, comandadas por jefes oscuros y sin relieve, que se dirigían por los pueblos patriotas asesinando a sus habitantes y proclamando al Rey, a la vez que satisfacían el hambre de reivindicaciones sociales degollando a los blancos y repartiéndose las riquezas que robaban. Fue entonces cuando se hicieron conocidos aquel grupo de pulperos y contrabandistas convertidos en jefes del movimiento popular, y surgieron los nombres para siempre célebres en los anales de la lucha venezolana, de Ñaña, de Rosete, de Morales y de José Tomás Boves.

BIBLIOGRAFIA DEL CAPITULO TERCERO
1. RAFAEL MARÍA BARALT y RAMÓN DÍAZ, Resumen de la Historia de Venezuela. Imprenta de H. Fournier. París, 1841. Pág. 130.
2. JOSÉ FRANCISCO HEREDIA. Memorias sobre las Revoluciones de Venezuela. Edit. Garniel'. París, 1859. Pág. 128.
3. JOSÉ DOMINGO DÍAZ, Recuerdos sobre la rebelión de Caracas. Imprenta de León Amarita. Madrid, 1829. Pág. 52.
4. JOSÉ FRANCISCO HEREDlA, Op. Cit, pág. 130.
5. JOSÉ FRANCISCO HEREDIA, Op. Cit, pág. 130.
6. H. POUDENX, Memoire pour servir à l'Histoire cte la Révolution de la Capitainerie Générale de Caracas, de l'Abdicatíon de Charles IV jusqu'au mois d'aout 1814. París, 1825. Pág. 67.
7. SIMÓN BOLÍVAR, Obras completas. En dos vols. Edit. Lex. La Habana, 1947. Edición oficial. Págs. 1014 y 1015.

8. PEDRO DE URQUINAONA y PARDO, Memorias de Urquinaona. Editorial América. Biblioteca Ayacucho. Madrid, 1917. Pág. 204.
9. JOSÉ DoMINGO DfAZ, Op. Cit, pág. 53.
10. JOSÉ FRANCISCO HEREDIA, Op. Cit, pág. 144.
11. FRANCISCO JAVIER YÁNEZ, Relación documentada de los principales sucesos ocurridos en Venezuela desde que se declaró independiente hasta el año de 1821. En tres vols. Edit. Elite. Caracas, 1943. Pág. 108.
12. JOSÉ DOMINGO DÍAZ, Op. cit . págs. 55 y 56.
13. JOSÉ DOMINGO DÍAZ, Op. Cit, pág. 56.
14. JOSÉ DOMINGO DÍAZ, Op. Cit, pág. 57.
15. MANUEL PALACIO, Esquisse de la Révolution de l'Amérique Espagnole. Edit. P. Mongle I'Ainé. París, 1817. Pág. 139.
16. Remarques sur les désastres des Provinces de Caracas, par un Anglais témoin oculaire, AC'te de l'Indépendance, Manifeste, Constitution de la République Fédérale du Vénézuela, suivis de documents sur la guerre avcc l'Espagne. Edit. Chaumerot Jeune. París, 1817. Pág. 169.
17. «Gaceta de Caracas», 26 de agosto de 1813, núm. 1.
18. «Gaceta de Caracas», 5 de julio de 1815. núm. 2.
19. «Gaceta de Caracas», 22 de marzo de 1815, núm. 8.
20. «Gaceta de Caracas», 22 de marzo de 1815, núm. 8.
21. VICENTE LECUNA, Crónica razonada de la guerra de Bolívar. En tres vols. Colonial Press. Inc. New York. 1950. Tomo 1, pág. 110.

Cuarto capítulo

EL JEFE DEL MOVIMIENTO POPULAR

I. El contrabandista

Generalmente se ha creído que Boves fue la causa única del movimiento popular de 1814. Se ha señalado que con sólo aparecer su prestigiosa figura en el campo de la lucha comenzó el odio de los pardos contra los blancos, provocando toda esa serie de acontecimientos que acabaron con la República de Bolívar. En realidad, este argumento es exagerado. Boves no fue en estructura la causa de la rebelión popular, la raíz del movimiento, tenía mucho antes que él; ya hemos visto a través de estas páginas que las luchas de clase estaban prestas a estallar cada vez que veían una ocasión propicia, pero sin pasar nunca de los límites de una simple amenaza. La rebelión daba dos o tres pasos indecisos, sin ningún fin determinado y luego se desvanecía. Faltaba la cohesión y el jefe. Boves vino a ser entonces el caudillo que aquellas masas ahítas de odio estaban esperando. Tan sólo se necesitaba el hombre que con firmeza acercara el fuego al polvorín. Y él lo hizo.
Boves tiene el valor histórico para el estudio de la sociología venezolana de que fué el primer conductor de masas, el "primer caudillo de la democracia venezolana" como tan acertadamente le denominara Juan Vicente González (l).
Sobre su vida se han tejido las más controvertidas teorías, para unos fué una bestia feroz, llena de odio y sedienta de sangre, y, en cambio, para otros fué un noble guerrero que luchó por el bien del proletariado nacional contra los desmanes y tiranía de los

blancos dueños de la tierra. En realidad, Boves fue una rara mezcla de paladín y de bestia feroz, con sus detalles sombríos y sus momentos hermosos. Fué, sin lugar a dudas, el jefe de más personalidad que pisó el campo realista en la Independencia y el caudillo más formidable que conoce la historia de Venezuela.
José Tomás Boves nació en Oviedo el 18 de septiembre de 1782. Hijo de padres muy pobres y oscuros, tenía dos hermanas llamadas María y Josefa (2). En el folio 26, año de 1782, del libro de bautizados de la parroquia de San Isidro el Real de Oviedo, dice lo siguiente:
"En esta iglesia parroquial, a 18 del mes de septiembre de 1782, don Juan Conchés, mi teniente, bautizó solemnemente un niño que nació dicho día. Llamóse José, Tomás, Millán, hijo legítimo de mis feligreses Manuel de Bobes, natural de la parroquia de San Tirso el Real de esta ciudad, y de Manuela de la Iglesia. Fue su padrino Alonso Alvarez, vecino de dicha ciudad, advirtiéndole el parentesco que contrae. José Agustín de Lago."
El padre de Bobes, ya que Bobes y nos Boves es su nombre al menos durante el tiempo que pasa en España, muere cuando José Tomás no tiene todavía los cinco años. La madre, doña Manuela de la Iglesia, tiene que hacer grandes esfuerzos en medio de su pobreza para levantar a sus tres pequeños hijos. La miseria es el cuadro que rodea a esta familia durante el tiempo en que José Tomás empieza a conocer la vida. Cuando llega a los albores de la adolescencia, la madre decide que ha de ser piloto, carrera que no desagrada del todo al joven Bobes. Tiene apenas once años cuando entra en el recién inaugurado "Real Instituto Asturiano". Forma parte del grupo de los primeros 60 alumnos. Era un 7 de enero de 1794. Sus estudios de "pilotín" duran cuatro años, los dos primeros los pasa en una especie de preparatoria entrando realmente a cursar náutica en 1796, estudios éstos que termina en 1798, a los dieciséis años de edad (3).
Ciertamente no era un hombre brillante ni de esmerada educación, pero tenía buena letra (**Ver nota 1**), cosa extraordinaria para la época; era aplicado y conocía su oficio a la perfección. Siempre se le observó buena conducta, respetuoso y con gran amor al trabajo (**Ver Nota 2**). Cuando años después de su muerte, fue interrogado su profesor de náutica, don Diego del Cayón, sobre el comportamiento del feroz caudillo llanero, contestó que "conoció a Bobes con ocasión de prepararlo para piloto, de cuyos estudios salió con las mejores notas, a satisfacción de todos sus profesores por su aplicación y talento, habiendo asistido a la cátedra con toda puntualidad y buena conducta" (4).
Al poco tiempo se presenta al puerto de El Ferrol donde sufre un difícil examen, prueba ésta que pasa con facilidad, siendo empleado como piloto de segunda clase en buques mercantes que iban al Mediterráneo. Y parte de España, ya a finales del siglo XVIII, vistiendo "la chaquetilla azul de botones de ancla y ostentando los dorados galones de su jerarquía" (5)
Este período de la vida de Boves es bastante oscuro. El mar le eclipsa por completo. Un buen día cambia de itinerario y va a América. Y a principios del ochocientos es que don Benito Palermo Martínez Somonte dice haberlo conocido en los correos marítimos, donde el tal don Benito era capellán. Al poco tiempo, Boves, se licencia de piloto primero, tomando el mando de un bergantín mercante propiedad de la casa Pla y Portal. Esta firma comercial mantenía estrechas relaciones con las Antillas y Tierra Firme. Para esta última región salió el buque de Boves, el "Ligero", con una tripulación de catalanes y gallegos, llevando por segundo a Vicente Caldero, quien, años más tarde debía suceder a Boves en el mando del bergantín. Y es este mismo Vicente Caldero el que después, cuando Boves poseía su tienda de Calabozo, debía traer1e a doña Manuela de la Iglesia el dinero que su hijo le enviaba desde Los Llanos de Venezuela (8).
Y allí como siempre vuelve a perderse el rastro de Boves en la fantasía y la oscuridad. Nada se sabe de él a ciencia cierta. Cómo y cuándo llegó a Venezuela son hechos que se

ignoran, aunque existen relaciones más o menos felices que pueden llenar bastante bien las lagunas de su vida. Se dice, y en esto están de acuerdo la mayoría de los historiadores, que Boves se vio complicado en un asunto de piratería o de contrabando. En realidad no es extraño. Boves poseía el clásico carácter español que oscila siempre entre lo legal y lo prohibido, entre lo bueno y lo malo. Siempre dado a buscar el éxito de la vida por el camino más fácil, el cual nunca es el mejor. Por esta sencilla razón no es desechable la hipótesis de que el futuro conductor de masas, hijo correctísimo, se convirtiese de la noche a la mañana en un pirata o en un contrabandista.
Las versiones más corrientes son éstas: Baralt y Díaz dicen que, habiendo "sido juzgado por algunos actos de piratería, se vio condenado a ocho años de presidio en Puerto Cabello" (7). O' Leary lo presenta de pronto en Venezuela, oscuro y sin ninguna educación, como un simple sirviente que "luego pesó a ejercer el contrabando, en cuya vil carrera, propia de su carácter aventurero adquirió una subsistencia precaria, y se acostumbró a los peligros, que lo prepararon para la vida azarosa que debía llevar después" (8). Larrazabal dice por su parte, que "en los años de 1808 y 1809 ejerció la piratería y resultó condenado al presidio de Puerto Cabello por una sentencia que lo declaraba ladrón de mar" (9). José Francisco Heredia, el célebre Regente, opina por su parte, y quizás en forma más autorizada ya que vivió en Venezuela por aquellos años y estaba en contacto con los tribunales de la colonia, que "vino de pilotín a La Guaira y habiendo continuado la navegación, estuvo preso y procesado en Puerto Cabello por su manejo en un buque corsario" (10).
Dadas estas premisas por nuestros historiadores clásicos no nos queda otro recurso para aclarar el asunto que analizar las consecuencias más lógicas. Existen dos. Boves continuó con la firma española haciendo viajes por las Antillas y la costa venezolana, conociendo en estos lugares a comerciantes de nombradía como los Jove, por quienes guardó siempre gran deferencia, y quienes fueron, según Baralt, los que más luego, convicto de contrabandista, hicieron que le conmutasen la pena de presidio por la de confinamiento (**Ver nota 3**). Aprovechando, quizás también, las relaciones que tenía con los comerciantes de la costa, se decidió a introducir contrabando, asunto éste que era moneda corriente en los últimos años de la colonia. Descubierto entonces por alguna imprudencia o una traición, fue llevado a Puerto Cabello donde estuvo algún tiempo hasta que los Jove intervinieron, enviándole entonces las autoridades a Calabozo a purgar su condena fuera de la costa.
O también es posible que Boves habiendo dejado el buque mercante, del cual era piloto, se haya empleado en algún guardacosta español y, más tarde seducido por algunos contrabandistas se haya hecho el ciego mediante un buen puñado de monedas, y siendo descubierto posiblemente por delación de los mismos contrabandistas o de las autoridades asombradas por el contrabando, le hayan metido en la prisión. Ducoudray-Holstein, quien escribió su historia en las Antillas, según los relatos de los emigrados venezolanos, dice "que habiendo obtenido el comando de un guardacosta, para impedir fraudes de los contrabandistas, su probidad no resistió a las ofertas de estos señores; y en lugar de ser un obstáculo a su comercio ilegal, se aplicó a protegerlos por todos los medios" (11).
Sea lo que fuere lo cierto es que habiendo cumplido ya una corta condena o siendo ésta conmutada lo encontramos por primera vez en Calabozo, completamente asimilado a las costumbres venezolanas y ya cambiado el Bobes por el Boves criollizado (**Ver nota 4**). En esta ciudad abre un comercio de telas y ropas (12), situada en una de las avenidas principales de Calabozo, en una casa amplia, hoy casi completamente destruida por los años (13). Allí Boves vivía tranquilamente, haciendo también negocios con cueros y ganados, los cuales compraba en Los Llanos y revendía en Puerto Píritu (Barcelona),

trayendo en su viaje de vuelta nuevas mercancías para su tienda de Calabozo 14.
De aquellos tiempos nació la leyenda, que luego recogiera Arístides Rojas, sobre el romántico cuatrero "Guardajumo", esta leyenda decía que allá por los años 1806 a 1808 había un bandido que recorría las sabanas del Guárico sembrando el espanto y el terror entre los dueños de hatos y los comerciantes que transitaban aquellas desoladas planicies a quienes robaba y asesinaba, obligándoles a ir en caravanas para defender mejor así sus vidas y propiedades. Una vez venían de Puerto Píritu dos jóvenes comerciantes, era de noche y transitaban por los parajes donde Guardajumo hacía sus desmanes, cuando de pronto fueron asaltados por el célebre bandido y su pandilla de forajidos. Los dos jóvenes se defendieron heroicamente logrando derrotar a Guardajumo, quien se perdió en la oscuridad de la llanura llevando abierta una profunda herida. La leyenda dice que estos dos jóvenes eran Jacinto Lara, conocido adalid de nuestra Independencia, y José Tomás Boves (15).
La fantasía no ha desamparado a Boves ni en su físico.
Juan Vicente González lo describió, no sé si de buena fuente o gracias a su pluma maravillosa, como un hombre "de cuerpo mediano y ancha espalda, de cabeza enorme, de ojos azules y turbios como el mar, tenía la frente espaciosa y chata, la barba escasa, la nariz y la boca como las del ave de rapiña" (16). Muy posiblemente ha sido ésta la pintura más generalizada en Venezuela del célebre contrabandista asturiano, quizás porque el tipo de "asesino nato" concuerda estrechamente con el sistema histórico positivista imperan te en el siglo pasado. Manuel J. Calle dice que fue "de mediana estatura, huesudo y de recia complexión. Una soberbia cabellera se arremolinaba sobre su ancha y blanca frente; chispeaban sus grandes y rasgados ojos, y a su sonrosado semblante adornaba una espesa barba, que le descendía sobre el pecho, comunicando a su dueño una majestad de prócer" (17). Constancio Franco le describe con bastante energía, "tenía modales bruscos e imperativos, una voz fuerte y bronca: hablaba poco y no sonreía sino en presencia de una gran catástrofe, de un grave peligro o de una suprema desgracia" (18). O' Leary mucho mejor informado que los anteriores cronistas por haber conocido a sus con ten dores y a sus compañeros, dice que era "de cabello rubio, grandes ojos pardos y blanca tez, más bien revelaba un aire de humanidad, era alto de talla, bien proporcionado y capaz de soportar las fatigas más extraordinarias" (19). Pero quizás es don Liborio Llovera la fuente más segura que podamos encontrar para conocer el físico de Boves, pues este señor le vio en persona y con él habló. En la relación de un proceso verbal hecho en Calabozo le describe así: "De regular grueso y estatura, rubio, y no mal parecido, avasallaba a cuantos le rodeaban por su actitud resuelta, aun en los momentos más difíciles" (20).
Su radio de acción no estaba determinado únicamente a Puerto Píritu. Dice su biografista Valdivieso Montaño, que solía hacer viajes desde Calabozo, lugar de su "confinamiento", a San Carlos y Valencia, habiendo tenido en esta última población un hijo ilegítimo de una mujer que la casualidad quiso se llamase Bolívar, siendo el nombre de este niño José Trinidad Bolívar (21). Ya no estaban lejos los días en que el contrabandista de Puerto Cabello se convirtiera en el jefe de la democracia venezolana.

Notas
1) En el Archivo Nacional de Venezuela se conservan varias cartas y documentos de Boves donde se puede apreciar su buena letra.

2) Sobre el carácter de Boves en los primeros tiempos de su vida. son interesantes las declaraciones de don Eugenio García Sala y Valdés, regidor de la Villa de Gijón: «EI citado José Tomás fue durante su juventud modelo de hijos, sin vicio

alguno, sumiso, de carácter apacible, tanto en los estudios como en el servicio del Rey; era querido de sus superiores y marineros; enviaba a su madre la mayor parte de su soldada, quedándose él con lo preciso para vivir. Todo esto lo sabe por Manuela de la Iglesia, que iba a la casa del declarante a coser y a otras faenas domésticas».

3) La siguiente carta de Lorenzo Jove a la madre de Boves, poco antes de morir su hijo, confirma esta estrecha amistad:

La Guaira, 1 de diciembre de 1814.
Sra. doña Manuela de la Iglesia.
Muy señora mía: Los hombres nacen sin saber su suerte; su hijo nació para la guerra; por ella hace felices a los buenos y castiga a los malvados con exceso. Yo por mi parte, y viendo tan de cerca sus operaciones, me complazco, y así debe hacerla vuestra merced, como madre. Doy a vuestra merced la enhorabuena, y a sus hijas también.
Ultimamente, me escribe su hijo desde su cuartel general encargándome remita a V. M. seis fanegas de cacao, las que tengo embarcadas en el bergantín «Palafox», que sigue a La Coruña y consigno a los señores Pla y Portal, con orden de que las pongan a su disposición según aviso de este día.
El solo punto que falta al heroico Boves para toda su .conquista es Maturín; hoy oficia noticias muy placenteras. En fin, tome vuestra merced buen chocolate, que cacao no ha de faltarle.
Saludo a vuestra merced. Su s. q. b. s. p.,
Lorenzo García Jove.

4) Es curioso hacer notar que casi todos los apellidos españoles que tenían una .b. en su composición al llegar a Venezuela la fonética criolla la transformaba en «v», tal como el apellido Bolíbar en Bolívar.

II. El demócrata

Algún tiempo después del terremoto de 1812, y ya en vísperas de desaparecer la primera República, se presenta Boves a Calabozo, de vuelta de uno de sus viajes comerciales, trayendo malas noticias sobre los patriotas. Al comandante de la plaza no le agradan las malas nuevas que el tendero asturiano ha esparcido desde su mostrador a toda la ciudad, y le denuncia al doctor José Ignacio Briceño, comisionado por el Congreso para conocer las causas de infidencia. Boves fue condenado a muerte por haber propagado noticias contrarias a los patriotas. En realidad, la pena era severa porque el enemigo estaba cerca. Boves, en su estadía de San Carlos había visto el revuelo que se formó en la ciudad cuando los republicanos fueron derrotados por Monteverde el 3 de abril. Al llegar a Calabozo no había hecho más que repetir lo sucedido; pero en un país donde había que contar con la unidad del pueblo para hacerle frente a los realistas era éste un crimen de gran importancia. Y como crimen de importancia fué juzgado. La condena de muerte le fue luego conmutada, pues, habiendo partido Briceño para Barinas quedó encargado de ejecutarla el Teniente de Justicia de Calabozo, Juan Vicente Delgado,

quien lo dejó encarcelado, pues ya el enemigo se acercaba (22). En la cárcel fué tratado duramente por los agentes del gobierno patriota, sufriendo grandes maltratos (23), durezas éstas que influirían muy posiblemente en él para odiar a los patriotas de la manera que luego hizo.
Eusebio Antoñanzas, al mando de doscientos hombres, llegó a Calabozo el 13 de mayo, al mes de estar el futuro caudillo en la prisión. Todos sus heroicos defensores fueron pasados por las armas, entre ellos el Teniente Delgado, José Revenga y Remigio López. Después de haber entrado los realistas en la ciudad, los prisioneros fueron libertados. Con éstos salió Boves, quien presentándose inmediatamente delante de Antoñanzas se puso a su disposición, enviándole éste a perseguir un grupo de patriotas que habían podido huir de la ciudad. Boves escogió un puñado de realistas, y con los más rápidos caballos alcanzó a los fugitivos, a quienes pasó por las armas (24). Boves hacía su entrada en la Historia de Venezuela.
Algún tiempo después de haber capitulado Miranda y ya ocupada Venezuela, fué nombrado don Pedro Arias como comandante de Calabozo. Pero en este cargo no duró sino seis meses, sucediéndole Boves a principios del año trece. Desde el primer día de su nombramiento demostró gran celo por la causa realista, descubriendo una conspiración patriota en Espino, pueblo éste situado cerca del Orinoco.
La conspiración de Espino tenía la siguiente trama: Un grupo de patriotas de Calabozo y alguna gente acomodada estaban disgustados por "los modales groseros e in moralización" del comandante Boves. Y decidieron organizar una conspiración para asesinado. Entre los cabecillas figuraban Parpacen, Riberol y Negrete, gente de lo principal de esa ciudad, quienes tenían ideado asesinar a Boves cuando se dirigiera a pacificar Espino, donde sus habitantes estaban también comprometidos. Una vez muerto Boves se unirían todos los patriotas de Espino y Calabozo, y comenzarían la campaña contra los realistas.
Era ya entrada la noche cuando llegaron a Espino. Todo parecía en calma. Boves decidió atacar al amanecer y esa noche la pasó en vela, como en las otras etapas del viaje, no dejando ninguna oportunidad para que los conjurados le asesinasen. Al día siguiente el jefe rebelde de Espino traicionó, revelando el plan de la conjuración y entregando la ciudad. Las represalias de Boves fueron terribles y desde aquel día comenzó el terror para Espino y Calabozo (25). A los comprometidos en Espino les condenó a ser fusilados, pero cada vez que llegaban al paredón de fusilamiento las tropas les tiraban sin balas, haciéndoles morir mil veces, prolongándoles así la agonía. Al fin les asesinó a lanzazos (26).
El último puñado de patriotas que quedaban en Calabozo decidieron una noche jugarse el todo por el todo, y armados de lo poco que tenían, se tiraron a las calles con el propósito de dirigirse a la casa del odiado jefe para asesinarlo. La sorpresa de estos valientes fue grande cuando al desembocar en la Plaza Mayor se encontraron con el propio Boves, quien les esperaba al mando de la caballería de Santa Rita. El conato terminó allí y de manera sangrienta. Algunos días después, Boves, fue llamado por Monteverde al Oriente, para hacerle frente a las tropas de Piar, Mariño y Bermúdez quienes venían de desembarcar en Chacachacare (27).
Boves quedó en Barcelona bajo las órdenes de don Juan Manuel de Cagigal. Pero éste al saber la derrota de Monteverde el 25 de mayo por los patriotas decide dejar la ciudad y retirarse a Guayana. La partida estaba temporalmente perdida para los realistas.
Cuando Boves llegó con Cagigal a las orillas del Orinoco, resolvió quedarse de este lado, no queriendo acompañar a su jefe a Guayana, sino volver de nuevo a la lucha. Fue en el pueblecito de Las Piedras que comenzó su caudillaje, preparando el programa político de "armar a los esclavos contra sus amos, con el fin confesado de disponer de

una enorme tropa de bandidos" (28).
Boves comenzaba la carrera de caudillo popular, de demócrata en el sentido de voluntad social. Al contrario de los jefes realistas y de los patriotas él tenía de su parte al pueblo. Permitía dentro de sus ejércitos toda clase de libertades; libertades éstas que en un grupo de poca desarrollada cultura significaban indisciplina y anarquía. Los soldados cuando no querían obedecer las órdenes de uno de sus jefes pedían a Boves su destitución. Boves, para complacerlos y sirviendo de expresión a la voluntad de todos, nombraba un nuevo jefe que fuese del agrado de sus terribles lanceros (29) (**Ver nota 1**).
Pero al mismo tiempo los llaneros temían a Boves, sabían que era hombre de temple, capaz de todas las acciones. En las batallas era el primero que cargaba para dar ejemplo a sus soldados. Premiaba a los valientes y despreciaba a los cobardes. El valor era el único título con que se podía conseguir un grado de aquella formidable "montonera". Todos sus hombres confiaban ciegamente en él, sabían que les llevaba al triunfo. Morales, dice que "sus soldados le adoraban y le temían, y entraban en las acciones con confianza de que su valor y denuedo había de sacados victoriosos" (30). Le creían, en realidad, invencible. Por eso, en los campamentos realistas de 1814, se oía aquella copla:
Está del valiente Boves
la victoria enamoráa.
Siempre le lleva la lanza
a donde quiera que va (31).
Boves llevaba su misión de caudillo democrático hasta ciertos límites que eran considerados por los jefes anteriores a él como más bien perjudiciales. Llevaba la vida del simple soldado, conversaba con ellos hablando en su mismo lenguaje, "comía con ellos, dormía entre ellos y ellos eran toda su diversión y entretenimiento" (32). Su sistema de combate era diferente al de los patriotas. Usó por primera vez el gran despliegue de caballería en el ataque. En campo abierto donde se sucedieron sus principales batallas este sistema destrozó a los patriotas, quienes tenían el sentido tradicional de lanzar la caballería no como fuerza principal sino como un simple apoyo de la infantería.
Boves no solamente halagaba a sus tropas sino que también explotaba en ellas el sentido de orgullo de grupo, de emulación. Para lo cual despertaba los viejos rencores de campanario formando regimientos con los naturales de un pueblo o una región. Así organizó los escuadrones de "Guayabal", de "Tiznados", etcétera. Aquellos hombres por no quedar como cobardes y degradar su población en presencia de los hijos de otros lugares, no retrocedían jamás en el combate (33). Boves también fue el primero en introducir grandes masas en la lucha. Llegó a comandar hasta siete mil hombres, cantidad fabulosa para aquella época si tenemos en cuenta la escasa población del país y que hasta entonces no se había logrado reunir más de tres mil soldados. Al propio tiempo, en el combate, dejaba una entera libertad de acción a sus hombres, aprovechando en forma positiva el carácter disgregador y anárquico de aquella indisciplinada montonera. Tal fue la táctica militar que había de llevar a Boves al triunfo.
Al propio tiempo que el caudillo "realista" creaba un ejército apropiado para la lucha en Venezuela, y especialmente en Los Llanos, los patriotas seguían conservando en sus filas el concepto clásico del combate europeo. Tenían líneas de infantería armadas con trabuco s de un solo tiro, de lento recargo, por lo que perdían mucho tiempo entre uno y otro disparo, tiempo éste que no era de tanta importancia mientras en las líneas enemigas hubiese soldados con iguales trabucos. Pero cuando el combate es contra

Boves, la situación cambia totalmente, pues la atronadora avalancha llanera no les deja tiempo para meter una bala más en sus armas, pereciendo todos espantosamente, como tantas veces sucedió, ensartados en las ensangrentadas lanzas o pateados y reventados por los caballos del nuevo Atila.
La oficialidad patriota era una oficialidad brillante, salida en su mayor parte de las filas del mantuanismo. No consideraban a sus tropas como iguales a ellos, sino con una cierta condescendencia de señor a inferior, pues la mayor parte de aquellos heroicos militares no habían hecho otra cosa que cambiar un mando por otro, el de sus haciendas por el ejército. Predicaban justicia y libertad metafísica, derechos de papel que aquellos soldados no comprendían. Hablaban de Venezuela y de la República en términos que eran extraños para aquellos oídos cerreros, no acostumbrados sino a la palabrota y a la frase dura.
En cambio, al frente de los enemigos marchaba Boves, sin maneras y sin uniforme, medio desnudo, con la lanza en la mano. No hablando a sus hombres de libertades teóricas y de difícil comprensión, sino en su propio lenguaje, predicando el odio a los blancos y a los ricos, repartiendo las riquezas y permitiendo el desenfreno más total.
Eran, pues, estos dos ejércitos los más antagonistas que se podían encontrar. El patriota, comandado por ilustres señores, educados en su mayoría en Europa, conocedores de las buenas reglas, observando en la batalla la disciplina del arte y del honor. Y el realista, una montonera indisciplinada y sangrienta, dirigida por seres terribles que no conocían lo más esencial de la tradición militar y que en su mayor parte eran esclavos pulperos, contrabandistas, asesinos, capataces y presidiarios, toda una gama de colores democráticos y populares, a los que no se les podía oponer nada porque eran aquellos momentos de atraso y de degradación social la medula más íntima del pueblo venezolano. En este espantoso choque, la victoria no podía estar sino de parte del más fuerte, al lado de los que representaban más profundamente los intereses de la mayoría, con la rebelión popular.

Notas

1) Dice Francisco Tomás Morales, quien fue lugarteniente de Boves, que «tuvo la fortuna don José Tomás Boves de penetrar los sentimientos de éstos y adquirir un dominio sobre ellos por aquella simpatía o, como suele decirse, por un no sé qué suele sobresalir en las acciones y hacerle dueño de sus semejantes. El difunto Boves dominaba con imperio a los llaneros, gente belicosa y tal que es preciso saberla manejar para aprovecharse de su número y de su destreza; con ellos venció en La Puerta, en Bocachica, en Valencia, en los Llanos, en la misma capital y últimamente en Urica, donde perdió la vida. («Don Pablo de Morillo», por Rodríguez Villa, tomo III, pág. 92).

III. Atila

Boves sabía atizar el odio que los negros y pardos sentían por los blancos. El mismo llegó de tal manera a sugestionarse en su campaña contra la "maldita raza", que, a pesar de ser blanco, les odió también. Dice Mr. Robinson, comerciante inglés de La Guaira,

que "Boves y Rosete tenían bajo sus órdenes al menos siete u ocho mil hombres, dentro de los cuales no había más de cincuenta blancos o españoles europeos, y mil de color libres; el resto era de esclavos, de negros y sambos" (34). Los esclavos de las haciendas Y. de los hatos se escapaban para unirse al ejército de Boves. Le comunicaban informaciones sobre las actividades patriotas. Se ofrecían muchas veces de manera espontánea a servirle o ayudarle en una batalla, y después de haberlo hecho volvían satisfechos a su trabajo. Así, por ejemplo, en La Puerta el ejército realista "contaba con un gran número de ellos que voluntariamente se habían presentado a su servicio, y que volvieron a sus labores del campo y al de sus amos una vez concluida la campaña, sin que nada les hubiese detenido" (35).
Boves quería expulsar de los Llanos hasta el último blanco. "En Los Llanos -decía é1- no debe quedar un blanco por dos razones: la primera, por tener destinado aquel territorio para los pardos, y la segunda, para asegurar la retirada en caso de una derrota, pues no se fiaba en los blancos, cuya compañía le desagradó siempre, mas con los negros comía y con ellos formaba sus diversiones" (36). Su odio por esta raza era tan grande, que llegó no solamente a considerar enemigos a los blancos patriotas, sino también a "todos los criollos blancos, y así se hizo el ídolo de la gente de color, a la cual adulaba con la esperanza de ver destruida la casta dominante" (37) (**Ver nota 1**).
Al propio tiempo que desbordaba a los negros contra los blancos, les prometía las riquezas de éstos, repartiéndolas entre todos cuando eran muebles y regalando bonos cuando eran inmuebles. En realidad, esta lucha de razas era una sublimación de la lucha de clases, pues los blancos eran los poseedores de todas las riquezas de Venezuela, y los negros y pardos, los "parias" de esa organización social. Inconscientemente, en su lucha contra los blancos, aquellos hombres no hacían otra cosa que acabar con los propietarios. Lo que sucedió fue que en esa época no hablan programas políticos sociales que pudieran darle un diferente matiz a aquella rebelión. Boves, en realidad, vino a ser el agente inconsciente de esa espantosa lucha de clases; por eso decía enfáticamente "que los bienes eran de los pardos" (38).
En su típico lenguaje político, "los traidores" eran, en realidad, los blancos poseedores, generalmente criollos. Por eso, fiel a su conducta, lanza en noviembre de 1813 el célebre bando del Guayabal:

CIRCULAR
"Don José Tomás Boves, Comandante en Jefe del Ejército de Barlovento, etc.
Por la presente doy comisión al capitán José Rufino Torrealva para que pueda reunir cuanta gente sea útil para el servicio, y puesto a la cabeza de ellos pueda perseguir a todo traidor y castigarlo con el último suplicio; en la inteligencia que sólo un creo (sic) se le dará para .que encomiende su alma al Creador, previendo que los intereses que se recojan de estos traidores serán repartidos entre los soldados que defiendan la justa y santa causa, y el mérito a que cada individuo se haga acreedor será recomendado al señor Comandante General de la Provincia. Y pido y encargo a los comandantes de las tropas del Rey le auxilien en todo lo que sea necesario.
Cuartel General del Guayabal, noviembre, 1º de 1813.
JOSÉ TOMÁS BOVES." (39)

La destrucción sistemática de la raza blanca y la repartición de sus propiedades llegaron a asustar a los mismos realistas españoles. El Dr. J. M. Oropesa, asesor de la Intendencia de Venezuela, decía en carta del 18 de junio de 1814 a don Dionisio Franco, otro realista, lo siguiente: "El riesgo que corremos es inminente. Sólo la consideración de que defendemos una causa en que se interesa la religión, el rey y nuestra propia

tranquilidad y quietud pudiera damos valor para ver de cerca, sin huir, un riesgo y un peligro que nos va a traer una escena más inhumana y trágica que la que sufrimos. Está ya al presentarse a cara descubierta, pues está en ejecución con embozo. Los blancos somos el objeto" (40).

Este miedo de los blancos realistas por el peligro de la rebelión conduciría, en los primeros meses de 1814, a un cierto entendimiento entre patriotas y españoles de Puerto Cabello para una suspensión de armas, arreglo éste que empezó a efectuarse por medio de los ingleses y que no llegó a nada por haberse logrado los triunfos de San Mateo, Bocachica y Caraboto. Cuando recomenzó la ofensiva de Boves derrotando a los patriotas en La Puerta, ya era muy tarde para lograr un arreglo entre ambos contendientes, además de todo que los españoles "decentes" de Puerto Cabello no representaban ya nada ante un Boves victorioso de Bolívar y Mariño (41).

Por esta razón es comprensible que en el año de 1815 el Rey de España decidiera enviar a Venezuela, en los momentos en que todo el país estaba en las manos de los "realistas" de Boves y Morales, una expedición "pacificadora" al mando de don Pablo Morillo, expedición ésta que estaba reservada a dominar a los independientes de Argentina que triunfaban por todas partes. Pero la política española, en vista de los sucesos de 1814, comprendió que era mejor pacificar a los "realistas" de Venezuela que combatir a los patriotas del Plata, al menos como peligro social.

El propio vicario de los ejércitos de Boves, escarmentado por los desmanes de su jefe, escribía al Rey de España un memorial, donde exponía el peligro que representaban los negros en Venezuela, memorial éste que escribió, como es entendido, poco después de la muerte del caudillo llanero; en él decía: “para contener sus designios (los de los pardos y negros) parece preciso que, a más de permanecer allí cuatro o cinco mil hombres de tropa española, se supriman las milicias de pardos, negros y blancos, recogiéndose todas las armas" (42).

Aún los españoles más furibundos desearon íntimamente, cuando el triunfo de Boves, la vuelta de sus enemigos, a los cuales preferían antes que a esa espantosa vorágine que les amenazaba a todos. El célebre realista Montalvo, en carta dirigida al secretario de la Guerra en España, escribía espantado: "aunque se tuvieran las razones más fundadas para no desconfiar de don José Tomás Boves, ¿qué necesidad había de dar lugar a que se pusiese a prueba la fidelidad de éste ni de ningún otro, dejándole o tolerando que llegase a un estado de poder del que prudentemente se debió temer que abusaría? Esta reflexión tiene más fuerza si se considera que Boves no tiene obligaciones por su nacimiento, que es insubordinado por carácter, como lo indica su atrevida desobediencia a su inmediato jefe el General Cajigal; que no tiene conocimiento ni ningún género de instrucción, como lo prueba su ánimo bárbaramente cruel, manifestado en el modo como se ha comportado a la cabeza de los zambos y negros, y de un puñado de hombres blancos sin pudor, tan ignorantes como él; pareciendo más bandidos que soldados, bien que de soldados nada tienen" (43).

Tal fue el miedo que causó la rebelión popular, que los mismos patriotas respiraron cuando supieron la llegada de Morilla y sus once mil soldados españoles. Restrepo, quien escribió su historia oyendo a Bolívar, Urdaneta y a los principales hombres de la época, dice, refiriéndose a esa terrible situación, "sus habitantes (los de Venezuela) habrían continuado viviendo sobre un volcán pronto a hacer una terrible explosión si el arribo de una expedición de tropas españolas no hubiera asegurado la tranquilidad pública contra el desenfreno militar y las maquinaciones de casta" (44).

La llegada de Morillo, lejos de haber sido una calamidad para Venezuela, fue más bien un beneficio. La Independencia se apresuró. Colocáronse de nuevo frente a frente dos enemigos, dos países, dos nacionalidades. La rebelión se disolvió después de Urica falta

de guía y de fines. Entonces la patria se apropió de las banderas insurreccionales y democráticas de Boves para hacer la guerra contra España y lograr de esta manera su libertad.
Es interesante saber, dentro del estudio de la situación social después de la muerte de Boves, que ambas partes contendientes cambiaron completamente de divisas. En 1814, los soldados de Boves usaban una pluma negra y banderas negras como distintivo. En 1817, el ejército de Páez usaba bandera negra, igual que en los tiempos de la insurrección; en cambio, los hombres de Morillo usaban la bandera blanca. Fue muy significativo este cambio de colores en nuestra guerra social (45).
La figura de Boves fue para los patriotas y en general para los blancos lo que Atila para los europeos del medioevo. Era el “azote de Dios". A los hombres que encontraba que pertenecieran a la raza odiada les asesinaba sin fórmula de juicio y sin ningún pretexto. A las mujeres y a los niños, cuando no corrían la misma suerte, los enviaba a la isla de Arichuna para que se murieran de hambre. En la ciudad de Calabozo mató a ochenta y siete que pudo encontrar, pues el resto había huido, y dejó una lista con otros treinta y dos. En el pueblo de Santa Rosa acabó sistemáticamente con todos los blancos sin exceptuar uno. En la villa de Aragua, después de saqueada la ciudad, los blancos tr2taron de refugiarse en la Iglesia. Allí fueron masacradas de cuatrocientas a quinientas personas. En Barcelona perecieron mil. "A consecuencia de este sistema han desaparecido los blancos; en Cumaná sólo han quedado cinco u ocho del país" (48).
La rebelión popular venezolana no fue un juego, ni mucho menos. La Historia patria ha pasado por su lado sin detenerse ni estudiar la grandiosa carnicería de 1814, y sin analizar debidamente el por qué de esas matanzas espantosas. En Venezuela se derramó más sangre en aquel año que en toda la revolución francesa. Ningún pueblo ha conocido una lucha de clase de esa magnitud, y sólo nos resta preguntamos de qué clase de madera sedan nuestros heroicos libertadores para haber logrado resistir esa vorágine de sangre y haberla detenido, al propio tiempo que estaban divididos y mantenían una lucha a muerte con España, no contando para esto con ningún recurso sino con la voluntad de hierro de aquel hombre pálido y flaco, de ojos visionarios, que hasta ayer no más había sido un delicado "petimetre" Y que apartando todas las comodidades de su rango había empuñado la lanza dejada por Boves en el Campo de Urica para ir a conducir al pueblo venezolano el busca de su libertad. La Historia de la Humanidad que conoce tantos y tantos hechos extraordinarios, nunca ha visto un ejemplo semejante.

Notas

1) «La raza blanca, enloquecida por sus disputas, no podrá oponerles (a los pardos y negros) más que una débil resistencia, y quizá será totalmente expulsada de esta parte de las posesiones españolas». (POUDENX, Memoire, etc., pág. 106).

BIBLIOGRAFIA DEL CAPITULO CUARTO

1. JUAN VICENTE GONZÁLEZ. Biografía de José Félix Ribas. Edit. América. Biblioteca Ayacucho. Madrid. 1917. Pág. 139.
2. LUIS BERMÚDEZ DE CASTRO. Boves o el León de Los Llanos. Espasa Calpe. Madrid. 1934. Pág. 97.
3. LAUREANO VALLENILLA LANZ. Cesarismo democrático. Empresa el Cojo. Caracas. 1919. págs. 128 Y 129.
4. LUIS .BERMÚDEZ DE CASTRO, Op. Cit, págs. 106 Y 107.
5. 6. LUIS BERMÚDEZ DE CASTRO. Op. Cit, pág. 109.

6. LUIS BERMÚDEZ DE CASTRO, Op. Cit, pág. 109.
7. RAFAEL MARÍA BARALT y RAMÓN D1AZ. Resumen. de la Historia de Venezuela. Imprenta de H. Fournier. París. 1841. Página 60.
8. Memorias del general O'Leary, traducidas del inglés por su hijo Simón. B. O'Leary, por orden del Gobierno de Venezuela Y bajo los auspicios de su Presidente, general Guzmán Blanco. Imprenta Monitor. Caracas; 1883. Pág. 60.
9. FELIPE LARRAZÁBAL. Vida de Bolívar. Impr. E. O. Jenáis. New York, 1863. Pág. 253.
10. JOSÉ FRANCISCO HEREDIA. Memorias sobre las revoluciones de Venezuela. Edit. Garnier. París. 1895. Pág. 182.
11. DUCOUDRAy HOLSTEIN. Histoire de Bolívar. Imp. Levasseur. París. 1831. Pág. 168.
12. JOSÉ FRANCISCO HEREDIA, Op. Cit, pág. 182.
13. A. VALDIVIESO MONTAÑO. José Tomás Boves. Edit. La Esfera. Caracas. 1931. Pág. 25.
14. A. VALDIVIESO MONTAÑO. Op. Cit pág. 7.
15. ARlSTIDES ROJAS. Leyendas históricas de Venezuela. Imprenta La Patria. Caracas. 1890. Págs. 213 a 222 (primera serie).
16. JUAN VICENTE GONZÁLEZ, Op. Cit pág. 135
17. MANUEL J. CALLE, Leyendas históricas de América. Edit. América. Madrid. Págs. 99 Y 100.
18. CONTANCIO FRANCO. Leyendas históricas: José Tomás Boves. Tomado del libro de Manuel J. Calle. Op. Cit, pág. 105.
19. Memorias del general O'Leary, etc., Op. Cit, pág. 174.
20. VICENTE LECUNA. Crónica razonada de las guerras de Bolívar. En tres vols. Colonial Press Inc. New York, 1950. Pág. 109. Tomo l.
21. VALDIVIESO MONTAÑO. Op. Cit, pág. 8.
22. JULIÁN LLAMOZAS. Historia de Boves. «Boletín de la Academia de la Historia», n. 71. pág. 5.74.
23. JOSÉ FRANCISCO HEREDIA, Op. Cit, pár. 182.
24. JULlÁN LLAMOZAS. Op. Cit, pág. 574.
25. JULlÁlN LLAMOZAS. Op. Cit, pá~. 575.
26. JOSÉ FRANCISCO HEREDIA. Op. Cit pág. 182.
27. JULIÁN LLAMOZAS. Op. Cit, pág. 575.
28. CAPITÁN WAWELL. Memorias de un oficial de la Legión Británica. Traducción de Luis de Terán. Edit. América. Biblioteca Ayacucho. Madrid. 1917. Pág. 57.
29. Memorial presentado al Rey por el Pbro. don José Ambrosía Llamozas, Vicario General del Ejército de Barlovento en las provincias de Venezuela. «Boletín de la Academia de la Historia». n. 71. pág. 578.
30. ANTONIO RODRÍGUEZ VILLA. El teniente general don Pablo Morillo. En cuatro vols. Imp. de Fortanet. Madrid. 1910. Tomo 111. pág. 92.
31. ARÍTIDES ROJAS. Op. Cit, pág. 187 (segunda serie).
32. ANTONIO RODRíGUEZ VILLA. Op. Cit, pág. 92.
33. JOSÉ DOMIKGO DÍAZ. Recuerdos sobre la rebelión de Caracas. Imprenta de D. León Amarita. Madrid. 1829. Pág. 230.
34. WILLIA1I1 ROBINSON. Remarques sur les Désastres des Provino des de Caracas. 1. p. de Chaumerot .Jeune. París. 1817. Página 175.
35. JOSÉ DOMINGO DíAZ. Op. Cit, pág. 230.
36. Pbro. JOSÉ AMBROSIO LLAMOZAS. Op. Cit pág. 578.
37. JOSÉ FRANCISCO HEREDIA. Op. Cit, pág. 183

38. Pbro. JOSÉ AMBROSIO LLAMOZAS. Op. Cit, pág. 578.
39. JOSÉ FELIX BLANCO y RAMÓN AZPÚRUA. Documentos para la Historia de la vida pública del Libertador de Colombia. Perú. y Bolivia. Publicados por disposición del ilustre americano general Guzmán Blanco, etc. Tomo l. pág. 271.
40. JOSÉ MANUEL RESTREPO. Historia de la Revolución de la República de Colombia. En cuatro volúmenes. Imprenta de J. Jacquin. Besanzón. 1858. Tomo 11. pág. 282.
41. Carta de W. Robinson al almirante Durham. Foreign Office. 73-169. Ver el documento n. 3 en el «Apéndice Documental».
42. Pbro. JOSÉ AMBROSIO LLAMOZAS. Op. Cit, pág. 578.
43. JOSÉ MANUEL RESTREPO, Op. Cit, pág. 282.
44. JOSÉ MANUEL RESTREPO. Op. Cit, pág. 295.
45. CAPITÁN WAWELL. Las sabanas de Barinas. Edición Centenario de la Casa Gathmann. Prólogo de Juan Uslar Pietri. 1953. Pág. 35.
46. Pbro. JOSÉ AMBROSIO LLAMOZAS. Op. Cit, pág. 578.

Quinto capítulo

LA DEMOCRACIA EN ACCIÓN

I. Caracas tiembla

Para la primera quincena de septiembre, una vez separado de Cajigal, Boves hace la guerra por su cuenta. En La Corona y en Cachipo obtiene triunfos significativos, en este último lugar derrotó a los generales venezolanos, Antonio Freytes, José Tadeo y José Gregorio Monagas. Continuó su marcha hacia Calabozo y a fines del mismo mes, el día 23, en la oscuridad de la madrugada se trabó en combate con "los patriotas al mando de Montilla y Cabrera, en la quebrada de Santa Catalina. La lucha fue a lanzazos y al amanecer la victoria era de Boves. Cabrera y los otros oficiales que cayeron en manos de los hombres del asturiano fueron fusilados inmediatamente. El camino de Calabozo estaba abierto.
Pero informado Bolívar de esta espantosa matanza destacó a Vicente Campo Elías con 1.000 infantes y 1.500 hombres de caballería, los cuales encontraron a Boves el 14 de octubre de 1813 en la sabana de Mosquiteros. Boves quedó completamente derrotado y Campo Elías, extralimitándose en sus facultades y violando el decreto de guerra a muerte, asesinó a todos los venezolanos que encontró en el campo de batalla. Boves en su huída había llegado a Guayabal, en pleno corazón de Los Llanos.
La noticia de las crueldades del español Campo Elías se esparcieron por todo El Llano, restándole popularidad al movimiento patriota y sumándole hombres a Boves. Al poco tiempo éste ya contaba con un formidable ejército. Para interesar a sus hombres en la victoria lanza su célebre bando que ya conocemos y sus escuadrones se repletan de espantosos lanceros y valientes esclavos.
Al propio tiempo que Boves organizaba su gente en el Guayabal, el Coronel Yánez, el

célebre Ñaña de los llaneros, emprendía la reconquista del Apure, pero cuando quiso alargar el campo de sus victorias se encontró con Bolívar en Araure y fue derrotado por completo, teniéndose entonces que devolver a San Fernando, mientras Cevallos cruzaba el Orinoco buscando refugio en Guayana (1). Boves quedaba como el único paladín de la causa realista, el más activo y peligroso. Pero cuando piensa tomar la ofensiva constata que no tiene armas y tiene que arrancar entonces todos los hierros de las ventanas del Guayabal para hacer lanzas (2), adiestra su caballería mientras dura el invierno en el médano de Cazorla, allí les enseña los movimientos rápidos, las marchas, los ataques, las cargas, las retiradas; y viendo que su ejército aumentaba y escaseaban ya los balaustres del pueblo ideó hacer lanzas de madera (3). En ese constante ejercicio aguarda el momento para lanzarse a la guerra. Al propio tiempo espera a su lugarteniente Morales, quien viene de Guayana con refuerzos y pertrechos y quinientos hombres de infantería. Reunida toda su gente Boves comprobó que tenía 1.500 lanceros y 500 infantes. Echó la pierna sobre el caballo y empuñando la lanza dio señal de partida.
Aldao, jefe español al servicio de los patriotas, quien estaba en Calabozo salió a impedirle el paso pero fue completamente derrotado en San Marcos, el 8 de diciembre de ese año. Las tropas patriotas fueron diezmadas y el propio Aldao murió en el combate, siendo cortada su cabeza por Boves y expuesta en la plaza de Calabozo. El triunfo de los llaneros había sido completo. En la propia ciudad ordenó Atila que todos los blancos fueran pasados a cuchillo. Inmediatamente comenzó el reparto de las papeletas de propiedad que habla prometido en su bando del Guayabal (4). Las casas de Calabozo quedaron todas saqueadas con las puertas abiertas de par en par, mientras los lanceros de Boves se limpiaban en las orillas del río la sangre ennegrecida de sus brazos. Sombras terroríferas dominaban Los Llanos. La verdadera lucha iba a comenzar (**Ver nota 1**).
Mientras tanto, en Caracas, en los primeros días de enero de 1814, un bando pegado en todas las esquinas y publicado por la Gaceta, convocaba a "todos los empleados públicos y padres de familia" (5), a una asamblea que tendría lugar en el templo de San Francisco. El templo, lleno hasta más no poder, oyó las palabras de Bolívar cuando pedía le dejasen renunciar la dictadura. Los oyentes se lo impidieron sabiendo que no podía, en aquellos graves momentos, organizarse un Gobierno constitucional y que una mano fuerte y brillante como la de El Libertador era la única salvación de la patria.
La situación iba oscureciéndose más y más. Todo quedaba en tinieblas. Bolívar más que nadie lo sabía. Después de la asamblea de San Francisco escribe preocupado a Mariño, Libertador de Oriente, "Boves, con la adhesión que los pueblos del bajo llano profesan a la tiranía, con la funesta derrota del Coronel Aldao, ha podido aumentar sus tropas hasta tres o cuatro mil hombres. Este es hoy día un enemigo terrible obligándonos a dividir las fuerzas a la multitud de facciones que están esparcidas en lo interior de la provincia" y agrega más adelante: "Los comisionados que conducen éstas expondrán además a la voz de nuestro estado verdadero, que reclama tan urgentemente auxilios poderosos" (6). Pero Caracas no sabe nada, duerme tranquila. La Gaceta poco habla de Boves, nadie menciona la rebelión de Los Llanos. Pero los personajes que rodean al Libertador saben bien que éste ha dejado a Calabozo y se mueve hacia el centro. Bolívar parte para Puerto Cabello a ver si puede conquistar el formidable bastión español antes que se asome Boves a los Valles de Aragua, y ordena a Campo Elías que coloque su ejército en La Puerta, con el fin de tapar la entrada de Los Llanos. Este se situó en Villa de Cura para observar los movimientos del caudillo llanero. El primero de febrero escribe Bolívar al Congreso de Nueva Granada presentando la labor que ha realizado y los peligros que teme "las continuas sublevaciones del Llano, el partido que allí tiene

Boves, me hicieron pensar que el golpe que debía descargarse sobre los desorganizadores ha de ser extraordinario, ha de asegurar para siempre un país que nos alimenta y que sin una pronta pacificación será perdido irreparablemente. En consecuencia solicité los auxilios del Oriente; y el General Mariño, a la cabeza de tres mil hombres marcha sobre Calabozo, debiendo reunirse antes con una poderosa división al mando de Campo Elías" (7).
Bolívar se equivocaba. Mariño estaba de correrías por Los Llanos, cerca del Orinoco (8) y Boves, ya por el momento de escribir él esta carta, se encontraba a la cabeza de sus hombres marchando contra, Villa de Cura. La situación era muy grave.
Campo Elías tenía 1.500 infantes y 300 jinetes. Boves venía Con 2.000 lanceros excelentes y 1.000 soldados de infantería. El encuentro fue en el desfiladero de La Puerta, el 3 de febrero. El General José Trinidad Morán que asistía al encuentro en calidad de oficial cuenta en sus "Memorias" que Campo Elías al ver al enemigo empezó a retirarse hasta el sitio menos cómodo para luchar, situado "en una llanura con una quebrada a la espalda que sólo tenía un paso por un desfiladero en el centro (**Ver nota 2**). El enemigo dio una carga con gran parte de su caballería a nuestra derecha la que fue rechazada con alguna pérdida. Nuestro Comandante General mandó entonces al medio batallón del 5º de la derecha, formando batalla, a perseguidos; marchamos como cinco cuadras tras la caballería enemiga hasta que se nos mandó hacer alto y regresar a la línea, siendo este movimiento el principio de la derrota, pues cargó la caballería enemiga, envolviendo la derecha y luego todas las alas. Esta pérdida fue debida a la impericia de nuestro General, pero tampoco debieron la victoria los españoles a las combinaciones de su jefe, mas sí creo que a su valor, pues se batían con resolución y Boves a su cabeza" (9). La derrota fue total y Campo Elías y un grupo de sus jinetes sólo pudieron salvarse por "la celeridad de sus caballos" (10).
Campo Elías en su huída pensó pararse en Villa de Cura, su cuartel general, "pero cuando llegué a ella me hallé sin un alma" siguiendo camino hacia Maracay en busca de Bolívar a la que encontró en la misma soledad (11). Sabiendo El Libertador lo que había le sucedido a los patriotas en La Puerta, escribe a Mariño para que marche a atacar a Boves por la espalda, "la derrota de nuestras tropas ha sido completa, y las circunstancias de la provincia de Caracas, invadida por varias partes, no nos dejan hacer uso de ninguna fuerza para oponernos al enemigo, que puede sin dificultad adelantarse y esparcirse por los valles de Aragua. Concebirá ya V. E. que el único partido que nos queda a todos es el que V. E. tome para cortar el vuelo al enemigo, y yo me atrevo a confiar en el mejor suceso si V. E. marcha aceleradamente con todas sus tropas sobre la espalda de Boves, mientras tanto, que haciendo todos los esfuerzos del caso levantamos en el momento un ejército que pueda acometerle de frente, que estará formado en Caracas" (12).
El General Morán había visto a Boves cargar en La Puerta a la cabeza de sus lanceros, y este acto de gran valor iba a costarle al León de Los Llanos una herida que debía hacerle guardar cama en Villa de Cura. Esto retardó un poco la ofensiva, nombrando entonces a su segundo Morales para que siguiera el avance por los valles aragüeños hasta La Victoria y Caracas. Al propio tiempo ordenaba a Rosete, uno de sus lugartenientes, que atacara por el Tuy para encerrar a Caracas entre dos grandes tenazas (13).
Caracas temblaba. Los habitantes de la ciudad comentaban en voz baja los últimos sucesos, encerrados en lo más recóndito de sus casas. Todos esperaban que de un momento a otro desembocara Boves por el camino de Antímano sembrando la muerte y espanto al paso de su caballo. Que viene e1 "coco" decían las madres a sus hijos traviesos. Pero Caracas contaba con dos hombres extraordinarios, Ribas y Arismendi. El primero, cubierto de gloria al lado de Bolívar en la campaña admirable, era considerado

por los agentes de Inglaterra como "uno de los más crueles y feroces caracteres que existen" (**Ver nota 3**). Arismendi no le quedaba a la zaga a Ribas, algún tiempo después debería ser el terror de Morillo en la isla de Margarita.
Arismendi, como Gobernador militar que era de Caracas, ordenó la ley marcial con una rigidez digna de la época del terror de Francia. Prohibía que nadie saliera de sus casas, "después de las nueve de la noche no debe encontrarse en las calles persona alguna, a excepción de las patrullas", en realidad tenía razón, algunos farolillos con una mezquina luz amarillenta era todo el alumbrado de la ciudad, y la oscuridad de la noche permitía muchas cosas que no se podían hacer a la luz del día. Impidió que los temerosos sacaran caudales de la capital para que no se creara un pánico económico, en caso que el sitio se prolongara. Que las casas debían encender sus luces, como en los días de fiesta, para contribuir a la iluminación. Que todo ciudadano que hubiese escondido algún español o isleño lo entregara en el término de tres horas (14), pues Bolívar había dado la orden a Arismendi que pasase por las armas a los españoles y canarios presos en La Guaira, ya que se rumoreaba con insistencia que había un complot de esos hombres para repetir en 1814 lo que había sucedido dos años antes en Puerto Cabello. Finalmente, Arismendi completó su extraordinaria organización llamando a las armas a todo hombre entre doce y sesenta años.
El complot de los presos isleños y españoles era, como todas las conspiraciones que ha habido en Venezuela, un secreto comentado por las comadres y los chismosos. Poudenx, que aún estaba para esa época en Caracas, escribe "se descubrió que los españoles prisioneros en La Guaira estaban de acuerdo con muchos habitantes de los alrededores. Algunas cartas fueron tomadas y con ellas se conocieron sus proyectos sediciosos" (15). Arismendi dio la orden de matarlos.
El 13 de febrero, Leandro Palacios, Comandante de La Guaira, escribía lo siguiente:
N. 116.-En obedecimiento a orden expresa del excelentísimo señor General Libertador para que sean decapitados todos los presos españoles y canarios reclusos en las bóvedas de este puerto, se ha comenzado la ejecución pasándose por las armas esta noche ciento de ellos. Y lo comunico a V. S. para su inteligencia.
Dios, etc. La Guaira, 13 de febrero de 1814.
Leandro Palacios, Comandante de La Guaira.

N. 199.-Ayer tarde fueron decapitados ciento cincuenta hombres, de los españoles y canarios encerrados en las bóvedas de este puerto, y entre hoy y mañana lo será el resto de ellos. Lo participo a V. S. para su inteligencia.
Dios, etc. La Guaira, 14 de febrero de 1814.
Leandro Palacios, Comandante de La Guaira.

N. 123.-Ayer tarde fueron decapitados doscientos cuarenta y siete españoles y canarios, y solo quedan en el hospital veintiún enfermos, y en las bóvedas ciento ocho criollos. Lo participo a V. S. para su inteligencia.
Dios, etc. La Guaira, 15 de febrero de 1814.
Leandro Palacios, Comandante de La Guaira.

El trabajo tocaba a su fin. Era la última noche de tarea. Palacios, a la luz incierta de una vela de esperma, ha debido tomar la pluma como un mercader macabro, para escribir a Arismendi los detalles del final de la remesa.
N. 126.-Hoy se han decapitado los españoles y canarios que estaban por enfermos en el hospital, último resto de los comprendidos en la orden de S. E. Lo participo a V. S. para su inteligencia.

Dios, etc. La Guaira, 16 de febrero de 1814.
Leandro Palacios, Comandante de La Guaira 18.

En mil doscientos se calculan los muertos de aquellos días. En ese escenario de callejones y cardonales ha debido ser impresionante la sangre de aquellos hombres, corriendo a borbotones por los empedrados desde la fortaleza al mar azul. Un realista emigrado escribía, "horroriza oír el modo con que han matado en La Guaira setecientos cuarenta y tres españoles: los llevaron a San Carlos a pie, los acompañaban como doscientos asesinos, los metían en el Castillo, fueron sacando de cuatro en cuatro, les daban uno o dos machetazos, ya en la cara, ya en la cabeza, ya en el cuello, y en medio de los ayes y gritos que daban los infelices, los echaban a la hoguera que tenían preparada. Mármol, que fue el primero, gritó en medio de las llamas: ¡Que esto se haga entre cristianos! Había en el hospital 63 enfermos moribundos, los sacaron al muelle y los mataron a lanzazos" (17). El comerciante Robinson da interesantes detalles que afirman y completan lo anterior, "no más de 20 a 25 españoles pudieron escapar a la masacre general, y esos que lo hicieron continúan llevando una existencia precaria y temerosa; el que esto escribe, con muchos otros extranjeros, ha sido testigo ocular de esta carnicería de más de ochocientas víctimas en La Guaira. Ellos fueron sacados de la fortaleza por pares encadenados hasta una pequeña distancia de las puertas de la ciudad, y allí fueron asesinados inmediatamente, después de lo cual sus cuerpos fueron cubiertos Con brazas y palos secos hasta reducirlos a cenizas. Muchos habían muerto por sofocación con anterioridad a estos acontecimientos; dos días antes de las ejecuciones vimos sacar diariamente de la fortaleza Como 40 ó 50 cuerpos" (18).
En realidad, El Libertador había tratado de canjear estos desgraciados españoles por los prisioneros patriotas encerrados en Puerto Cabello. Pero habla fracasado en sus proposiciones. Los realistas siempre se mostraron intransigentes de tratar con "insubordinados". Si la situación no hubiese sido tan grave, este espantoso acontecimiento nunca habría sucedido.
Algún tiempo antes de la derrota de La Puerta, Bolívar había tratado de dulcificar la guerra a muerte, recurriendo para esto a todos los procedimientos, aún había enviado al Arzobispo Coll y Prat para que fuese al campamento de Boves a tratar con él y a repartir una pastoral entre estos hombres invitándoles a volver a sus trabajos y a no matar más hermanos. El arzobispo fue prudente y envió delante de él a unos capuchinos Con la peligrosísima pastoral. Boves redujo a prisión a los misioneros, enviándolos más tarde a Guayana como reos de Estado. Coll y Prat siguió a Valencia, donde luego se encontró en el primer sitio de la ciudad por Cevallos (19) (**Ver nota 4**)
Mientras tanto, Morales comenzaba su avance por los Valles de Aragua sembrando el espanto por todos pueblos y caseríos. En Turmero hizo horrores. Las partidas de caballería llegaban a la ciudad cometiendo todo género de excesos. Los llaneros entraban por las puertas de las casas montados en sus caballos dando lanzadas a todo el que encontraban en ellas. Un testigo cuenta estas barbaridades: "Ellos se llevaban las mujeres, las violaban, y las hacían seguirlos a planazos, nada escapaba a su brutalidad. Un curro desfloró una jovencita de ocho años, que quedó muerta a orillas del camino de Güere, donde se encontró aún con todas las señales de la torpe barbarie con que había sido tratada. Su madre, que lloraba su suerte que no pudo evitar, refería penetrada de amargura, el triste caso de su desgraciada hija a nuestros oficiales cuando pasaban por Valencia. Nada dejaron en las oficinas de mi cargo, las mesas, las sillas, los estantes, todo lo quemaron, y sólo encontré un cadáver colgado de una ventana" (20).

Notas

1) El oficial Inglés Flinter, quien conocía bien a Venezuela y luego fue invitado por las autoridades españolas en 1815, relata la siguiente anécdota recogida por él en Los Llanos y que denota claramente el carácter de Boves: «El Intrépido carácter y ferocidad salvaje de este hombre fueron tales, que por su resoluta conducta él sólo suprimió uno de los más peligrosos y preconcertados planes de motín entre sus hombres •. No teniendo Boves más que veinte hombres blancos en su ejército, y estando los negros acostumbrados a la guerra y seguros de su propia fuerza, formó una conspiración de asesinar a su líder y colocar un hombre de color a su cabeza. Boves tuvo a tiempo Insinuación de su Intención y la misma tarde en que pensaban poner en ejecución sus planes, ordenó a todos sus hombres coger las armas; avanzó él al frente de ellos y los dirigió: les echó en cara su intento de traición; les llamó cobardes y traidores y les preguntó si él. no habla cumplido su promesa, si no les habla permitido el saquear y asesinar a los blancos. «Y -dijo- después que habéis despachado a todos los hombres blancos de la provincia, podéis, si queréis. atravesar el pecho de su líder, quien tan a menudo os ha conducido a la victoria. Haced fuego si podéis ser tan desagradecidos (entonces se desabrochó su chaqueta y dijo): aquí está mi pecho desnudo». Siguió un silencio de muerte; los amotinados bajaron sus cabezas avergonzados. Boves desenvainó su espada, seleccionó a los cabecillas de entre las filas y cortó sus cabezas con su propia mano a la vista de cuatro mil de sus compañeros armados. Ni una sora voz de desaprobación se oyó; se sometieron implícitamente a la autoridad de este singular e intrépido individuo, como si tuviera un ejército para hacer cumplir la obediencia. (GEORGE FLINTER. *The History of the Revolutíon of Caracas*. London. 1819. Páginas 172-173).

2) Muy Posiblemente el encuentro fue según lo que se desprende de esta descripción. en el sitio que hoy ocupa el arco conmemorativo de La Puerta. (N. del A.)

3) Ver en el «Apéndice Documental» el papel correspondiente al n. 14 del Archivo del Foreign Office.

4) José Domingo Díaz, el famoso libelista realista, había enviado varios panfletos desde su refugio en Curazao atacando la pastoral del Obispo. En el siguiente documento vemos el resultado que tuvo: «Al capitán general. Febrero 1814. Remitimos a usted veintiocho ejemplares del D. Josef Domingo Díaz refutando las pastorales del señor obispo de Caracas y que usted se sirva repartirlos en los pueblos de ese territorio. Dios, etc. Francisco de la Hoz.» Capitanía General. Archivo General de la Nación. Caracas.

II. El pulpero de Taguay

Rosete, a diferencia de Bolívar, Mariño, Ribas y Urdaneta, pertenecía como la mayor parte de los oficiales de la insurrección popular a la base de la pirámide social. Era un pobre pulpero del pueblecito de Taguay, cerca de Camatagua, que se pasaba todo el día detrás de su mostrador vendiendo quesos llaneros, papelones, manteca de cochino, chicharrones y vinos de España. Allí estaba en contacto constante con esclavos de las

haciendas cercanas, con llaneros y gente del pueblo. Así comenzó una especie de caudillaje discreto.
Es realmente curioso observar cómo en nuestras pequeñas poblaciones del interior el pulpero juega un papel social de la misma importancia que el cura y el jefe civil. Representa un puesto intermediario entre la ley y la religión, que le da un prestigio mucho más íntimo, más ciudadano. Es compadre de todos, se mezcla en las fiestas y borracheras de los vecinos, y lo que es más importante, casi todo el pueblo le debe siempre algo. De aquí que en los motines de caserío haya salido con frecuencia el pulpero delante de todos, cambiando el mostrador por la diligencia política.
En 1812, "el primer asesino de Calabozo", como llamaba Baralt a Eusebio Antoñanzas, le confirió el mando del pueblo de Camatagua. Desde entonces, abandonando el mostrador, Rosete debla convertirse, por obra y gracia de la revolución, en caudillo y conductor de tropas (21).
Espantados debían de estar los pacíficos habitantes de Camatagua de ver al nuevo gobernador, con modales que causaban horror, siempre con la palabrota en la boca y desnudo de la cintura arriba, mostrando una panza llena de pelos, poderosa y cerrera. Su figura ruda y popular era el símbolo del movimiento democrático, su esencia más pura. Al poco tiempo recibió orden de Boves de marchar contra los valles del Tuy a combatir a los patriotas y a insurreccionar a los negros. Rosete era el hombre para esa empresa. Se le vio salir de Camatagua al mando de una turba desenfrenada, él, adelante en su caballo, con una figura apocalíptica "rechoncho, de una blancura sucia, coronábale una calva innoble, dos ojos desiguales y saltados acechaban desde sus sienes, y arrojaba de los abismos de su pestilente boca amenazas y blasfemias" (22), pero gracias a la revolución niveladora de Boves ya no era más el pobre pulpero vendedor de manteca, sino el Comandante Rosete, Gobernador de Camatagua y jefe de los ejércitos del Rey en los valles del Tuy.
El 11 de febrero, fecha escrita en sangre y espanto, llegó a Ocumare. "Suponeos una turba desenfrenada de hombres desalmados, sin religión, sin familia, sin patria; devorada por los instintos del pillaje, del asesinato, de la lujuria, de la venganza, de la rapiña; armados del puñal y de la tea, al mando de un jefe que les concede amplia licencia para satisfacer todos los apetitos imaginables. Suponeos esta turba famélica en posesión de un pueblo indefenso, rendido, que clama piedad y eleva sus preces al Dios de las misericordias, al verse entregado a saco y a la muerte" (23). Nada ni nadie puede detenerlos. La matanza comienza desde las últimas talanqueras y tapias del poblado hasta la plaza principal y la iglesia. A los que asesinan les cortan las narices y las orejas, a los hombres las partes sexuales y a las mujeres los pechos. Sobre las puertas y ventanas los clavan como trofeos. El pueblo toma ese día un color rojo, todo es sangre, manos pintadas en- las paredes, charcos de sangre entre el empedrado, testículos manando sangre hasta oscurecer las maderas, coágulos, cadáveres, muecas rígidas, muertas desnudas y violadas. Los muebles de las casas reventados por todas partes. Y sobre todo fue en la gente principal donde se, cebaron las furias de la rebelión. “Sobre 300 cadáveres de aquellas primeras personas de representación y adhesión a nuestra libertad, escribe el cura de Ocumare el 3 de febrero, cubren las calles, fosos y montes de su inmediación. El clamor dé las viudas y de los huérfanos es tan general como irremediable, pues todo el pueblo fue robado y saqueado hasta no dejar cosa útil, necesaria al descanso, conservación y comodidad de la vida ... Pero no es todo tan sólo lo que asombra y horroriza: el santuario de Dios vivo fue violado con el mayor escándalo e impiedad. La sangre de tres víctimas inocentes acogidas a su inmunidad sagrada riegan todo el pavimento; José Ignacio Machillanda, en el coro; José Antonio Rolo, en medio de la nave principal, y Juan Díaz, en el altar mayor. Sus puertas, todas

cerradas con cuatro sacerdotes, que unidos a todo el sexo dirigían sus votos al Altísimo, fueron descerrajas con hachas; y entrando en él, hicieron otro tanto con las arcas que guardaban las vestiduras sagradas. Yo, entretanto, montando a caballo, con los óleos en la mano, ocurría a la salud espiritual; y puesto a la cabeza de las tropas, presidía su suerte y rogaba al Señor por la defensa de mi pueblo; así porque el jefe militar me lo ordenó, como porque siendo los defensores de la plaza mayor parte de mis tiernas ovejas, no podía verlas con indiferencia y cobardía en peligro evidente. Fue herido el caballo con dos balas distintas, y cayendo en tierra y viendo perdida la lid, tomé el monte, donde me oculté once días, hasta que entraron otra vez nuestros tropas" (24).
Después del saqueo de aquel pueblecito, sólo se veían los caballos de los conquistadores por encima de los cadáveres. Un periódico patriota escribía algún tiempo después, recordando la espantosa matanza: "Rosete sacrificaba atrozmente a los desgraciados hijos de Ocumare; unos, horriblemente mutilados, sin diferencia de sexo ni edad, y otros, asesinados en el templo y aun sobre el ara misma del altar, atropellados el Cura y los Sacerdotes, saqueado y profanado el santuario, trescientos cadáveres de los vecinos principales esparcidos en las calles y sus cercanías, clavadas en las puertas y ventanas las partes sexuales de los muertos, todo el pequeño lugar robado y pillado completamente" (25).
Caracas, sabiendo lo que había pasado, se apresuró a enviar al célebre Arismendi, quien al llegar al combate no se vio con fuerzas suficientes para emprender la batalla, devolviéndose a la capital, donde llegó con la noticia de los triunfos de Rosete. Inmediatamente se empezó a organizar la defensa de la ciudad, en espera de que éste avanzase. Y, en efecto, iba avanzando lentamente. En Charallave no encontró un alma, pues todos sus habitantes, conociendo las crueldades de Ocumare, no quisieron correr el riesgo de esperarle. Al propio tiempo iba dando la libertad a los esclavos e insurreccionándolos por todas partes. Publicó un bando para que se presentasen los mayordomos de las haciendas vecinas con sus esclavos, a los que iba entregando armas y municiones. De esta manera fueron sublevados los esclavos de las haciendas de Aristiguieta, de Monasterios, de Vegas, de Herrero, etc., etc. La "Gaceta de Caracas" pedía espantada que se comunicaran tales horrores a las Antillas inglesas, para que éstas prestasen ayuda y pudieran detener la espantosa matanza, invocando para ello el peligro que constituía para esas posesiones el ejemplo de los esclavos insubordinados (26).
Rosete, entretanto, había llegado a las cercanías de San Francisco de Yare, en el camino de Caracas.

III. La lucha

Boves había logrado repetir el plan de campaña de Monteverde. Mientras avanzaba Rosete por el Tuy, Morales lo hada por los valles de Aragua hacia La Victoria. El propósito era hacer rendir a Caracas por temor a verse entre dos fuegos y con las comunicaciones con el interior de la República cortadas por completo.
Caracas, entretanto, estaba presta a la lucha suprema. Ribas, con una voluntad espartana, reunió todos los alumnos del Seminario y estudiantes de la Universidad, corriendo con ellos a La Victoria para hacerle frente a Morales y los suyos, quienes ya se creían seguros del triunfo. El 12 de febrero, a las ocho de la mañana, se encontraron las dos fuerzas enemigas, durando el combate hasta la caída de la tarde. La lucha fue a

muerte, no cesando un instante el fuego de las dos partes. Morales disponía de 4.000 hombres mal armados; Ribas, de 1.500 jóvenes inexpertos. Aún en la tarde el combate estaba indeciso, pero Ribas era un hombre a toda prueba, "me decidí a que perecieran primero todas las tropas que estaban a mi mando que abandonar la Plaza". Hacia las cuatro, uno de los vigías vio que por las espaldas realistas, en el camino de San Mateo, se levantaba una polvareda como la producida por una caballería. Era Campo Elías, que venía con sus patriotas. La batalla se había decidido. Morales huyó por los montes hasta Villa de Cura a comunicarle a Boves la noticia de su derrota. En el campo de batalla de La Victoria quedaban tendidos ese día de febrero la flor de la juventud caraqueña; entre ellos había también oficiales de alta graduación, como Ribas Dávila, Picón, Ron, etc., casi todos merideños. Caracas quedaba, al menos por esa parte, libre de inmediato peligro (21).
José Félix Ribas, sabiendo que el Libertador levantaba el sitió de Puerto Cabello y venía a establecer su Cuartel General en San Mateo, decidió salir a los valles del Tuy a pelear con Rosete. Le encontró el 20 de febrero en Charallave, derrotándole fácilmente después de una hora de batalla. El pulpero de Taguay dejó en su apresuramiento toda su correspondencia con los jefes realistas y allí se supo que entre los planes de este feroz español estaba el de marcar con hierro caliente una P en la frente de los patriotas. Ribas dejó en Ocumare una pequeña guarnición y mandó el resto a San Mateo.
En San Mateo, las pocas noticias que se tenían eran que había gran movimiento en Villa de Cura y que de un momento a otro iba a recomenzar la batalla, pero esta vez al mando de Boves, que estaba repuesto de su herida. El día 25, Atila levantó su campamento, dirigiéndose por los valles de Aragua contra San Mateo. El 27 por la tarde llegó el patriota Villapol a este último sitio, diciendo que Boves le seguía sus pasos. Bolívar dio inmediatamente órdenes de prepararse para la defensa. En efecto, al poco rato después de haber entrado Villapol a San Mateo se veía que Boves llegaba a su vez, ocupando el camino de Turmero y los cerros vecinos. La batalla iba a comenzar. La posición patriota era más ventajosa que la realista, pues estos últimos tenían en su contra que la caballería, el arma principal de Boves, era impotente en esos encerrados valles, rodeados de montañas y atravesados por un río. Pero no por eso la batalla que se iba a empeñar iba a dejar de ser la más grandiosa de la historia de América. Bolívar tenía unos tres mil soldados; Boves llevaba la ventaja del número, tenía cerca de 7.500 soldados, dos veces y media el número de los patriotas. Ambos bandos estaban mal armados. Y si el número era desfavorable a los patriotas, en cambio, como ya lo hemos arriba señalado, las posiciones en el cerro y la ciudad eran una ventaja para fusilar a los llaneros, que atacaban a pie y sin sus caballos, armados la mayor parte de lanzas y picas (28).
Aquella lucha debía durar un mes. El propio Boletín del Ejército Libertador la iba a calificar como la "acción más reñida que jamás ha habido en Venezuela" (29). Al siguiente día 28, el enemigo se puso en movimiento, organizándose así: la caballería contra el flanco derecho patriota, y la infantería por los lados derecho, centro e izquierdo. Las tropas de Bolívar estaban situadas en una línea paralela al río, al lado del camino de La Victoria. El cerro les protegía las espaldas. El ala derecha, comandada por Villapol y Campo Elías, estaba situada en un caserío en la altura del Calvario. El Libertador, comandando el centro, estaba en Cantarranas, a la salida del pueblo, ya en el camino de La Victoria. Este había hecho preparar una gran trinchera para impedir el paso de los realistas, colocando unos cañones al mando de Lino de Clemente. El ala izquierda quedaba en la casa de Hacienda, propiedad de los Bolívar, al mando del Teniente Gorgoza y del joven granadino Ricaurte. Allí estaba todo el parque y el polvorín.

Desde el primer día el combate debía ser sangriento. Boves en persona lanzó contra el Calvario el ataque de su caballería, la cual se precipitó lanza en ristre, con una formidable gritería y dando vivas a su jefe. Campo Elías les recibió a pie firme con descargas cerradas de fusilería que hicieron estragos entre los realistas. Al mismo tiempo que Boves atacaba al Calvario, Morales lo hacía en Cantarranas, pero el Libertador no cedió un palmo del terreno, manteniendo a raya a Morales con un fuego bien nutrido.
Ya para el mediodía, después de siete horas de fuego ininterrumpido, se creía que iba a sucederse algún receso. Pero la lucha recrudeció. Boves, sin tomar alientos, daba carga tras carga contra el ya tambaleante sitio del Calvario. El Libertador tuvo que enviar refuerzos desde la casa de Hacienda, pues se temía que sus heroicos defensores no resistirían más. Pero Boves, haciendo un supremo esfuerzo, logró apoderarse de unas casas situadas en el propio Calvario, que servían de trinchera contra los patriotas. Bolívar envió entonces una batería para destruir el peligroso punto de apoyo enemigo. Pero, a pesar de los cañonazos, no pudieron ser desalojados, recibiendo más bien los patriotas una lluvia de balas que les causó muchas bajas. Los dos jefes, Campo Elías y Villapol, quedaron muertos. El Calvario parecía ya definitivamente perdido cuando el hijo de Villapol, que estaba herido en el hospital, supo lo que sucedía, presentándose en el lugar y recogiendo la espada de su padre muerto, tomó el mando de aquellos hombres y, después de varias cargas heroicas, logró desalojar a Boves de las casas que tenía, yéndose éste con un tiro en una pierna. Al propio tiempo, el Libertador dirigía una carga decisiva rechazando a Morales, quien, ya caída la noche, se retiró a sus posiciones en los cerros de enfrente.
En ese primer día de batalla las pérdidas de ambos bandos habían sido numerosas. Las calles y las cuestas de San Mateo quedaban llenas de muertos y heridos. Los hospitales estaban repletos. Los patriotas tuvieron 213 fuera de combate, entre éstos a los jefes Villapol y Campo Elías. Los realistas tenían muchos más, dada su situación de atacantes al descubierto (30) (**Ver nota 1**).
Aquella misma noche, en el oscuro camino de Villa de Cura, por el Pao de Zárate, unos hombres llevaban a Boves acostado sobre unas angarillas, con la pierna tinta de sangre. Morales quedó, mientras duraba la ausencia de Boves, como jefe absoluto del campo realista. Los días 1, 2 y 3 de marzo se pasaron sin ninguna novedad de importancia, excepción hecha de un cierto tiroteo de ambas partes y algunas bruscas salidas de los patriotas para impedir que los realistas tomaran agua del río Aragua. El día 2, por ejemplo, ocuparon los hombres de Bolívar unas posiciones ventajosas, que luego abandonaron, para provocar a 105 realistas al ataque, pero éstos no se movieron. Indudablemente no querían tomar ninguna iniciativa sin estar presente el verdadero jefe, espíritu y cuerpo de aquel ejército. La ausencia de Boves se notaba en la poca actividad y entusiasmo de los llaneros, quienes pasaron todos esos días en medio de una completa apatía. El día 4, a excepción de ciertas provocaciones que repitieron los patriotas, no hubo nada de particular. El 5 y el 6 pasaron de la misma manera, tiroteos, calmas, intentonas de combate, retiradas. Fue solamente ese día que los patriotas, notando la inacostumbrada flojedad de sus enemigos, preguntaron a un prisionero y supieron la verdad. En el boletín de ese día decían: "Boves fue herido gravemente en un muslo el día 28, haciéndose conducir en la misma hora a la Villa de Cura, donde se halla incurable" (31).
Al menos, si no estaba incurable, los patriotas iban a hacer lo posible porque lo estuviera. Bolívar, hombre práctico antes que todo, se daba perfecta cuenta de que el peligro de la República residía principalmente en Boves. Prueba de esto eran los días que ya habían pasado los realistas sumidos en una triste quietud, sin ningún apetito para

la lucha. Desapareciendo Boves, se eliminaba el único obstáculo verdaderamente poderoso para la Independencia de Venezuela. De aquí que Bolívar decidiese hacer por sí mismo lo que el tiro no había podido lograr, "por lo que llegó a formar el proyecto atrevido de apoderarse de Boves en la Villa de Cura, donde, según le habían dicho, estaba acompañado de muy pocos. Para ello puso los ojos en un oficial llamado Manuel Sedeño, valeroso en sumo grado y obediente, al cual confió veinte hombres escogidos y el encargo, arduo por cierto, de sorprender al antiguo pirata entre los suyos" (32).
La expedición fracasó porque los hombres se desbandaron a mitad del camino de Villa de Cura que conduela por el Pao de Zárate, pretextando que los caballos estaban "despeados". Pero lo cierto es que ya sabían que Boves estaba prevenido esperándolos. Este había logrado averiguar que uno de los suyos había escrito a Bolívar dándole detalles sobre el lugar donde se hallaba y del número de hombres que le cuidaban. Por eso, en una carta que dirige el 15 de marzo a los patriotas, dice: "Venid a mí, os ofrezco la seguridad de Vuestras Vidas y la protección de mis armas, dándoos por prueba de mi generosa Indulgencia la que he usado con los que de vosotros se han pasado a este Exército, y aun con el que tomó la pluma para avisar a Bolívar que yo estaba postrado de mis heridas en la Villa de Cura con sólo el resguardo de Lanzas. Ya me llevará allá ese guapo de Zedeño, destinado a sorprenderme con el práctico de Salceda" (33) (**Ver nota 2**) .
El 9 de marzo llegaba la noticia al Libertador de que Rosete, al mando de una nueva insurrección, había ocupado Ocumare, a la cual había saqueado (**Ver nota 3**), matando a la mayor parte de los habitantes que habían podido salvarse la primera vez. Esta infortunada ciudad parecía ser la eterna víctima del pulpero de Taguay.
Mientras tanto, en San Mateo continuaba la lucha de la misma manera, pequeños ataques, conatos de ofensivas, retiradas, etc. El 20 oyen los patriotas que en el campo realista hay gran movimiento y vocerío. Eran las tropas llaneras que aclamaban a Boves, que, restablecido ya de sus heridas, volvía a la batalla (34). El mismo día renovó las cargas formidables. "La falta de municiones impidió, empero, que fuesen de grave consecuencia, pues nada podía su valor -dice Baralt-, ni el de su gente contra los parapetos en que Bolívar oponía a sus lanzas un 'fuego horrible de cañón y de fusil." Pero, en cambio, el mismo Bolívar estaba menos firme en sus posiciones, pues había enviado a Mariano Montilla, con 300 hombres, a pelear a Rosete. Si a este número le rebajamos otros trescientos muertos y heridos en esos días, tenemos que al ejército Libertador no le quedaban más de 1.500 soldados que oponer a los seis mil y tantos de Boves. El 25, Boves ordena un asalto general a las posiciones patriotas, y mientras el tiroteo se hace más fuerte, Morales, con el propósito de sorprender al ejército Libertador por la espalda, se dirige por la quebrada de Pipe, sube al cerro, "y luego, al llegar a su cima, ve que debajo le queda la casa de la Hacienda, y conociendo bien Morales que allí estaba todo el parque y el polvorín, decide tomarlo. "El trapiche de Bolívar -escribe el propio Morales-, muy fortificado, lo tomé por asalto, y sus defensores se volaron" (35). Era Ricaurte el que había hecho esta acción heroica (**Ver nota 4**). Los realistas continuaron descendiendo del cerro hasta que llegaron al trapiche, situado ya en el valle, a la orilla del camino. De ahí decidieron atacar la trinchera de Bolívar por detrás, cargando a Cantarranas; pero, a pesar de que hicieron todo lo posible para sacar al Libertador de sus posiciones, éste los rechazó, haciéndoles montar a la casa de la Hacienda. Pero hasta allá los persiguió Bolívar en persona, quien, después de tres furiosos ataques, la recuperó. Eran ya las cinco de la tarde cuando los realistas, cruzando el cerro, volvían a sus posiciones. El combate ese día había durado nueve horas sin ninguna interrupción (36).
Al propio tiempo, sabía Bolívar que Mariño venía por Los Llanos al mando de un gran

ejército para atacar a Boves por la espalda. Montilla lo había visto cuando con el célebre Ribas había derrotado a Rosete en Ocumare. Por esta razón no quiso Bolívar dejar sus posiciones para tomar una ofensiva contra Boves, para no exponerse así a un posible descalabro.
Boves, por su parte, ya no tenía prácticamente municiones, sólo le quedaban cinco cartuchos por soldado. El día 30, sabiendo también que Mariño venía por San Juan de los Morros, levantó el sitio y se fue a Villa de Cura (37).
Allí supo que Mariño seguía vía La Puerta, y se le adelantó entonces, encontrando al Libertador Oriental en un sitio denominado Bocachica, un poco más acá de. La Puerta. El combate duró desde las nueve de la mañana a las cuatro de la tarde, siendo particularmente recio (38). Boves, siempre a la cabeza de sus lanceros, atacaba sin descanso, pero "por más esfuerzos de valor que hizo Boves -declara Morales-, ya restablecido, y mis tropas, la absoluta falta de municiones nos obligó a replegamos sobre la ciudad de Nueva Valencia, que a la sazón atacaban las tropas venidas de Coro y Apure" (39). Mariño no se atrevió a perseguir a los realistas, pues su ejército carecía de buenos caballos, y la mayor parte venían montados en mula.
Conociendo El Libertador por sus avanzadas que Boves había sido derrotado, envió varios destacamentos en su persecución, logrando molestar la retaguardia realista en varias oportunidades, rescatando multitud de familias patriotas que llevaba como rehenes, además de un cuantioso material.
Boves, en su camino por el lado sur del Lago, vía Güigüe, llegó a Valencia, reuniéndose con ías tropas de Cajigal y Cevallos que estaban asediando la heroica ciudad de Cabriales. Entonces supo Boves que Cajigal era el Capitán General de Venezuela. Comunicó a los jefes realistas su situación y les dejó toda su tropa, marchándose en seguida para Los Llanos a preparar otro ejército. Cajigal y Cevallos, sabiendo que Bolívar venía ya cerca, levantaron el sitio, dirigiéndose a San Carlos. Ahí se dieron cuenta de que la mayor parte de los hombres que les dejara Boves habían desertado, pues éstos no estaban dispuestos a hacer la guerra con oficiales extraños a ellos, escapando todos a Los Llanos a engrosar las filas de Boves. Mariño, que venía a hacer frente a estos generales, fue derrotado en el Arao, teniendo entonces Bolívar que acudir en auxilio de Mariño, y entre los dos derrotar a los españoles en la primera Batalla de Carabobo.
A pesar de que la situación parecía más ventajosa para los patriotas, no era del todo así. La gente sabía que Boves preparaba un gran ejército para dar el ataque decisivo al centro y acabar con la República. "La Gaceta de Caracas" de aquellos días comentaba espantada: "Boves ha levantado toda la esclavitud de Los Llanos. Boves los ha hecho militares, y con la pretendida libertad los ha hecho cometer los actos más atroces y los asesinatos más inicuos. Desde Calabozo hasta las extremidades de Apure, y desde los confines de Barcelona hasta Calabozo, ha subvertido todas las esclavitudes que formaban la mayor parte de su ejército. No hay una sola hacienda de ganado cuyos esclavos no hayan sido forzados a militar en el ejército de este bandido... Más de cien hacendados podrán dar certificados, jurados en forma, de los esclavos que les han sublevado Boves y Rosete" (40).
La actividad de Boves era asombrosa. Este hombre de voluntad de hierro, este caudillo de recursos inagotables, logra reunir bajo la poderosa atracción de su lanza exterminadora a más de siete mil hombres, siete mil caballos, siete mil lanzas que están dispuestas a sacar al aire las entrañas más profundas de la República, siete mil caballos que sólo esperan la pernada del jinete para aplastar con sus cascos toda la superficie de aquella sociedad clasista, siete mil zambos, negros y mulatos que esperan la señal del contrabandista para ir a degollar, a quemar, a violar, a destruir todo lo destruible, y en

medio de ese charco de sangre echar inconscientemente las bases de una sociedad igualitaria. Tal era lo que había logrado Atila en poco menos de dos meses después de haber sido derrotado.
La tranquilidad republicana es sólo ficticia. Alrededor de Caracas hay un silencio terrible. De soledad inacostumbrada, de miedo. No llegan casi noticias, pues la mayor parte de los pueblos están en contra de los patriotas y nadie quiere servir de espía contra Boves. Las escasas tropas de la República tienen que ir en grupos, pues están expuestas a ser atacadas por franco tiradores. "Los patriotas, en los puntos que ocupaban en el Occidente -escribe el General Urdaneta-, no podían contar más que con el territorio que pisaban materialmente sus tropas, teniendo contra sí todos los pueblos, en términos que hasta el forraje debía hacerse como al frente del enemigo" (41).
Los pardos, aun dentro del campo republicano, cometían los más grandes excesos, asesinaban en la oscuridad a los que eran patriotas, saboteaban las órdenes, destruían los pertrechos. Muchos robaban lo que podían encontrar, y luego se marchaban al lado de Boves, a engrosar las anárquicas filas del movimiento popular. El 4 de mayo escribe un patriota a un amigo, diciéndole que "Fernando Noguera acaudilla la facción de Morón apoyado en la inmediata de Domingo Rengife de Urama. Este último penetró de noche en San Esteban y asesinó a don Antonio Gómez. Ambos son pardos que han jurado matar a todos los blancos. Hilario Blanco tiene otra facción en Aguierre Antonio Toro ha arrasado las posesiones de la Sierra y el Pao, y desde este punto ha marchado a reunirse a Boves. Las guerrillas de los Naranjos, batidas varias veces por el capitán Mateo Salcedo, han vuelto a renacer cada vez más amenazadoras, y lo mismo la de Guacara de José Ruiz, apoyadas todas en multitud de partidas que andan robando y matando a su antojo. Nuestras columnas pueden mantener expeditas las comunicaciones principales" (42). Bolívar, desde Caracas, dice en ese mismo mes de mayo de 1814, precursor de tantas destrucciones: "terribles días estamos atravesando; la sangre corre a torrentes; han desaparecido los tres siglos de cultura, de ilustración y de industria; por todas partes aparecen ruinas de la naturaleza o de la guerra; parece que todos los males se han desencadenado sobre nuestros desgraciados pueblos"; y agrega más adelante, quizás para enmendar un poco sus impresiones pesimistas: "por su exceso mismo nos indica que van a cesar" (43). El robo se hacía tan en grande escala, que el mismo Mariño, que esperaba sus trajes y uniforme, supo la noticia que se los habían robado en el camino de Valencia una partida de insurrectos (44).
Al propio tiempo, Bolívar se preparaba al ataque, creyendo siempre en una victoria segura. Pero si Bolívar era optimista, como siempre lo fue en todo momento y circunstancia, el pueblo de Caracas era pesimista. Una mortandad de niños se presentó de pronto, ensombreciendo el espíritu ya decaído de los caraqueños. Diariamente morían un mínimo de doce a trece niños. Un testigo vio enterrar trescientos en el Convento de San Francisco (45). Los hombres escaseaban. Ribas, en su defensa de La Victoria, había tenido que' echarle mano a los mismos estudiantes, acabando así con los últimos restos de una posible defensa de Caracas. Al mismo tiempo, los víveres no eran abundantes, pues los valles del Tuy y Los Llanos no mandaban ninguna clase de provisiones. En armas, la pobreza era total. Caballería, no tenían. De infantería, sólo se podía atacar a campaña un pelotón indisciplinado de reclutas, que en el fondo estaban con los enemigos y no querían nada con la Patria. Por tales motivos, a los patriotas no les quedaba otro recurso que exponerse a una batalla de vida o muerte, definitiva, para que la situación se aclarara de una vez por todas. Y esa batalla necesaria fue La Puerta.
Ya Mariño estaba vigilando la garganta que a Los Llanos, cuando el martes 14 de junio de 1814 Bolívar se puso en marcha a reunírsele, pues ya conocía que Boves había dejado a San Juan de Los Morros y marchaba hacia el centro. Un médico que dejó La

Victoria ese día vio cuando Bolívar venía bajando de Caracas por Boquerón, optimista y confiando siempre en el triunfo, "todo era regocijo y animación en aquella pléyade; El Libertador animándolo todo, examinando y saludando a los enfermos que me acompañaban" (46).
Al día siguiente, miércoles 15, se debían reunir los dos libertadores, comenzando casi de inmediato esa espantosa batalla, fatal para la segunda República. De la batalla en sí, se sabe poco a ciencia cierta (**Ver nota 5**). Sólo conocemos que Mariño y Bolívar creyeron triunfar como lo habían hecho en San Mateo, atrincherándose en cerros y fusilando desde allí la caballería enemiga. Pero este excelente plan, el único indicado para la campaña, no dio resultado. Boves traía, además de su numeroso ejército montado, a varios batallones de infantes, pues ya escaldado con la derrota pasada, no quería que La Puerta fuese para él un segundo San Mateo. De aquí, pues, que la batalla no se iba a realizar como lo esperaban los patriotas. Ya era un grave contratiempo. La infantería realista empezó el ataque, quedándose escondida la caballería en las depresiones del terreno, esperando un momento oportuno para salir y derrotar al enemigo.
En una de las cargas infructuosas de los soldados de Boves, pues todas iban siendo rechazadas, Bolívar decidió que salieran sus hombres a contraatacar. Ese era el momento esperado por Boves. Una vez que éste ve que Bolívar despacha su caballería para perseguir a los soldados realistas, da la señal a sus escuadrones de lanceros, escondidos, y éstos salen a toda carrera, lanza en ristre, contra la escuálida caballería enemiga. Estos, cuando ven venir esa formidable oleada, se vuelven en desbandada, provocando el pánico en las filas patriotas. Los batallones de infantería realista atacaban también al propio tiempo los cerros donde estaban las baterías. La matanza fue espantosa. Bolívar se salvó con unos diez compañeros gracias a la ligereza de sus caballos, dejando todo su equipaje y sus secretarios, los cuales fueron asesinados. Mariño tuvo que huir solo y en un caballo que no era el suyo. Serían ya un poco más de las seis de la tarde cuando sucedió esta catástrofe (**Ver nota 6**).
A las nueve y media de la noche llegaba Bolívar a La Victoria. Allí, sin poder descansar ni mucho menos dormir, se sienta en un viejo escritorio y, a la luz de una vela, escribe entristecido, pero todavía lleno de ese optimismo y esa esperanza que siempre le acompañaron a todas partes, y que hicieron de él Libertador de medio continente, el parte de la batalla:
"A las dos de este día ha huido cobardemente nuestra caballería en la acción de La Puerta, donde hemos encontrado hoya las tropas de Boves, cuya infantería no pasa de ochocientos hombres, mitad fusileros, y la otra de lanza, con mil y pico de caballos y dos piezas de artillería. Las posiciones que ocupábamos eran ventajosas para nuestra infantería. Se ha batido como acostumbra, divinamente, y deberá salir íntegra a esta villa, porque no ha sufrido la menor pérdida. Sin embargo, el campo y nuestra artillería han quedado por el enemigo, porque la fuga de nuestra caballería nos ha obligado a padecer esta pérdida. El enemigo, aunque muy despreciable, debe aumentarse y animarse con esta victoria, y así es absolutamente necesario agotar todos los recursos de la República para salvarla de la presente situación. Es necesario manifestar al público cómo esta pequeña desgracia ha puesto a la patria en un inminente peligro si no levantamos a 2.000 caballos en esa ciudad y sus alrededores, montados por la flor de la juventud de Caracas, que es la única que tiene opinión; que todos los ciudadanos deben dar, no solamente sus caballos o mulas aperadas, sino también todo el dinero, armas y vestidos que tengan, y aun los sirvientes y esclavos, siempre que sea necesario, o prepararse a recibir la afrenta, la esclavitud y la muerte del más abominable de todos los monstruos, cuya audacia y actividad debemos temer, si con la última celeridad no

levantamos otro ejército que pueda contenerlo. De cuantos golpes ha recibido la Patria, ninguno es más pequeño que éste, pero ninguno es más fatal. Boves puede penetrar hasta Caracas sin obstáculo, por la distancia a que se hallan nuestras fuerzas de Occidente, porque con nuestra infantería no podemos contar en tres días, que debe gastar en el tránsito de La Puerta aquí, por las serranías de Cairara y el Pao. El enemigo ha variado de divisa, y hace uso de la blanca; lo comunico a V. E. para que lo haga saber al público. Hará V. E. venir inmediatamente de La Guaira, el Tuy y Patrullas todos los fusiles para defender la ciudad en caso de ser atacada. También hará construir todas las municiones que puedan y lanzas. Yo pasaré a esa ciudad, quizás mañana, a organizar la fuerza que debe salvar a la República.
Dios, etc. La Victoria, junio de 1814, a las doce de la noche.-SIMÓN BOLÍVAR."

En realidad, El Libertador más que ninguno sabía que las consecuencias de la batalla iban a ser desastrosas para la República. Que el último recurso que le quedaba a la Patria era morir peleando en forma desesperada. Por eso, en este contradictorio parte trata de disimular en lo posible la verdadera situación, para no dar la noticia en toda su amarga realidad y cortar de una vez por todas las esperanzas de los patriotas.
Al mismo tiempo se observa en el parte que El Libertador ha repetido la triste experiencia de ver su caballería derrotada; por eso dice "ha huido cobardemente", y recomienda que el triunfo sólo se puede lograr con una caballería montada "por la flor de la juventud", esto es, 'con la "gente bien" de Caracas, tal como había hecho Ribas en La Victoria, porque, según su parecer, esta gente es "la única que tiene opinión". En cierta manera, Bolívar no se equivocaba. Da, para terminar, el aviso que los realistas han usado la bandera blanca en esta batalla, quizás para confundir a los patriotas. En efecto, Boves no cambió definitivamente de divisa, pues luego en Oriente volverá a exhibir su célebre bandera negra, que tanta fama le había dado (47).
Aquella madrugada, un correo salía a todo escape para Caracas a llevar la infausta noticia.
Boves también escribió su parte en La Victoria, un día después de haber salido Bolívar:
(Al Ministerio de Indias)
"Excmo. Señor:
El 15 del corriente se me avisó por las descubiertas que los rebeldes se hallaban formados en lOS campos de La Puerta. Inmediatamente hice formar mis tropas; las arengué, señalándoles el paraje por donde debían marchar a la Victoria. Observé la posición ventajosa que tenían los revolucionarios en todas las alturas, con quebradas por derecha e izquierda, que les servían de emboscada, resguardada la infantería y la caballería por otro cerrito, en donde estaban montadas ocho piezas de cañón de bronce del calibre de a cuatro y un obús de nueve pulgadas, mandadas por el infame español Diego Jalón, comandante general de aquel ramo.
Formé inmediatamente la línea, y dispuse atacarlos, mandando avanzar a los valientes capitán don Juan Viso y comandante de cazadores don Nicolás López, y al acreditado e intrépido don Julián Poncho, capitán de una de aquellas compañías, por derecha e izquierda de los cerros, apoyados por la caballería. El batallón del Rey, su comandante, el teniente don Tomás Morales, marcharon por el centro, y yo con la caballería les corté la retirada. A pesar del vivo fuego de bala rasa y metralla que me dirigían a un tiempo los enemigos, toda mi tropa con el mayor valor e intrepidez tomó las alturas, pasando a cuchillo a todos los que se hallaron con las armas en la mano. Nueve piezas de artillería, 1.300 fusiles, toda su caballería, ganados, botiquín, banderas revolucionarias, cajas de guerra, y lo de más que conducía ha quedado en mi poder. La acción duró dos horas y media: la pérdida mía es de cuarenta muertos y cincuenta heridos; pero de los revoltosos

han quedado muy pocos, aunque su número total era de 3.000 hombres, al mando de los libertadores Bolívar y Mariño, y me aseguran que éste último ha muerto, porque se ha encontrado su caballo aparejado.
Mis fuerzas consistían en igual número. Todos los oficiales, sargentos, y soldados han llenado su deber, se han cubierto de gloria por segunda vez en dicho campo, y son dignos de premio. En otra ocasión pasaré a manos de V. E. una relación de los que más sobresalieron en la acción.
Yo he salido levemente herido en una pierna y muerto mi caballo de un balazo. He tomado posesión del pueblo de La -Victoria, y resuelvo marchar al punto de la Cabrera, a fin de acabar con Bolívar, que ha pasado por esta Villa con el objeto de reunir toda su fuerza en aquel punto y en Valencia, y con este golpe ofrezco quedará esta Provincia pacífica.
Nuestro Señor guarde a V. E. muchos años.
Cuartel general de La Victoria, 17 de junio de 1814.
JOSÉ TOMÁS BOVES" (48).
Este parte estaba escrito varias horas después de haber hecho el suyo El Libertador. Boves, el día anterior 16, había fusilado en Villa de Cura, después del almuerzo, al Coronel Diego J alón quien tuvo la desgracia de haber caído vivo en manos de los realistas (49) (**Ver nota 7**).
Bolívar, al amanecer del día 16, siguió con sus hombres a Caracas. Por el camino, ya llegando a Los Teques, se encontró con el mismo médico, que, ya de vuelta de haber dejado sus enfermos iba a La Victoria a hacerse cargo del hospital. Este mismo nos cuenta el aspecto apocalíptico de los derrotados. "Bolívar venía ardiendo en una mula, sombrero de palma, calzón paréceme de ese género que hoy llamamos rompe espinas, siguiéndole el Turco, con un caballo al diestro." Bolívar al verle le pregunta: "¿Dónde va usted?, regreso de mi comisión, contestó el médico. ¿Y qué, no se sabe nada en Caracas? No, ninguna novedad. Devuélvase usted que más vale morir por la Patria que ser soldados de Boves, a lo que agregó el Turco, su edecán, si no le diera a usted cuatro lanzazos. En efecto me devolví con El Libertador y entramos en la ciudad" (50).
Bolívar era el primero en llegar a Caracas, el sábado 18 debía llegar Mariño, Bermúdez y Váldez cada quien por diferentes caminos y sin saber nada a ciencia cierta uno de otro. De los 3.000 hombres que tenían los patriotas sólo aparecieron doscientos con 90 mosquetes, una semana después del encuentro (51).
Caracas al conocer la espantosa noticia del triunfo de Boves iba a ser víctima del peor de todos los males, del terror.

Notas

1) «La bala que mató al coronel Villapol atravesó primero la copa del sombrero de nuestro compatriota el coronel Blanco, que estaba sentado a su derecha sobre un cajón de pertrechos: estándolo aquél a mayor altura, partiendo ambos una galleta para desayunarse en aquella hora en que acababa de enviárseles por ración del día puro pan; pero aquel golpe fatal desconcertó al uno y terminó la gloriosa carrera del otro. (JOSÉ FÉLIX BLANCO, Bosquejo histórico de la Revolución venezolana. En Blanco y Azpúrua, tomo V, pág. 39).

2) En el Museo Histórico de San Mateo existe una puerta de armario que perteneció a la casa donde éste curó su herida; sobre la puerta hay una lámina de plomo hecha con la bala que le fue extraída del muslo y una firma que dice «Boves».

3)Llegado Rosete a Ocumare fue invitado a almorzar en la casa del Sr. Vega, aristócrata lugareño, quien trataba por ese medio de aplacar al feroz guerrillero, «pero ni la santidad de la custodia ni la decencia de la familla Vega -dice Rojas- pudieron moderar los ímpetus salvajes de aquella pantera de forma humana. El almuerzo comenzó bien y todo auguraba feliz resultado, cuando Rosete, dominado por sus instintos, quiso ultrajar la respetable concurrencia de la mesa. Comienza, desde su asiento, a lanzar sobre el rostro de señores y señoras bolitas de pan en ademán burlesco. Las primeras fueron aceptadas, aunque el señor de la Vega manifestó repugnancia al juego; mas cuando la chanza continuó las señoras, una de éstas, armada de dignidad, se le encara al asesino, lo apostrofa y éste se levanta al instante de la mesa, sigue a la plaza y manda formar su tropa. El señor De la Vega huye y trata de escaparse en dirección del sitio campestre más cercano, y los demás invitados le imitan. Desde aquel fatal momento Rosete torna a su carrera de crímenes, sacrifica a don Diego Hurtado y a doña Juana Aristigueta, hace desollar la espalda y las plantas de los pies a don Domingo Maucó, le obllga a andar alrededor de la plaza del pueblo y en seguida le asesina. Eran los momentos en que el venerable Vega, alcanzado por una patrulla de Rosete, era igualmente sacrificado. (A. ROJAS, Leyendas históricas de Venezuela. Segunda serie, pág. 310).

4) A pesar de que existen muy pocas dudas para dejar de creer en el sacrificio del valiente Ricaurte, Perú de Lacroix, en su célebre diario, refiere que Bolívar le contó que Ricaurte murió el 25 de marzo del año 14 en la bajada de San Mateo, retirándose con los suyos; murió de un balazo y de un lanzazo, y lo encontré en dicha bajada tendido boca abajo, ya muerto y las espaldas quemadas por el sol» (L. PERÚ DE LACROIX, Diario de Bucaramanga. Edi. torial Ollendorff. París, 1912. Pág. 209).

5) Los realistas tejieron una versión muy curiosa que según ellos sucedió antes de la batalla de La Puerta. Fue ésta que Boves, para evitar derramamiento de sangre, se acercó a caballo y con su lanza hasta las filas patriotas, y allí. como solía usarse en aquella época, desafió personalmente a Bolívar a un combate singular. Los que repiten este hecho no comprobado son: El padre Juan Antonio Rojas Queipo, quien predicando en las exequias de Boves dijo: El jefe realista se había dirigido al Libertador diciéndole: «Bolívar, si quieres dar prueba de valiente y evitar la efusión de sangre humana, ven a lidiar mano a mano conmigo. y el ejército cuyo jefe fuere vencido será entregado al vencedor. Tembló Bolívar, y no aceptó el partido, contestando con una descarga de fusiles y cañones. («Blanco y Azpúrua», tomo V, pág. 71). Por su parte, J. D. Días refiere que «la batalla comenzó por un desafío personal que el comandante Boves propuso a su enemigo y que éste despreció. (JOSÉ DOMINGO DÍAS, Recuerdos, etc., pág. 167). También el inglés Flinter recogió el rumor un año después: «Antes de la acción, Boves avanzó al frente de sus hombres y propuso a Bolívar decidir el encuentro del día solamente entre ellos dos mediante un combate singular, el cual pareció aceptar Bolívar, pero en el momento en que avanzaba Boves cierta distancia, éste (Bolívar), de una manera pérfida, ordenó el fuego de su mosquetería, pero a pesar de esto no dieron en blanco». (Mayor FLINTER, A History of the Revolution of Caracas. London, 1819. Pág. 155)

6) En la «Gaceta de Caracas», José Domingo Díaz da estos datos interesantes si exceptuamos la frase «desamparó», pues a esa hora ya estaba todo oscurecido y no había nada más que hacer. Bolívar no desamparó a nadie sino que salió huyendo con los que pudieron salvarse a última hora: «En la segunda batalla de La Puerta desamparó al Ejército a las seis de la tarde, y a las nueve y media de la noche estaba en La Victoria,

corriendo en tres horas y media la distancia de diez leguas y media» («Gaceta de Caracas», núm. 19, del 7 de junio de 1815).

7) Ya habían ahorcado o fusilado a todos los prisioneros. cuando un edecán, por orden de Boves, se acerca a Jalón y le dice: «El general le invita a usted a que le acompañe a la mesa». Jalón es conducido y se sienta, comprendiendo quizá, con el corazón transido de dolor. todo el sarcasmo de aquella invitación. Durante la comida Boves le dirige la palabra sin insultarle, mostrando aquella dulzura del carnicero que acaricia la oveja que va a sacrificar. Al concluir la comida se pone Boves en pie, síguenle los Invitados y entre éstos el coronel Jalón, cuando Boves, sonriendo, llama a uno de sus tenientes y con la mayor naturalidad le dice: «Fusilen a este insurgente». (A. ROJAS, Op. cit. segunda serie pág. 219).

IV. El terror

El terror. Esta palabra ha sido tan comúnmente empleada y repetida que ha perdido por completo su verdadero significado de horror poderoso y total. En mil pequeños incidentes de la vida cotidiana se usa, y se usa de tal manera, que ha llegado a quedar reducida a una expresión de simple emotividad. Por esta razón no nos podemos dar una idea de lo que fue el terror para aquella gente de Caracas en ese corto, pero largo lapso que va del 15 de junio al 7 de julio de 1814. Todo lo que podamos escribir y pintar es un pálido cuadro de lo que fue la realidad. En Caracas hubo terror de verdad cuando se supo que Boves venía sobre la ciudad, triunfante y sin encontrar obstáculos de ninguna naturaleza, y lo que era más desesperante para ellos, sin podérselos presentar y el balance que todos los caraqueños se imaginaban era terrible. Las niñas violadas, los hombres asesinados, las casas saqueadas, las iglesias quemadas, los aristócratas alanceados, las partes sexuales arrancadas, los esclavos convertidos en señores, las señoras vendidas y tratadas como esclavas, la sangre, la grosería, la nada.
En La Victoria, Boves, quizás debido a una mala información, decidió marchar contra La Cabrera y Valencia en lugar de ir a Caracas. Su nombre solo bastaría para que la espantada capital muriera mil veces mientras él terminase y viniera a tomarla. Por eso deja que crean que continúa su marcha sobre Caracas. Mientras tanto, destaca dos columnas para que hagan el trabajo que él no puede hacer. La gente se estremece en la ciudad. ¡Que viene Boves!
Una de las columnas queda al mando del canario Chepito González, quien en otra ocasión había' servido con los patriotas, y se dirige hacia Los Teques. Otra, dirigida por el zambo Machado tomaba el rumbo de Ocumare a sublevar a los esclavos por milésima vez. Así, Caracas, quedaba en una situación muy poco ventajosa.
Bolívar, desesperado, hace una patética llamada a los ingleses para que acudan en su socorro. Escribe una habilísima carta el 17 de junio, el mismo día de su llegada a Caracas, al Ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno de S. M. Británica, exponiéndole el peligro que para los intereses ingleses significaba la rebelión de los

esclavos, el mal ejemplo que esto podía ocasionar en las colonias del Caribe, y el sentido social que ello significaba. Le aclara que sus enemigos no son los españoles, con los que Inglaterra no está interesada en luchar, sino los negros, los terribles esclavos en insurrección, "nuestros enemigos no han perdonado medio alguno por infame y horrible que sea para llevar a cabo su empresa favorita. Han dado la libertad a nuestros pacíficos esclavos y puesto en fermentación las clases menos cultas de nuestros pueblos para que asesinen individualmente a nuestras mujeres y a nuestros tiernos hijos, al anciano respetable y al niño que aún no sabe hablar. Estas desgracias que afligen la Humanidad en estos países deben llamar por su propia conveniencia la atención del Gobierno de S. M. B. El ejemplo fatal de los esclavos y el odio del hombre de color contra el blanco, promovido y fomentado por nuestros enemigos, van a contagiar a todas las colonias inglesas, si con el tiempo no toman la parte que corresponde para atacar semejantes desórdenes" (52).
El Libertador queda jugar una última carta y comenzó a efectuar grandes huecos en las calles, trincheras y parapetos para defenderse como en una plaza fuerte. Encomendando hacer estos trabajos al maestro Francisco Herrera, el mismo que había arreglado la torre de la catedral cuando el terremoto.
Pero un nuevo peligro venía a asociarse a todos los demás. Los negros y pardos de Caracas empezaban a envalentonarse y daban signos muy claros de quererse sublevar. Bolívar viendo la gravedad de la situación convocó para el día 18 una asamblea en el viejo templo de San Francisco. Allí, en medio de rollizos angelillos y dorados confesionarios, se debía decidir el destino de la ciudad. Bolívar comenzó por renunciar todos sus cargos, ofreciendo ir a la lucha como un simple soldado y jurando obedecer a aquel que la asamblea designase como el más apto para hacer frente a las circunstancias. El General José Trinidad Morán es el mejor testigo de aquellos momentos plenos de duda y de terror. "Yo, testigo de esta escena calamitosa, arrimado a una columna del Convento de San Francisco y apoyado en mis muletas, niño aún, casi podía formarme un juicio de lo que era "el pueblo soberano deliberando". Mil candidatos se presentaron pretendiendo el mando supremo; los parientes y amigos del General Ribas hacían presente su fortuna en los campos de batalla, pero la masa del pueblo lo rechazaba; tres días llevábamos de estas reuniones populares sin que nadie se entendiera y al último ya no había quien discurriese con lógica, ni quien mandase, ni tampoco quien obedeciese. La capital de mi Patria era juguete de los partidos; la intriga y la cábala habían tomado el lugar del patriotismo; el populacho quería ya saqueo diciendo que todos los blancos eran godos, pero El Libertador los contuvo haciendo fusilar a dos que comenzaron esta "patriótica" ocupación. Hecho este ejemplar castigo se presentó Bolívar a la asamblea y le dio cuenta de la pena que había impuesto a los criminales; le hizo presente que él no era el jefe de la nación, pero que, como un general, estaba en el deber de no permitir desorden, lo que le trajo multitud de aplausos. Las deliberaciones y muchos despropósitos populares seguían, y si el orden no se alteraba en Caracas era debido a los mil soldados que le quedaban al Libertador, que obedecíamos y no deliberábamos, que éramos soldados y no tribunos" (51).
Algunas partidas de soldados patriotas salían por el camino de Antímano a Los Teques a presentar pequeñas batallas a los realistas. Dice Ducoudray-Holstein, no sé en qué fuente ha podido basarse, que habiendo Ribas rechazado 'en parte la columna de González cerca de Los Teques, "era necesario marchar rápidamente contra la segunda columna, que probablemente hubieran derrotado igualmente, pero Bolívar, descorazonado oyó las sugestiones de algunos amigos pusilánimes, y entró en conferencia con el arzobispo, quien habíase quedado en Caracas durante toda la Dictadura. Al General Ribas se le rogó asistir a esta conferencia, pero juzgó más digno

de su carácter ir a ponerse al frente de sus tropas que ir a consultar un prelado que era generalmente conocido por estar unido secretamente a los intereses de España" (54).
Mientras tanto, la situación era muy grave para los caraqueños. Muchas familias salían para La Guaira en busca de algún navío que les sacase lo más pronto posible del infierno al cual se verán condenadas. Por el camino de Sanchorquiz una vez más se vio desfilar parte de la ciudad, llevándose todo aquello que consideraba de más valor, o que guardaba algún recuerdo.
De esos momentos de intensa amargura nos quedan un puñado de cartas de Martín Tovar Ponte a su esposa, doña Rosa Galindo, que ha ido a refugiarse a La Guaira. Estas líneas nos expresan en medio de su gran naturalidad toda la tragedia de aquellas horas.
Veamos algunos párrafos importantes:
Caracas, junio 24 de 1814.
Mi amada Rosa, etc... Como no sé lo que podrá sucederme y tú al fin has de tener que liquidar y arreglar mi cuenta sobre Florencio y Elías con M. White he copiado de mis libros mi Cuenta con Manuela Esteves, etcétera ... Las cosas no tienen el mejor aspecto •(Reservado), tenemos pocos víveres y poca pólvora sin cuyos artículos es imposible que podamos defender y sostener esta ciudad, así es que una junta de guerra que tuvimos anoche acordamos que, desde luego, debían las mujeres, niños y viejos y hombres inútiles emigrar para Barcelona por los valles de Caucagua protegidos de una escolta militar. Ciertamente este es uno de los modos más seguros de salvar tantos infelices, pero con todo, atendiendo al número crecido de hijos que tenemos, a tu delicadeza y a lo largo y fragoso del camino en que tal vez perderíamos algunos, yo no he pensado en que tú emprendas semejante viaje a pie... habla con Brión y asegúrate de tu embarque... haz cuanto sea posible por embarcarte, mira que es el modo más cómodo y seguro con que puedes librarte de la furia de nuestros enemigos... Vuelvo a decirte que si manejas las cosas con viveza, ciertamente creo que lograrás embarcarte, pero con todo si sobreviene algún acontecimiento que yo no alcance y que te lo impida dejándote expuesta a los malvados, en este caso te aconsejo que antes que entren y te vean los enemigos te metas en lo más intrincado de un monte con todo lo necesario para que puedas vivir tres o cuatro días oculta. Es indispensable evitar en los primeros días el encuentro con semejantes hombres, que yo creo que no respetarán alma nacida.

MARTÍN TOVAR PONTE.

Caracas, junio 25.
... Sobre los enemigos se habla con variedad, ignoramos su cuartel general, pero no hay duda que los hay en La Victoria y en las Cocuizas, breve salimos a buscarlos...
MARTÍN TOVAR PONTE.

Caracas, junio 26.
Mi querida Rosa... Con las criadas Eusebia, Isabel, Socorro y Toribia te remito un pavo, dos gallinas, un cabrito, unas batatas, unos apios y dos papelones para que comas con mis hijos, procura que se gaste todo con mucha economía, pues ya conoces las dificultades que hay para enviar esas cosas... Como son muebles que tienen algún valor y son fáciles de llevar te remito los cuatro candeleros con su platillo y espabiladeras de hojilla que también pueden ser útiles, yo quisiera enviarte todo pero no hay tiempo...
Ahora se dice que el enemigo se va acercando, no sé si será verdad pero es muy probable, no hay que perder tiempo...

MARTÍN TOVAR PONTE.

Las Adjuntas, junio, 28.
Mi querida Rosa: el 25, por la mañana, salí de Caracas con el ejército; la infantería siguió y hoy creo que estará en Las Cocuizas sin ninguna resistencia; yo quedé aquí con la caballería y artillería, no sé cuándo me dirán que siga como tampoco cuáles son las ideas del General. Dios le dé prudencia porque si se empeña una acción general y la perdemos, adiós Patria, qué trabajos la aguardan.
MARTÍN TOVAR PONTE.

Las Adjuntas, junio 29.
Mi querida Rosa: Con cuánto dolor he recibido la tuya, hoy cuando veo que por un temor infundado tratas de no embarcarte pensando en hacer tu emigración por tierra hacia Barcelona, persuádete que los peligros que nos rodean son grandes y que si acaso que escapamos de ellos será haciendo los mayores esfuerzos de valor. La Cabrera ya la hemos perdido, y a la hora de esta tal vez Valencia. Así mismo creo que todos los caminos del interior hacia Barcelona están infestados de bandidos. Sálvate como te tengo prevenido, embarcándote... Resuélvete, pues, y hazme este último favor, mira que peligras porque el enemigo viene cometiendo las mayores maldades. Sálvate, sálvate...

MARTÍN TOVAR PONTE.

Caracas, 3 de julio de 1814.
Mi siempre querida Rosa: salud y libertad: ayer tarde llegué a esta ciudad con nuestro ejército que había avanzado hasta Las Cocuizas, donde dispersó como 200 a 400 enemigos que se hallaban allí habiéndoles matado cinco y quitándoles como cien mulas cargadas de papelón, aguardiente y otras frioleras... Yo, como habrás visto por mis cartas, no pasé de Las Adjuntas donde quedé mandando toda la caballería. El motivo que tuvimos para este repliegue no ha sido otro que el de reconcentrar nuestras fuerzas... luego que se nos reúnan las de D'Elhuyar, que como sabes se han ido a buscar a Ocumare de la Costa donde se replegaron ... he sabido que Boves, luego que tomó La Cabrera, pasó a sitiar a Valencia que se sostiene según dicen con mucho vigor. Dios lo permita como igualmente que nosotros lo podamos socorrer a tiempo, pues nos interesa mucho la suerte feliz de nuestros hermanos que si son tomados deben perecer a manos de nuestros bárbaros enemigos que no perdonan a nadie... No tengo ningún sosiego desde que llegué a ésta donde he sabido que aún permaneces en ésa, y que nuestro gobierno trata de que no se permita a nadie, incluso las mujeres y niños, poder emigrar, las razones en que se fundan para semejante resolución yo no las .se, pero en mi concepto, sean las que fueren, las juzgo bárbaras ...
MARTÍN TOVAR PONTE.

Caracas, julio 4.
Ayer te escribí largamente... en ella te hago ver cuánto importa que te embarques lo más breve, lo que nuevamente te encargo y suplico, persuádete que mi resolución en este particular no solamente es por temor a los enemigos sino principalmente por nosotros mismos, de buena fe te digo que el país está perdido y que entre poco tiempo puede estar en manos de los negros si Dios no lo remedia, puede que yo me engañe pero yo así lo creo... según se me ha dicho ha decretado la asamblea de San Francisco la libertad de todos los esclavos que tomen las armas como también que todos los bienes son comunes autorizando al ciudadano que se halle con necesidad, de tomar lo que quiera donde lo encuentre ... estamos en la anarquía más espantosa y horrorosa que es el mayor mal que puede sobrevenir a un pueblo... por mis mismos ojos he visto empezar a sufrir estas

consecuencias, digo he visto porque en mi marcha que sólo fue hasta Las Adjuntas he visto que tres soldados negros de los nuestros, con fusiles y lanzas arrancaron dos niñas hermosas e inocentes de las manos de sus padres, después de haber les quitado el poco dinero, gallinas y cochinos que tenían las forzaron y violaron como quisieron, llevándoselas al monte... Tales acontecimientos que deben ser frecuentes en el estado en que nos encontramos me estremecen ..
MARTÍN TOVAR PONTE.
Caracas, julio 5.
Espero con ansias la noticia de que ya te has embarcado, no por temores de que Boves tome esta ciudad, sino porque preveo que este país ya no lo compone nadie; yo creo (Reservado), que vamos a caer en manos de los negros.
MARTÍN TOVAR PONTE.

Caracas, julio 5.
Ahora son las ocho de la noche, acaba de llegar el parte de nuestras avanzadas que el enemigo en número de 800 se acerca a Las Adjuntas, como igualmente que en los Anaucos, camino del Tuy abajo, se han dejado ver como otros 400, ambas partidas compuestas de fusileros y caballería; semejantes partes parecen no dejan ninguna duda de que entre uno o dos días nos estaremos batiendo en esta ciudad o en sus inmediaciones; en este supuesto te suplico, te ruego y te encargo encarecidamente que luego que recibas ésta sin pérdida de un momento te embarques en la goleta de Brión... Me parece que debes guardar mucha reserva para embarcarte, esto es, que no te despidas ni lo digas a nadie..., pues ya tú habrás oído que el populacho no deja de hablar que es preciso que todos mueran y aunque esto es una barbaridad con todo es pueblo y prudente temerlo...
MARTÍN TOVAR PONTE.

Caracas, julio 5 (a las doce de la noche).
A las ocho de la noche te escribí diciéndote que teníamos los enemigos en Las Adjuntas ... si demoras tu embarque después quién sabe si tendrás tiempo para verificarlo... según una orden que se me acaba de comunicar, a las cinco de la mañana marcharemos a encontrar los enemigos. Dios nos dé fortuna... (**Ver Nota 1**)
MARTÍN TOVAR PONTE. (55)
El desorden en la ciudad es total. Todo es permitido. La gente hace lo que le viene en gana. Nadie obedece ni nadie manda. El egoísmo impera, todos tratan de fugarse sin ocuparse del prójimo. Una defensa de la ciudad en tales condiciones era una locura. Bolívar lo comprende así.
En el camino de La Guaira no se podía materialmente transitar, estaba repleto de gente desesperada, en el puerto no había embarcaciones suficientes para todo el mundo. Un extranjero que trataba también de embarcarse, cuenta que "pocas embarcaciones se encontraban en el puerto de La Guaira; sólo algunos pocos desgraciados llegaron a embarcarse. Aquellos que se quedaron fueron implacablemente masacrados. La raza africana se libró a toda clase de excesos, y en La Guaira los negros comenzaron la matanza antes de la llegada de las tropas. Los que se embarcaron no tuvieron tiempo de tomar provisiones: varios murieron en alta mar faltos de alimentos; aquellos que tuvieron la felicidad de sobrevivir llegaron a Curazao, después de haber tratado vanamente de remontar a Cumaná" (56).
Los ingleses residentes en Caracas y La Guaira habían logrado embarcarse algunos días antes gracias al Gobierno británico que envió buques apropiados para su salida.
El Libertador, viendo que era imposible la defensa de la ciudad como él bien lo deseaba,

decidió la emigración a Oriente. El día 6 de julio, muy temprano, cuando ya se tenía la certeza que el enemigo entraría en la ciudad de un momento a otro, la mayor parte de los caraqueños salieron por el Anauco, hacia el este. "El camino que llaman de Sabana Grande o Chacao estuvo todo el día cubierto de una columna de todas clases y edades que huían despavoridas a pie y cargando cada cual con lo que podía... quedaron sólo las monjas de los dos conventos de la Concepción y del Carmen, algunos frailes, el arzobispo y, a su ejemplo, los canónigos y como cuatro o cinco mil personas que tuvieron resolución para esperar la' muerte en sus casas" (57).
"Veinte mil personas de ambos sexos y de todas las edades, escribe Trinidad Morán que iba con ellos, seguían nuestros pasos; casi toda esta emigración iba a pie y como el camino de las montañas de Capaya hacia Barcelona es lo más fragoso que se pueda imaginar, consternaba ver señoras delicadas que no habían conocido la adversidad y que habían vivido en la abundancia y los goces, marchar con el lodo a las rodillas sacando fuerzas de flaqueza, para salvar su honor y su vida amenazados por la horda de facinerosos que acaudillaba Boves. Nuestras tropas les proporcionaban para aliviarlos cuanto estaba en nuestras manos, pero era imposible hacerlo con todos en una emigración tan numerosa y muchos perecieron de hambre y de cansancio, ahogados en los ríos o devorados por las fieras que abundan en aquellos bosques" (58).
En Caracas no quedaban sino los inválidos, los realistas y los que querían jugarse el todo por el todo. Las calles estaban desiertas. Las casas con las puertas abiertas y sin un alma viviente. Todo en calma. Parecía un inmenso sepulcro. Alguno que otro transeúnte con su talego al hombro iba hacia Oriente, con paso apresurado. Bolívar fue el último en abandonar la ciudad.

Nota

1) Aquí termina esta elocuente correspondencia. Doña Rosa no pudo embarcarse para el extranjero ni don Martín salió en la emigración fe Oriente. Habiéndose quedado en Caracas cuando la entrada de Boves, gracias a un fiel esclavo llamado Manuelote pudo esconderse en Catia, en una casa que estaba en ruinas después del terremoto. Allí pasó algún tiempo; luego, acompañado de Manuelote y la mujer de éste estuvo en Sanchorquiz, en un rancho y de ahí a La Guayra y al extranjero. Su señora esposa pasó toda la ocupación vigilada («EI Cojo Ilustrado», n. 98, del 15 de enero de 1896. Tradiciones épicas de Eduardo Blanco. Pág. 86)

BIBLIOGRAFIA DEL CAPITULO QUINTO
1. VICENTE LEC UNA, Crónica razonada de las guerras de Bolívar. En tres vols. Colonial Press. Inc. New York. Tomo 1, página 169.
2. JOSÉ DOMINGO DÍAZ, Recuerdos sobre la rebelión de Caracas. Imp. de León Amarita. Madrid, 1829. Pág. 91.
3. A. VALDIVIESO MONTAÑO, José Tomás Boves. Edit. La Esfera. Caracas, 1931. Pág. 55.
4. VICENTE LECUNA, Op. Cit, pág. 182.
5. «Gaceta de Caracas». del 3 de enero de 1814.
6. Memorias del general O'Leary, traducidas del inglés por su hijo Simón B. O'Leary. Por orden del general Guzmán Blanco. Imprenta Monitor. Caracas, 1883. Parte correspondiente a los Documentos, tomo XII, pág. 422.
7. Memorias del general O'Leary. Op. Cit, pág. 431.
8. VICENTE LECUNA, La guerra a muerte. «Boletín de la Academia de la Historia», n. 71, pág. 260.

9. ALFREDO GUINASI MORÁN, El general Trinidad Morán. Tip. La Merced. Arequipa, 1918. Pág. 25.
10. MARIAKO TORREKTE, Historia de la Revolución Hispano-Americana. Imprenta de León Amarita. Madrid, 1829. En tres vols. Tomo II, pág. 73.
11. Memorias del general O'Leary. Op. Cit, pág. 432 (tomo XIII).
12. Memorias del general O'Leary. Op. Cit, pág. 432 (tomo XIII).
13. VICENTE LECUNA, La guerra a muerte. Op. Cit, pág. 261.
14. «Gaceta de Caracas», n. 15, del 10 de febrero de 1814.
15. H. POUDENX. Mémoire pour servir d l'Histoire de la Révolution de la Capitainerie Générale de Caracas. De l'Abdication de Charles IV jusqu'au mois d'aout 1814. París, 1825. Página 102.
16. «Gaceta de Caracas». n. 14, del 2 de mayo de 1814, págs. 120 y 121.
17. Boletín de la Academia de la Historia., n. 70, pág. 303.
18. W. ROBINSON, Remarques sur les Déltastres des Provinces de Caracas. Imp. de Chaumerot Jeune. París, 1817. Pág. 178. 19.
19. RAMÓN Azpúrua, Biografía de hombres notables de Hispanoamérica. En cuatro vals. Imprenta Nacional. Caracas: 1877, Tomo II, pág. 140.
20. «Gaceta de Caracas», n. 58, del 14 de abril de 1814.
21. RAFAEL MARÍA BARALT y RAMÓN DÍAZ, Resumen de la Historia de Venezuela. Imprenta de H. Fournier. París, 1841. Página 185 (2 vols.), tomo 1.
22. JUAN VICENTE GONZALEZ, Biografía de José Félix Ribas. Editorial América. Ayacucho. Madrid, 1917. Pág. 178.
23. ARÍSTIDES ROJAS, Leyendas históricas de Venezuela. Imprenta La Patria. Caracas, 1890. Segunda serie. Pág. 304.
24. JUAN VICENTE GONZÁLEZ, Op. Cit págs. 170 a 175.
25. «Correo del Orinoco», n. 10, de 29 de agosto de 1818. Exposición de la mediación entre España y América.
26. «Gaceta de Caracas», n. 69, del 23 de marzo de 1814.
27. «Gaceta de Caracas., n. 41, del 14 de febrero de 1814.
28. VICENTE LECUNA, Crónica razonada, etc. Op. Cit, pág. 226, tomo I
29. Boletines del Ejército Libertador. «Boletín de la Academia de la Historia», n. 19, pág. 736.
30. «Boletín del Ejército Libertador», n. 726. JOSÉ MARÍA BARALT y RAMÓN DÍAS, Op. Cit, pág. 495, tomo I
31. «Boletín del Ejército Libertador», n. 730.
32. RAFAEL MARÍA BARALT y RAMÓN DÍAS, Op. Cit, pág. 196, tomo I.
33. «Boletín de la Academia de la Historia., n. 54, pág. 258.
34. RAFAEL MARÍA BARALT y RAMÓN DÍAS, Op. Cit, pág. 177, tomo I.
35. FRANCISCO TOMÁS MORALES, Relación histórica. «Boletín de la Academia de la Historia», n. 24, pág. 76.
36. «Boletín del Ejército Libertador» Boletín de la Academia de la Historia., n. 19, págs. 733 a 736.
37. JOSÉ DOMINGO DÍAZ, Op. Cit, pág. 155.
38. JOSÉ FÉLIX BLANCO, Bosquejo histórico. «Boletín de la Academia de la Historia», n. 17, pág. 534.
39. FRANCISCO TOMÁS MORALES, Op. Cit, pág. 16, n. 27.
40. «Gaceta de Caracas., n. 69, del 23 de mayo de 1814.
41. RAFAEL URDANETA, Memorias. Biblioteca Ayacucho. Edit. América. Madrid, 1916. Pág. 45.
42. «Boletín de la Academia de la Historia., n. 70, pág. 322.

43. «Boletín de la Academia de la Historia., n .70, pág. 322.
44. «Boletín», ídem, pág. 316.
45. «Gaceta de Caracas», números 74 y 76.
46. «Boletín de la Academia de la Historia», n. 70. pág. 403.
47. VICENTE DEL CASTILLO, Autobiografía. «Boletín de la Academia de la Historia», n. 2, pág. 133.
48. «Boletín, etc», n. 70. Págs. 363 y 364.
49. JOSÉ DOMINGO DÍAZ, Op. Cit, pág. 167.
50. Recuerdos de J. M. Rodriguez «Boletín de la Academia de la Historia», n. 70, pág. 403.
51. Foreign Office, C. O. 295•33. Ver apéndice Documental n. 7.
52. SIMÓN BOLÍVAR, Obras completas. En dos vols. Edit. Lex. La Habana, 1947. (Edición oficial.) Tomo 1, pág. 98.
53. JOSÉ TRINIDAD MORÁN, Op. Cit, págs. 35 y 36.
54. DUCOUDRAY-HoLSTEIN, Histoire de Bolívar. Imp. Lavasseur. Pa. rís, 1831. En dos vols. Tomo I, pág. 172.
55. Cartas de Martin Tovar Ponte. «Boletín de la Academia de la Historia», n. 70, págs. 385 a 423.
56. H. POUDENX, Op. Cit, pág. 125.
57. JOSÉ FRANCISCO HEREDIA, Memoria sobre las Revoluciones de Venezuela. Edit. Garnier. París. 1895. Pág. 201.
58. JOSÉ TRINIDAD MORÁN, Op. Cit, pág. 37.

Sexto capítulo
LOS NEGROS MANDANDO

I. El baile

Boves se dirigió a La Cabrera, único punto fortificado entre La Victoria y Valencia. Por el camino iba ya como un nuevo rebelde a la autoridad legítima del Capitán General. La Puerta le había hecho desaparecer los últimos escrúpulos de ordenada subordinación y ahora se sentía más bien como un superior de Juan Manuel Cajigal. Por eso le escribe: “He recobrado el honor de las banderas españolas que (refiriéndose a la derrota que sufrió Cajigal en Carabobo) dejó perder V. E.". Desde aquel momento hasta su muerte lo ignorará siempre y le desconocerá por completo, teniendo Cajigal que retirarse a Puerto CabelIo para evitar una lucha insensata con Boves(1) (**Ver nota 1**).
Una vez salido de Maracay, a orillas del lago de Valencia, se encuentra con el caserío de La Cabrera, lugar donde el General Miranda había colocado en 1812 su primera línea de batalla. Los defensores del lugar, sabiendo bien que Boves no daba cuartel, decidieron morir luchando. Habían organizado en el lado que da al camino de Maracay una serie de trincheras y fosos bien defendidos con algunas piezas de artillería. A las once de la mañana comenzó el ataque, y la guarnición con valor y bravura, rechazó todas las embestidas de los realistas-. Al propio tiempo, desde el lago, una serie de cañoneras

patriotas rompían el fuego causando daños entre los atacantes. La batalla parecía difícil cuando un hijo del Marqués de Casa-León, llamado José León, quien tenía sus haciendas en los alrededores, se acercó a Boves indicándole un pasaje por sus posesiones, sitio por el cual se podía, sin ningún contratiempo, llegar a las espaldas de los patriotas. De esta manera, los realistas entraron en La Cabrera, para gran sorpresa de los patriotas, a quien derrotaron por completo (2). El jefe de la Plaza, D. José María Fernández y sus 1.600 soldados fueron pasados a cuchillo: "Todos murieron, cuenta Díaz, desde Fernández hasta el último tambor" (3). El camino de Valencia quedaba prácticamente sin defensa. "Luego tomé sin resistencia, dice el propio Boves, los pueblos de Cuácara, San Joaquín y Los Guayos, y me apoderé del Morro" (4).
Juan Escalona, Gobernador Militar de Valencia, sabía, como todos aquellos patriotas, lo que les esperaba si Boves tomaba la ciudad. A cada momento temía ver aparecer las huestes exterminadoras del Apocalipsis, que sin compasión irían a destruir a Valencia, generoso semillero del mantuanismo venezolano. De esta manera pasó el día 17 y también el 18, pero ya "el 19, a las siete de la mañana, cuenta Escalona, los vigías del Morro y Cerro del Diablo de la plaza de Valencia hicieron señal de aproximarse un fuerte ejército" (5). Era la muerte que llegaba.
Desde ese mismo día la pelea comenzó. En las primeras refriegas cayó el Morro, logrando Boves apoderarse de las casas del otro lado del río (**Ver nota 2**). Pero por este primer contratiempo Valencia no se iba a rendir así. Ya había aguantado un largo sitio poco antes y estaba dispuesta a sufrir otro más. Este debía durar desde el 19 de junio hasta el 10 de julio, día en que sabiéndose que ya Caracas había sido ocupada y que D'Elhuyar había abandonado a Puerto Cabello, se vieron en el caso de capitular.
Los patriotas valencianos se defendieron como héroes, sabiendo, como lo sabían, que no tenían casi posibilidades de triunfo ni de socorro. Prácticamente sin alimentos, se habían ido comiendo los caballos, los perros y los gatos, no despreciando ni las ratas. El día 6 vieron los infelices sitiados que, lejos de aligerarse sus males, llegaba Cajigal con nuevos refuerzos para Boves. El 9 se presentaron unos emisarios de Caracas trayendo un pliego firmado por el Arzobispo y por Casa León anunciando que la capital se había entregado a los realistas (6).
En realidad, Boves no se decidía a tomar la ciudad por asalto, como era su costumbre, porque temía que sus defensores se volasen, como habían hecho en San Mateo. Ellos se lo hicieron saber. Por eso, dice el 4 de julio a José Domingo Díaz, "reducidos a sólo la plaza, que ya me habría apoderado de ella y sus trincheras si no fuera por razón de la obstinación que tienen de dar fuego al almacén de pólvora, de cuyo atentado perecerán muchos de los míos. Están escasos de alimentos, y vivo persuadido que el hambre los hará entregar" (7).
Al fin el hambre y la inutilidad de tan heroico sacrificio hicieron que aquel puñado de valientes se rindiese. El día 10 se enviaron los comisionados Peña y Uzcategui a discutir un tratado de capitulación. A las cuatro de la tarde del mismo día volvieron con los papeles ya firmados (8). Apenas llegados los comisionados cuando se comenzó a destruir los 200 cartuchos que quedaban, regando la pólvora por las calles y fosos, rompiendo los fusiles y derramando el aguardiente, para evitar que los ocupantes se emborrachasen e hicieran desmanes. Al siguiente día 11, a las once de la mañana, entraban triunfantes Boves y Morales, al mando de tres mil hombres (9). Allí pudieron éstos darse cuenta que Valencia era un hospital (**Ver nota 3**).
Después de la entrada se dirigieron a la Casa Capitular, donde les esperaba Escalona y los personajes principales de la ciudad. Allí oficialmente recibió Boves la plaza, nombrando al teniente Dato jefe militar, y como asesor al licenciado José Vicente Mercader (10). Cuando se habían terminado todas las ceremonias de rendición y de

nombramiento de autoridades, ya como a las cuatro de la tarde, el señor Miguel Malpica, mantuano valenciano, queriéndose congraciar con el movimiento popular, invitó a Boves a almorzar a su casa, lo mismo a Morales, a Calzada, a Diego Toro, a Manuel E. Monserrate, a Correa, al traidor de La Cabrera José León, al Padre Montesinos y a las autoridades patriotas que habían entregado a la ciudad, Juan Escalona entre ellos. Allí, en medio de los hervidos y vinos, comenzaron los brindis y las risotadas. Escalona, que oía todo en silencio, cuenta: "En la mesa se brindó por Boves, Cajigal y demás jefes españoles, por la paz y unión y cumplimiento de la capitulación. El señor Malpica, dueño de la casa, brindó por la total ruina de los patriotas, hablando malísimamente mal de todos ellos y de su jefe Bolívar" (11). Mientras tanto, en las calles se organizaba una turbamulta de negros y zambos valencianos, que unidos a las tropas de Boves y Morales, y con el permiso de éstos, comenzaban los saqueos, "causando robos, heridas, muertes y todo género de desórdenes. Boves lo toleraba todo, y el Capitán General Cajigal nada valía, pues siempre fue desatendido, luego despreciado y al fin desconocida su autoridad por aquel nuevo Pizarro" (12). En verdad, Cajigal nada podía hacer, pues sabiendo muy bien que Boves y los suyos iban a librarse a una gran matanza dentro de la ciudad, no quiso exponerse a que en un momento determinado, al dar una orden de clemencia, fuera desobedecido. Para evitar toda clase de complicidades, se quedó con su ejército a las afueras de la ciudad.
Después de la comida, ya entrada la noche, Boves se retiró a uno de los cuartos de la casa de Malpica (**Ver nota 4**), lo mismo Escalona, quien debió a esta circunstancia la salvación de su vida. Morales, borracho perdido por las botellas que había despachado en la mesa, salió a la calle a organizar una partida de soldados para saquear y matar a quien se le antojase. Aquella noche murieron muchos blancos notables de la ciudad, entre éstos dos hermanos del doctor Miguel Peña, los hermanos lbarrolaburu, los dos hermanos Codecido, José Ignacio Landaeta y Santiago Llamas. Escalona se salvó, como ya hemos dicho, por estar su cuarto cercano al de Boves (14).
Al siguiente día, martes 12 de julio, como a las siete de la mañana, llevaron presos a la casa de las señoras Urloa a toda la oficialidad y parte de los sargentos patriotas, con el pretexto de que era sólo una medida de precaución y que luego se les dejaría en libertad. Al mismo tiempo iban de casa en casa invitando a las familias patriotas más conocidas para un baile que se celebraría esa misma noche en casa de Malpica, baile que había de hacerse célebre en la Historia de Venezuela. Las tropas de Cajigal hicieron su entrada esa mañana, desfilando delante de Boves (15). El resto del día pasó sin nada de particular, excepción hecha de Francisco Espejo, quien habiendo sido el Gobernador Civil de Valencia habíase escondido desde la entrada de Boves en una casita en el Morro, pero lo delató un zamba paje suyo. Se cuenta que Boves, cuando le vio pasar en medio de dos filas de soldados, le dijo con voz burlona: "Ah, Espejo, hasta hoy te duró la luz" (16).
A pesar de que la noche estaba cargada de espesos nubarrones, la gente no dejó de desempolvar sus mejores trajes. Muchas de las familias invitadas se dirigieron a la casa de Malpica con los ojos rojos de tanto llorar, pues no había nadie que no tuviera en la matanza de la noche anterior un pariente o un amigo (**Ver nota 5**). Aquel baile de brujas ha debido carecer de "barra". El aguacero de julio reventó con toda intensidad, haciendo que los curiosos corrieran a los zaguanes cercanos, dejando solas las ventanas. Adentro, en la gran sala, bajo la amarillosa luz de las velas, se congregaban las parejas, siluetas de negro, pálidas, trágicas, como figuras de cera. Al propio tiempo, los músicos sacaban a sus violines una tonadilla siniestra, digna del "baile de las víctimas". Muchos de aquellos invitados hacían este desagradable sacrificio para ver si lograban de Boves el

perdón de sus vidas (17).
Las sombras se iban moviendo en silencio, bajo el acompasado ritmo de la danza. Afuera, a pesar de la lluvia, pasaban constantemente destacamentos de caballería a todo galope. En las bandejas reposaban frías, intocadas, las horchatas, las tisanas y los vinos dulces. Aquellas bocas amargas sólo estaban pendientes de la tragedia. De pronto entro Un ayudante de Morales, Ramón Pérez, trayendo una lista que enviaba su jefe. Boves la tomó y acercando una bujía para ver mejor comenzó a leerla. En ella estaban los nombres de los invitados que debían ser asesinados aquella noche. Con una señal imperceptible dio su conformidad a la matanza. De la puerta de la calle empezaron a llamar a los sentenciados, quienes salieron uno a uno, mientras la música seguía a todo estruendo con los chillidos de los violines y arpas. Las mujeres bailaban llorando, sin poder hacer ninguna demostración de protesta (18). El Regente Heredia, que luego de estos acontecimientos pasó por Valencia, a pesar de ser realista es el más indicado para narrarlos:
"Reunió a todas las mujeres en un sarao, y entre tanto hizo recoger los hombres, que había tomado precauciones para que no escaparan, y sacándolos fuera de la población los alanceaba como a toros, sin auxilio espiritual; solamente el Dr. Espejo, que permaneció allí desde nuestra salida, tuvo la distinción de ser fusilado y tener tiempo para confesarse. Las damas del baile se bebían las lágrimas y temblaban al oír las pisadas de las partidas de caballería, temiendo lo que sucedió, mientras Boves, con un látigo en la mano, les hada danzar el "piquirico" y otros sonecitos de la tierra, a que era muy aficionado, sin que la molicie que ellos inspiran fuese capaz de ablandar aquel corazón de hierro" (19) (**Ver nota 6**) .
Escalona, que aún continuaba en una de las habitaciones de la casa donde se daba el baile, aprovechó el ruido de la música y del aguacero para salir de su refugio. A un centinela que le vigilaba lo atropelló, refugiándose en la casa vecina, y de ésta pasó a otra, donde se metió en el techo, ocultándose lo más que podía. Apenas se supo su desaparición, se procedió a hacer una búsqueda por todo Valencia, pero no pudieron dar con él. Finalmente, pudo escapar de Valen da el día 15, disfrazado de fraile, hasta que llegó a Caracas, donde estuvo oculto en un sótano los siete años de la ocupación española (20).
Al propio tiempo que Boves vejaba a las valencianas en el trágico baile, Morales se introducía con un grupo de asesinos en la casa de las señoras Urloa, donde estaban detenidos temporalmente los oficiales y sargentos patriotas, pasándoles a cuchillo, no logrando salvarse ninguno de tan espantosa degollina (21), Entre los muertos de aquel lugar estaban los oficiales París, Espinoza y Mantilla (22).
Al día siguiente por la mañana, después de haber dejado a Valencia exhausta de sangre, salían los realistas por diferentes direcciones. Boves había ordenado que Morales marchara a Barcelona, en persecución de la emigración patriota, que ya había salido de Caracas; a Calzada lo envió a Occidente, y finalmente él mismo, con el ya decaído Capitán General Cajigal, a Caracas. Boves iba silencioso en su caballo, pensando quizás en la manera de entrar solo en la capital, sin ese militar de salón que estaba a su lado. Por eso, apenas llegan a Guacara, cuando Boves provoca una discusión, procediendo de inmediato a despojar a Cajigal de todo mando, ordenándole que siguiera al castillo de Puerto Cabello, donde debía enterrarse y no dar señales de vida (23). De esta sencilla manera, Boves se quitaba de encima el único estorbo en su ascensión definitiva de caudillo. El camino de Caracas quedaba despejado para hacer una entrada triunfal.

Notas
1. Comentando esta actitud de Boves dice Cajiga! «La suerte se decidió por el valeroso

y feliz comandante don Josef Boves en la batalla de La Puerta. Esta victoria le allanó los pasos; y yo en la desgracia no fui reconocido por capitán general, exigiéndoseme el sacrificio de la autoridad hasta concluir la guerra en toda la provincia. El bien público, el éxito de la campaña y el evitaros una guerra civil me hicieron pasar por esta degradación, que de buena fe creo de parte de Boves, hija de su decisión por la justa causa, aunque le faltase la previsión del mal ejemplo, y daños que había de ocasionar. De aquí fue que limitado a la parte del territorio que habían ocupado las tropas que me obedecían, restablecí en él el orden y la seguridad; ni yo, ni las otras autoridades legítimas pudimos remediar los males y los desórdenes del país separado. («Gaceta de Caracas», n. 12, del 14 de abril de 1815).

2. En. Valencia, en la calle hoy de Colombia. entre el Puente Morillo y la Iglesia de San Blas, conservóse hasta no hace mucho, pues ha sido reedificada, una casa baja, de corredor en su frente exterior, en la que era tradición que colgaba su hamaca Boves en los días en que el dicho mes de julio mantuvo el sitio de la nombrada ciudad. (A. VALDIVIESO MONTAÑO, José Tomás Boves. Edlt. La Esfera, 1933).

3. La plaza tuvo 21 días de sitio, 69 muertos, 180 heridos, 174 entre muertos naturalmente y enfermos de gravedad en el hospital y 90 que entregaron sus armas. (Bosquejo histórico de la Revolución de Venezuela, por el Pbro. coronel José Félix Blanco. «Boletín de la Academia de la Historia», n. 17, pág. 550)

4. Hemos leído con curiosidad un libro sobre los Malpica, en donde se dice que ninguno de ellos estaba en Valencia cuando Boves entró. Indudablemente, el Malpica que esto escribió no tuvo los datos de testigos presenciales como el mismo Escalona, por ejemplo (LEÓN MALPICA HIDALGO, Bosquejo del árbol genealógico de la familia Malpica. Segunda edición aumentada. Valencia. 1945. Pág. 15).

5. La casa donde se dio este triste baile todavía se conserva en Valencia. Es una mansión pintada de anaranjado, donde hoy existe una tienda de telas denominada El Pabellón Rojo, en la esquina del mismo nombre. (N. del A.)

6. El mayor Flinter, quien estuvo en el salón del halle algún tiempo después, describe este suceso de la siguiente manera. «A medianoche, cuando los invitados ahogaban su desgracia pasada en los excitantes placeres de la danza, inconscientes del peligro que les rodeaba. Boves abandonó el salón y en pecas minutos volvió. abriendo las puertas trajeado con su uniforme de guerra seguido por un cuerpo de lanceros; la música se Interrumpió: un grito de horror fue lanzado por los que bailaban: Boves hizo con su mano una señal, y en pocos minutos casi todos ellos estuvieron extendidos en el suelo, con las cabezas cortadas del cuerpo. Esta rápida transición hace helar la sangre en el cuerpo; y no es cuento, sino hecho, muy verdadero, Sin el cual creeríamos que tal monstruo nunca existió. Yo estuve en el mismo cuarto en que esta horrible tragedia tuvo lugar, algún tiempo después y su historia me fue relatada no solamente por algunos oficiales de Boves, quienes fueron testigos presenciales, sino también por una madre, quien perdió su marido y siete niños masacrados en esta ocasión» (FLINTER. A History of the Revolution of Caracas. London, 1819. Pág. 170).

II. El sepulcro

En realidad, después de la emigración, Caracas parecía un sepulcro. Por las calles no se veía un alma, sino "ruinas en medio de antiguas ruinas" (24). Los conventos de hermanas y monjas rezaban constantemente por la salvación de los pocos seres valientes que quedaban en la espera suprema. Las familias realistas temblaban como buenas patriotas sólo con pensar cuál de las dos columnas, si la de Gonzales o la de Machado iba a ser la primera en entrar en la ciudad. En la diferencia de "cuál de las dos" residía un asunto de importancia. Si llegaba primero el mulato Machado, al mando de sus negros insurreccionados, la matanza de blancos iba a ser espantosa. Si llegaba antes que éste Ramón Gonzales, mejor conocido como Chepito Gonzales, la situación cambiaba, pues Chepito había vivido en Caracas y había servido bajo las órdenes de los patriotas en la lejana primera República. No era un hombre malo ni mucho menos. Por esta misma circunstancia, Boves ni los suyos le tenían entera confianza, haciéndole vigilar por los pardos . En este dilema se encontraba Caracas cuando se decidió hacer una especie de Gobierno. Decisión ésta de muy buen sentido, que representaba al Rey mientras entraban los realistas. Así la ciudad no se exponía a ser una presa de conquista y se establecía un orden de cosas provisional. La Junta gubernativa quedó compuesta por el Arzobispo Coll y Pratt, por el Marqués de Casa-León y por D. Rafael Escorihuela.

La primera medida que tomó esta Junta fue la de enviar al Marqués de Casa-León al pueblo de Antímano, para invitar a Chepito Gonzales a efectuar su entrada en la capital antes que el terrible Machado Gonzales no tuvo ningún inconveniente en hacer él primero su entrada, pero, en lugar de efectuada en el acto, decidió primero mandar un correo donde Machado, para exigirle que se detuviera (25).

Al propio tiempo que la Junta encomendaba a Casa-León de ir a Antímano nombraba unos comisionados para la dificilísima misión de ir a parlamentar con Machado al pueblo de El Valle, donde se encontraban sus avanzadas. Los parlamentarios fueron D. Fernando Ignacio de Ascanio, Conde de La Granja, y D. Manuel Marcano, no encontrando yo el nombre del tercer enviado. Como realistas furibundos fueron escogidos estos señores, pero la Junta se olvidaba de- que eran blancos y aristócratas, siendo el ejército con el cual iban a “parlamentar" una turbamulta que venía a acabar con los blancos y los poseedores. Así fue, pues, que estos hombres se dirigieron al El Valle, donde el temible Machado. "Este Machado había sido el mayordomo o intendente del Conde de La Granja antes de la revolución. Tan pronto como la Junta fue instruida de su aproximación, temió que Machado, cuyo temperamento sanguinario era conocido, no se fuese a dejar llevar a los más grandes excesos. Tres de los más respetables habitantes de Caracas se ofrecieron ir a su encuentro para felicitarle por su llegada y para asegurarle que se le suministraría a sus tropas todas las cosas que necesitaran; esto, naturalmente, se le dijo con el fin de quitarle hasta el menor pretexto de excitar el desorden en la ciudad. El antiguo señor de Machado, el Conde de La Granja, era, como decíamos, uno de los tres diputados. Machado, desde que le apercibió, ordenó hacer alto. Y avanzó entonces hada ellos, reprochándoles duramente el haber recibido y tolerado tanto tiempo a los insurgentes y sus jefes, agregando que él había venido para castigar a los habitantes de Caracas por su traición. El Conde de La Granja, creyendo conservar aún alguna autoridad sobre el espíritu de su antiguo criado, trató de justificar su conducta y la de los habitantes de Caracas, pero apenas había comenzado a hablar cuando él y uno de sus compañeros fueron asesinados instantáneamente. El tercero debió su vida a la velocidad del caballo. Apenas llegó a la ciudad, cuando fue a anunciar la muerte de sus colegas a la Junta reunida. Al poco rato entró Machado en Caracas, a la cabeza de sus tropas, a las que acomodó en Latalla en la

plaza Mayor. Presentándose en seguida, con un sable desnudo en la mano, en la sala donde la Junta, presidida por el Arzobispo, deliberaba sobre el partido a tomar en tan graves circunstancias. Después de haber dirigido a los miembros de esta Asamblea los más violentos reproches, peguntó: "¿Dónde está ese traidor de Gonzales?", agregando con voz terrible: "ése es un... ". El Marqués de Casa-León, habiéndole preguntado con tono severo lo que deseaba con el Coronel Gonzales: "Es que vengo a cortarle la garganta", respondió, blandiendo el sable de una manera amenazadora. La Asamblea estaba consternada. A pesar de todo esto, el Arzobispo se aventuró a decide que el Coronel Gonzales no se encontraba presente por los momentos, pero que si deseaba esperado él enviaría a buscarle. El Marqués de Casa-León, indignado con semejante conducta, se levantó de su asiento y avanzando cerca de Machado le preguntó con voz tranquila, pero firme, por qué hablaba de él a los miembros del Gobierno, representantes de su Rey, en un tono que no toleraría ninguno de sus súbditos. Ordenándole volver inmediatamente donde sus tropas, para que les asegurase que se les suministraría todo lo necesario a sus necesidades, pero agregando que él lo haría responsable de todo daño que se hiciera a los ciudadanos. Y para el caso de que este jefe insolente no obedeciera a sus órdenes, le amenazó con hacerle arrestar y juzgar como perturbador de la tranquilidad pública. Intimidado a su vez, Machado balbuceó unas palabras de excusa, prometió obedecer y mantuvo su palabra. Así fueron salvados los habitantes de Caracas, gracias a la firmeza de un solo hombre" (26) .
El 7 fue la entrada de los realistas en Caracas. Los saqueos que habían comenzado el día anterior terminaron. En la ciudad no había nada que comer, pues los patriotas, en su huida a Oriente, habían vaciado todas las pulperías y almacenes de provisiones. Chepito González se instaló en la casa situada en La Pastora, entre Dos Pilitas y Portillo, y que la gente, por equivocación, ha creído que fue la de Boves.
A las diez de la mañana del sábado 16 de julio hizo Atila su entrada en Caracas, en medio del júbilo real o fingido de sus habitantes. En "la quebrada de Lazarinos", cerca de la plaza de Capuchinos, estaban congregados para recibirle el Capítulo Metropolitano y el Clero. Después de las felicitaciones de rigor, entraron todos en la ciudad, donde se celebró un "Te Deum" en "acción de gracias al Altísimo por el triunfo de las armas españolas" (27). En realidad, esta cordial acogida la hada el clero con el fin de halagarlo, impresionándole con todo el aparato religioso para luego poderlo conducir más fácilmente por el camino del orden, como a un fiel representante de la Religión y del Rey. Era ésta, en efecto, una tarea de conversión. Y difícil por cierto. Después de la ceremonia fue hospedado en el Palacio Arzobispal, donde le esperaba una cordial recepción, como a todo un señor Capitán General, en medio del respeto debido a su rango, rodear1.o de señores remozados en realistas y vestidos de sedas y de alguna que otra dama encopetada, mientras los sirvientes, presurosos, repartían los jugos de limón y naranja, las sangrías y las tazas de chocolate caliente aromatizado con canela (28) .
Muchos temían que desde su entrada comenzara su clásica matanza de blancos. Pero esta vez no fue así, si exceptuamos, naturalmente, a dos hombres: "a uno de sus soldados, que quiso en la plazuela de San Pablo robar en cierta tienda, y al maestro Francisco Herrera, por haber dejado abiertos los fosos de la ciudadela, estorbando así el paso de los transeúntes" (29). Este Boves del Palacio Arzobispal no era el mismo que los caraqueños esperaban.
En realidad, Boves tuvo un cierto cambio en Caracas; pero nada más que un cierto cambio. Muy posiblemente, en su psicología de hombre habituado a las pequeñas poblaciones de la llanura y la soledad del mar ha debido influenciar en algo la capital, los realistas prominentes, el temor a quedar mal. No. comete ningún desacierto en el poco tiempo que está en la ciudad. Al contrario de Monteverde, no se deja influenciar

en el bien ni en el mal por persona ni grupo alguno. Es el primer autócrata que tiene el mando absoluto de Venezuela. Es el primer "césar" de nuestra larga historia caudillesca. Todos tiemblan en su presencia, y hace y deshace con el poder de la misma manera que luego habrían de repetir Páez, Monagas, Guzmán Blanco, Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez. Cuando pasea por las calles rodeado de edecanes extraídos de la más baja condición social, y hace resonar sus espuelas de plata por el empedrado, se asoman tímidamente los habitantes de las casas y le saludan con toda sumisión y respeto. Y para aquellas mentes acobardadas por la guerra y la matanza, Boves no es más Atila ni el espantoso "coco", sino Su Excelencia el General José Tomás Boves, al menos por el tiempo que iba a durar en la capital y en la tierra.
Boves es un buen administrador y, en cierta manera, un mejor gobernante. Organiza la ciudad. Hace venir provisiones lo más pronto posible. Recluta por las calles a los limosneros y a los vagos para enviarlos a trabajar a las haciendas, pues tiene que llenar con algo la mano de obra que falta al haber dado la libertad a los esclavos. La estructura social y los medios de producción de la colonia no podían eliminarse de una plumada, sino merced a una evolución económica. El esclavo, bajo Boves, es el vago. Boves organiza la imprenta de Valencia y la de Caracas (30). Crea un Tribunal de Apelaciones contra las decisiones del Gobernador y de los Justicias Mayores. Nombra al marqués de Casa-León como Gobernador Civil y Presidente del Tribunal; como Intendente, a José Domingo Duarte; como miembros del Tribunal de Apelaciones, a los doctores Tomás Hernández Sanabria, Juan Rojas y Francisco Rodríguez Tosta, y como Gobernador Militar, al ya célebre Juan Nepomuceno Quero.
En verdad, estos nombramientos constituían, de hecho, una insubordinación. abierta y descarada contra España, pues Boves no tenía facultades para crear Tribunales ni nombrar Justicias y Gobernadores. Oficialmente no era sino "Comandante General de Barlovento y Gobernador e Intendente de las Provincias de Cumaná y Barcelona". En Puerto Cabello, último refugio del seudo Capitán General Cajigal, funcionaba la Audiencia, porque todos sus componentes habían huido a ese puerto antes de la llegada de Boves. Pero nadie se atrevía a hacerle ninguna observación al nuevo dueño de Venezuela. Es por eso que el realista Heredia, miembro de aquella Audiencia, no quería efectuar ninguna conversación al respecto, "pues todos sabían quién era el tal caribe, y era bien original exigir a nombre del Rey una cosa de quien no podía ejecutada sin exponerse por ello a morir a lanzadas, también en Nombre del Rey" (31).
A la vez que organizaba la provincia de una manera independiente y racional, trataba de que todos los habitantes de Caracas, aun "los patriotas", volvieran de sus refugios. Era el lobo con la piel del cordero y como un encantador de serpientes, con voz que buscaba ser persuasiva, dice: "...Venid, acercaos y veréis cómo disfrutáis francamente los efectos de esta mi invitación del buen orden, pacificación y tranquilidad de esta ciudad en toda la extensión de esta Provincia... (Caracas, 26 de julio de 1814).
Pero la noche anterior había escrito, en gran secreto, al Teniente de Justicia de Pueblo Nuevo: "Conviene a la seguridad pública el que castiguen los malvados que han sido causa de que se sacrificasen los europeos, canarios e hijos del país. En esta inteligencia prevengo a usted que, tomando los informes de personas de probidad (a fin de evitar algún partido de venganza), pase inmediatamente por las armas en ese pueblo a los de aquella clase, dándome cuenta de haberlo ejecutado; bien entendido que hago a usted responsable, si no lo verifica, de cualquier desgraciado acontecimiento que haya en esa jurisdicción.- Dios, etc. José Tomás Boves" (32).
Boves, desde que se posesionó de Caracas, llevó a efecto su política de igualdad social. Los zambos, negros y demás "gente de color" gobernaban de hecho. Eran ellos los que ocupaban los mejores cargos y los que poseían la confianza del caudillo. Caracas se

inclinaba ante aquellos que hasta ayer no fueron más que sus esclavos. El Marqués de Casa-León y el Arzobispo tenían que codearse con el negro capitán o con el zambo general. La pirámide social, al menos por aquellos días de fines de julio y principios de agosto de 1814, quedaba efectivamente invertida.
Pero, indudablemente, esto no agrada a los realistas blancos ni a los oficiales del Rey. Muchos temen que tanto halago sea peligroso para ellos mismos y hasta para el propio Boves y Morales. Francisco Montalvo se hace eco de estos temores y escribe al Secretario de la Guerra de España: "poco después partirán a destruir a los blancos europeos, que también son sus amos, y de su muerte les viene el mismo beneficio que de la de los primeros" (33). El realista Dionisio Franco vuelve a repetir, haciéndose cruces, cuando ve a los negros mandando y que el odio no es solamente contra los blancos patriotas, "los blancos somos el objeto" (34).
En el ejército realista de Occidente, donde todavía quedan, por la cercanía de Cajigal, muchos oficiales blancos, la tensión es mayor. Los blancos no toleran a los pardos en los puestos directivos, ni los pardos, después de la rebelión de Boves, quieren más blancos. En los pequeños detalles de la vida cotidiana es donde más se puede observar esta tensión, que tiene características de degenerar dentro del mismo ejército en una división y en un peligro para la estabilidad y el orden. En carta del 31 de agosto, un oficial Cordero de Barquisimeto le escribía a Salomón lo siguiente: "Las funestas consecuencias que nos amenazan, el egoísmo de algunas personas de color me estimulan a participar a V. S. cómo la noche del 21 del corriente, de resultas de una Asamblea que por diversión emprendimos los oficiales blancos con los particulares y señoras del mismo carácter, se prorrumpió Concepción Herrera, oficial pardo en las más denigrativas palabras, a causa de no haber sido electado por el bartonero para el mismo acto, intentó con amenazas de una anarquía interrumpirlo, como lo hubiera conseguido si la pandilla del capitán comandante de zapa dores don Manuel Lozada no. lo hubiera contenido en sus desentonadas y seductivas producciones, y desalentados sus sanguinarios proyectos; mas al siguiente día convocó el mismo pardo en despique a igual sección a tocas las personas de su color, y en ella se reiteraron dichas expresiones análogas a la misma anarquía, pues de hito en hito, arrojando dinero al Estado, le cantaban "vivan los pardos y mueran los blancos de Barquisimeto"; pero a la verdad que bien podía declamar (según el semblante de las vicisitudes) mueran los blancos peninsulares y naturales, vivan los pardos. Tanto lo expuesto como la voz general en las provincias a todo carácter blanco, y a toda la nación, amenaza la mayor ruina si a tiempo no se hace el más serio ejemplar" (35).
El desorden entre las tropas se generalizaba por todas partes. La rebelión, en la tranquilidad de los cuarteles, buscaba salida de alguna manera. El desorden y los asesinatos de blancos españoles y ciertas intentonas de insurrección servían de válvula de escape. Los soldados insultaban a los superiores y les desobedecían, sobre todo si eran de los pocos blancos que todavía quedaban en la capital. "La insubordinación del ejército era general y escandalosa, sin orden de ningún jefe amanecían muertos los pocos blancos pacíficos de los pueblos, siendo voz muy común y pública entre los pardos, negros, mulatos y zambos que lo componían el exterminio de aquella raza, habiendo varios ejemplares que comprueban esta verdad y la de su falta de disciplina y subordinación" (36). El padre Llamozas, que esto escribe, agrega espantado, viendo cómo estas gentes iban en camino recto a la exterminación total de blancos y a una República de negros: "por la gran mortandad de españoles y de gente blanca, se compone la población de aquellas provincias casi enteramente de negros, mulatos, zambos y mestizos, que aspiran a alzarse con ellas por su ansia inextinguible de ser libres los esclavos, y de tener representación civil y optar empleos, los mulatos y demás

castas" (37).
Algún tiempo después, cuando Boves pasa por el Oriente, en camino a Urica, estalla en las costas de Barlovento una insurrección de esclavos y negros contra los blancos realistas. Cuenta Restrepo: "Aún antes de terminar los jefes realistas la reconquista de todos los lugares que ocupaban los independientes en las costas orientales de Venezuela, estuvieron al coger amargos frutos del armamento de las castas que hicieron con tanta imprudencia. Se había tramado por éstas una horrible conspiración para degollar a los blancos. Su foco principal estaba en el ejército de Barlovento, y tenía muchas ramificaciones en varios cuerpos de tropas estacionados en las demás provincias y en la población misma. Fue descubierta por la deserción de algunas compañías de soldados que siguieron a sus domicilios para ejecutar el plan meditado. En aquellas circunstancias peligrosas, Morales procedió, con gran actividad y energía, a prender y castigar a los sediciosos hasta con el último castigo" (38).
Boves, en su nuevo aspecto de Jefe Supremo de Venezuela, y despachando papeles en su Oficina de Camejo, comenzaba a perder prestigio. Dejaba de ser lo que era. Su figura y su misión eran para la lucha constante, para la revolución. El movimiento no podía detenerse tranquilamente en Caracas. Se necesitaba algo más, el paso definitivo esperado por aquellas democráticas turbas. De no hacer esto Boves, iba a ser devorado por su propia rebelión. Pero, felizmente para él, pudo comprender a tiempo. Y un buen día decidió volver a Los Llanos. A dormir en la tierra bajo la claridad de las estrellas. A comer casabe y beber el agua de los charcos. A oír las historias sencillas de los negros.
En la primera quincena de agosto, ya entrada la noche, salió Boves de Caracas, llevándose algunos prisioneros para ultimarlos en Los Llanos. Muy posiblemente partía a esa hora para que los habitantes de la ciudad no supieran cuáles eran las víctimas que con él salían. Toda la noche la pasaron en el camino. A las primeras horas de la mañana han debido ver el sol cuando anaranjaba los cerros y amarilleaba el camino con un color frío y después de la bajada, los valles de Aragua, soñolientos y olorosos a caña, con sus tablones, verdes algunos, y los del fondo, hacia la oscuridad del cerro, más ensombrecidos, con un tono violeta. La neblina, atrás, en las espaldas, por el paso de Boquerón y Guayas. Adelante, Boves, envuelto en su cobija llanera, azul y roja; y luego, la tropa y las caballerías; y después, el rebaño de prisioneros, amarrados fuertemente con mecates, jadeantes y dóciles. Al propio tiempo, el humo del café caliente de un rancho del camino ha debido detener a algunos soldados, que recostando sus lanzas y machetes a la pared de tierra, entrarían a beber en pocillos y totumas, para luego salir apresuradamente a alcanzar la columna, que se iría perdiendo por debajo de los samanes y los gigantescos caobas.
Caracas quedaba sola, sin jefe. Sólo Juan Nepomuceno Quero, como Gobernador Militar, dominaba en todos los espíritus. Hombre pequeño y de bajas condiciones morales, no recordaba que había sido Gobernador de Caracas cuando la primera Rcepública. Apenas salido naves, cuando comienza su serie de prisiones y asesinatos. Indudablemente que estaba mandado por el propio Boves. Pero demostró un celo criminal, tanto más culpable cuanto que era un hombre educado y compañero de los que victimaba. Generalmente, estas ejecuciones se hacían con gran prudencia para no alarmar la ciudad. De noche era el tiempo preferido para realizar la tarea. El sitio era la Quebrada de Cotizita. En medio del cantar de los sapos y de los grillos, se han debido oír los ronquidos de los que degollaban.
Los principales verdugos fueron: "Chepito Gonzales, don Ignacio Hernández el boticario, el artesano Ponte y otros recibían órdenes del protervo Quero, y arrancando de su hogar, en la oscuridad de la noche, al padre, al esposo, al hijo, al hermano, al pariente o al amigo, le conducían al espantoso sitio de Cotizita, lugar que se hizo

monumental, o los asesinaban en las calles de la manera más inicua y feroz" (39). En realidad, Cotizita se hizo célebre. La escasa agua de la quebrada ha debido ponerse lenta y espesa en ciertas noches con la sangre de los blancos.

III. La huida

El trayecto de Caracas a Barcelona de la emigración se hizo en veintitrés días. Bolívar iba a la cabeza de todos, y detrás de él, veinte mil personas, arrastrando pesados carros cargados con los restos de lo que habían logrado salvar. Las dificultades del camino eran indecibles. Atravesaron las montañas de Capaya, donde sólo existía un pequeño sendero. Rodeados por la espesura de la selva. Tanto los tigres como las culebras se cebaron sobre los que, ya exhaustos, se quedaban tirados en las yerbas recobrando el aliento. Tito Salas rememora de manera excelente esta trágica caminata en su célebre cuadro 1a "Emigración a Oriente". Allí, en primer término, va El Libertador a caballo con un chambergo negro, capa negra y rostro macilento. Más atrás, un soldado desnudo con una linterna de luz amarilla en la mano; y luego, el tropel de mujeres, niños y enfermos. Cuando aquella harapienta masa desemboca en la costa, lejos de sentir el bienestar de la orilla del mar y de la arena caliente que iban pisando, vieron sus males recrudecidos. Varios barcos españoles les tiraban andanadas de cañonazos para diezmarles y detenerles en su huida. Muchos de los habitantes más distinguidos de Caracas quedaron tendidos para siempre en aquellas solitarias costas, bajo los bosques de palmas y cocoteros. Ya para fines de julio llegaban a Barcelona (40).
Bolívar, inmediatamente, se dirigió a la Villa de Aragua, situada debajo de Barcelona, en la vía de Los Llanos y del Orinoco. La emigración debía entretanto seguir camino de Cumaná.
La Villa de Aragua iba a ser atacada por Morales, que venía con ejército de unos seis mil hombres. Bermúdez, su defensor, apenas contaba con la mitad de ese efectivo y disponía de poco material y casi no tenía municiones. Cuando llegó Bolívar, encontró que la situación de defensores dentro de la propia ciudad era bastante peligrosa, pues se corda el riesgo de quedar encerrados. Pero ya la Datalla iba a comenzar y no podía ser modificado el plan (41). El combate fue duro, heroico por parte de los patriotas que luchaban sin ninguna esperanza de ganar. En el centro de la plaza estaba El Libertador impartiendo órdenes para los diversos puntos fortificados. Ya hacia el mediodía, cuenta el oficial Castillo, "en uno de los corrales abiertos pude observar, porque siempre me hallaba al lado del Libertador, cuando éste, dando un grito a Soublette y llamándole con la mano hacia sí, y éste con el mismo ademán a su hermano Antonio; los seguí maquinalmente, pero sin duda por inspiración de lo Alto, y atravesando un barbecho saltamos al camino real" (42). En realidad, ya la pelea estaba perdida .
Bo1ívar siguió a Barcelona, con un puñado de los suyos, a recoger la emigración y seguir el camino. Mientras tanto, atrás, en la Villa de Aragua, Bermúdez se batía con furia, sabiendo que había perdido la partida. A las tres de la tarde, los patriotas tenían ochocientos muertos y más de mil heridos. Las calles estaban intransitables por la cantidad de cadáveres y de quejumbrosos que se desangraban sin ninguna ayuda. El valiente jefe patriota Francisco Carvajal, a quien llamaban sus soldados "el tigre encaramado", cayó herido gravemente después de una de sus formidables cargas de caballería. Algunos oficiales patriotas, para aminorar su responsabilidad por haber presentado batalla en esas condiciones, trataron de echarle la responsabilidad a Bolívar. "El Libertador tomó una columna de cuatrocientos infantes y cien caballos y, diciendo

que iba a efectuar un movimiento, nos dejó empeñados en la pelea" (43). La pelea, como ya lo hemos señalado, estaba perdida desde que llegó El Libertador y encontró organizados en forma disparatada los cuadros patriotas. La lucha, pues, era desesperada. Por eso se batieron como leones aquellos hombres. El realista Díaz confiesa que "se batieron desesperadamente en las calles, hasta aquel momento en que un escuadrón de cuatrocientos zambos y mulatos de Los Llanos, mandados por el valentísimo coronel Alejo Mirabal, también de la misma clase, destrozó en la calle principal a otro igual que mandaba íntegro conocido por su ferocidad con el nombre de Tigre Encaramado". Aquello fue el fin. La valiente tropa patriota, que arrinconada en las bocacalles disparaba sus últimos cartuchos, no pudo mantenerse más, "cedió al furor de nuestras tropas -continúa diciendo Díaz-, que habían llegado a su colmo. Todo pereció. Sólo en la iglesia parroquial quedaron degolladas más de cuatrocientas personas, hasta sobre los altares. Todo el batallón de Caracas quedó tendido, desde Salias hasta el último soldado" (44). Los soldados de Morales iban con sus lanzas y machetes rematando a los heridos que pedían misericordia, "asesinando y degollando", según las mismas palabras de Morales. Muy posiblemente este jefe reconoció entre los cadáveres amontonados en las calles al Tigre Encaramado, pues cuenta que luego de haber pasado sus hombres rematando patriotas, vio a Carvajal, a quien "conocí por su divisa y título de teniente coronel de la unión" (45).

Bermúdez, poco rato antes de la caída de la plaza, había huido a Maturín. Bo1ívar, a su vez, iba ya con el resto de la desgraciada emigración por el camino de Cumaná, llevando la plata de las iglesias de Caracas, plata ésta que pensaba vender para comprar armas y municiones y poder luego emprender de esta manera la reconquista del territorio perdido.

Mientras en los alrededores de Barcelona sucedían estos acontecimientos, en Calabozo, Boves preparaba un gran ejército y, sobre todo, una formidable caballería, para perseguir a los patriotas y dar les el último golpe. Por los caseríos y pueblos de aquellos sitios se paseaba como jefe absoluto del lugar, confiscando el ganado para sus hombres y recogiendo los caballos que podía encontrar. Boves, de nuevo, llevaba la vida que le gustaba. Los viejos llaneros admiraban el formidable espadón que usaba y que medía cerca de dos metros .

Morales entró en Barcelona el día 20 de agosto. Encontró que los vecinos, para calmar un poco su ferocidad, habían enarbolado la bandera de Castilla. Apenas llega, ordena que le traigan a su presencia a los refugiados encontrados en los alrededores. "Cumpliéronse sus decretos -dice Yánez, escritor patriota, quien conoció a muchas de aquellas personas- con la mayor exactitud, y a proporción que iban llegando los grupos a su presencia, eran destinados a la muerte, bien que previamente depositaban en una casa que él denominó Principal, en donde se exigía a cada uno declaración de su naturaleza y vecindad, si tenía algún dinero o alhajas, o las había dejado enterradas en algún lugar, después de cuyo acto, y en el silencio de la noche, eran sacados del Principal y conducidos a las orillas del río Neverí, en donde eran lanceados y arrojados a las aguas, para que, luchando con éstas y el dolor de las heridas, sirviesen de entretenimiento y satisfacción al autor y ejecutores de tan horribles escenas. A este principio dio Morales el nombre de baño, de modo que cuando decía lleven a ése al baño, sus esbirros le sacrificaban del modo dicho. Es de notar que en la misma noche de la llegada de Morales expidió sigilosamente una orden para que después de la retreta se tirase y matase a todo el que se encontrase por las calles, cuya orden ejecutaron puntualísimamente sus satélites, y entre los que murieron en aquella triste noche fue uno de ellos el joven Santiago Arguindegui; natural de Barcelona, imbécil por un accidente perlático que padecía, todo lo que fue descubierto por los clamores y gestiones que hizo

su dolorida madre, Graciosa Arrioja, respetada en esta vez por el segundo de Boves" (46).
Después de estas escenas sangrientas, Morales se dirigía a Maturín, a perseguir a Bermúdez, quien había logrado reunir un buen ejército. Ambos contendientes se encontraron cerca de Maturín, saliendo Morales completamente derrotado, teniendo que retirarse y aplazar su conquista del Oriente venezolano.
Boves había logrado reunir entretanto una caballería de primer orden. A todos sus lanceros prometió bienes de fortuna y tierras, además de trescientos pesos por cabeza si lograban derrotar a los patriotas de Oriente . Y con estas promesas salieron de Calabozo, vía Barcelona, llevando atrás una gran cantidad de ganado.
Boves pasó el 2 de septiembre por La Piragua; el 11, por la Villa de Aragua; el 20, por San Mateo. Y el 24, escribía a Caracas pidiendo que le enviasen de urgencia 30.000 cartuchos, 500 lanzas y suficiente dinero para pagar las tropas, preocupación esta última que desvelaba a Boves 47. Poco antes de llegar a Barcelona unos patriotas del pueblo de Santa Ana habían tenido la audacia de robarle algunas reses de las que llevaba su ejército. Por lo que destacó a Molinet, y al zambo Camero con orden de asesinar a éste si no cumplía las tremendas órdenes de Boves. "Habiéndoles yo reconvenido amigablemente, dice el capellán de Boves, y suplicado que no lo ejecutasen, al menos con las mujeres y los niños, me contestaron que no podían porque peligraban sus vidas, por cuya conservación cumplieron exactamente las órdenes de Boves" (48).
"Molinet llega a la casa de don José Barroso y su familia a las doce de la noche, cuenta M. Romero Bastardo, llega a la casa del Teniente Justicia B. B., toca a su puerta, y al salir éste a abrirle le da muerte; salvando y llevándose la hija de B. B., tócase degüello, y no hay perdón para nadie. Los vecinos al sentir la novedad buscan la salvación en el monte, donde era más segura su muerte, dada inhumanamente por los caribes... De 400 a 500 muertos puede calcularse en el degüello de Santillana; y entre los cadáveres apenas se contaban treinta hombres, y esto debido a que se encontraban veinte presos desde el día que largaron el ganado, los demás eran de mujeres y niños. La soldadesca embriagada, los semisalvajes caribes mandados por Diegote, sin freno de ninguna especie, se entregaron a los más torpes y vergonzosos desórdenes... A las ocho de la mañana reúnen los caribes una pila de cadáveres en la plaza y le dan fuego, arden también las casas, y todo se reduce a ceniza. Siguen por quince días el degüello y el incendio de los campos, y las familias que se salvaron se dirigieron a las selvas de El Tigre" (49).
Boves siguió su camino hasta llegar a Barcelona donde se le ofreció un baile. "¿Quiénes lo promovieron? Si en mi juventud hubiera tenido la "humorada" de hoy, cuenta un autor de la época, de escribir algo sobre nuestras tradiciones, sin duda que hubiera podido dar los detalles de ese baile; pero ya no es fácil: pudieron ser los promotores los mismos oficiales de Boves, o los godos del mantuanismo de Barcelona" (50). Lo cierto es que fueron bastante audaces los organizadores de tal recepción teniendo en cuenta el espantoso precedente de Valencia. Fue invitada toda la sociedad barcelonesa a la casa: de la señora Nieves Polo" donde se daba el baile. En el baile no pasó nada de particular. Pero muchos de los que salieron fueron agarrados para llevarlos a los "baños" del Neverí, inaugurados el mes anterior por Morales. También fueron asesinados los que no quisieron asistir. "Escalera y Sánchez fueron sacados de sus casas a las ocho de la noche; a las diez, viendo la esposa de Sánchez que no regresaba, sin embargo, de aun estar en la cama por haber dado a luz un niño, se fue al baile, y por influencia de la Polo, llevó sus súplicas a Boves -señora, le contestó, no tenga usted ninguna alarma, no hay orden de prisión contra nadie, eso será alguna chuscada de los oficiales para meterle miedo porque no vino al baile; muy temprano tendrá usted a su esposo en su casa-.

Fueron asesinados esa noche 48; eran sacrificados al arma blanca, y arrojados los cadáveres al Neverí; el Padre Améstica estaba allí (en el puente), para confesar al que pidiese confesión. Al día siguiente navegaban en el Neverí lanchas y canoas pescando cadáveres" (51).
El 25 de agosto, antes de estos sucesos, Bolívar llegó a Cumaná con el resto de la emigración. Su idea era embarcarse con aquellas desdichadas gentes y salvar la plata de Caracas. Era en cierta manera pesimista con respecto al éxito de una batalla contra Boves. Pero lo que luego sucedió confirmaría estos temores del Libertador. Aquella misma noche de su llegada "reuniéronse en su alojamiento los principales jefes y oficiales, y mientras él tomaba un alimento de soldado, conferían sobre el partido que debían seguir. En esto llegó un sargento trayendo un aviso que la escuadrilla se hacía a la vela. La hora, que era avanzada, y el acuerdo que para llevar a efecto la salida debía existir con la guarnición del castillo de San Antonio, les hizo concebir una perfidia de parte del jefe. Era éste un italiano llamado José Bianchi, especie de filibustero, hombre sin fe, que buscando riquezas, se había puesto al servicio de Venezuela para tener asilo en sus puertos y mercado en sus plazas para la venta de las presas que hacía" (52).
En efecto, esa tarde El Libertador había hecho embarcar la plata en los buques de Bianchi y ahora el pirata aprovechaba para escaparse. Bolívar encargó al Coronel Mariano Mantilla que fuese a bordo a convencer a Bianchi de entrar en razón. Apenas éste había saltado dentro del barco cuando era hecho prisionero. Y allí, dijo Bianchi al amordazado patriota, que como una concesión iba a permitir el embarque de los generales. Entonces subió primero el General Mariño, y ya entrada la madrugada El Libertador. El buque se hizo a la vela alrededor de las cuatro de la mañana (53).
Sobre el embarque de la plata labrada se ha gastado mucha tinta inútil. En sí el problema no ofrece dificultades. Blanchi pensaba coger parte de dicha plata porque no podía apropiársela toda al estar él bajo protección del Gobierno patriota. Blanchi no era un pirata como los que azotaron el caribe en el siglo XVIII, hada más de cien años que aquellos terribles filibusteros habían desaparecido del mar de los caribes. Bianchi era un mercader fuera de ley. El cual, muy posiblemente, atacaba barcos españoles, y se servía más que todo del comercio ilegal de armas y del contrabando para poder subsistir. El estado de insurrección de las colonias españolas era lo único que le protegía. B1anchi no podía vivir de piratería en las colonias inglesas ni en las francesas. Sin la protección de Bolívar le habrían ahorcado en la primera isla en la cual hubiese buscado refugio. Mientras que exigiendo de Bolívar, como luego lo hizo, una parte de la plata, la canción era diferente. Era el precio que pedía por llevar a los generales patriotas a un sitio seguro y dejar el resto de la plata. Bianchi sabía ya que el Gobierno de Bolívar, bajo el amparo del cual vivía, estaba a punto de desaparecer. De aquí, con esa sutilidad italiana haya querido robar sin cortar por eso todos los cabos que le unían con los independientes.
Bolívar, pues, llega a un acuerdo con Bianchi para poder salvar lo que le quedaba. Y la escuadrilla se dirige a Margarita, pero en el puerto de Pampatar fueron recibidos a cañonazos por Piar, quien desconoció la autoridad de Bolívar. Vueltos el 3 de septiembre al continente fueron desconocidos en Carúpano por José Félix Ribas y Bermúdez. La desintegración de la organización patriota comenzaba al propio tiempo que agonizaba la República. .
Ribas redujo a Mariño a prisión, y Bolívar, por ser su pariente cercano y además por tratarse de El Libertador, fue recluido en una casa M. Después de varias conferencias se propuso que El Libertador y Mariño se irían a Nueva Granada, quedando Ribas como Jefe absoluto de lo que restaba de Venezuela. Los dos libertadores aceptaron esta proposición. Y, más aún, sabiendo como sabían, que Ribas iba a ser jefe por muy corto

tiempo. Por eso, cuando Bolívar se iba a embarcar le recomendó a una señora emparentada con él, que le despedía, lo siguiente: "Dile a José Félix que se venga: que él aún no conoce como yo ni a Boves ni a sus tropas" (55). El barco salió justo a tiempo. Pues Piar ya había desembarcado y venía con 200 hombres a fusilar a Bolívar (56).
En realidad, estas rivalidades clásicas en todo país de estructura hispánica Iba a ser tan nocivas a la Independencia como los mismos realistas. Y quizás más. Años después cuando la guerra está mejor organizada, y Morillo en lugar de Boves es el contendor, un legionario británico explica con profundidad: "Estudiando con detenimiento la historia de la revolución encontramos que todas las desgracias acaecidas a los patriotas aquella guerra larga y agobiadora, los contratiempos y las derrotas, todo: en fin, puede achacarse a la irreflexión de los jefes independientes y, particularmente, a esa terrible emulación que los obliga a destruirse mutuamente. Sin la menor intención de desestimar el valor de los jefes españoles, diré que casi todos los triunfos que obtuvieron los deben a la ventaja que la sorda disensión que existía entre los jefes independientes les otorgaba" (57). De aquí que El Libertador haya escogido muchos oficiales extranjeros para sus campañas, pues, en nuestros países y más que todo en Venezuela detrás de cada limpiabotas se esconde un Presidente de la República, y nadie está dispuesto a ocupar el sitio que por su capacidad le corresponde. Bolívar, sociólogo eminente lo sabía mejor que nadie.
Boves, como había previsto El Libertador, llegaba a las puertas de Cumaná el 15 de octubre. Traía un ejército de dos mil hombres. Piar trató de detenerle en la sabana del Salado, pero fue completamente derrotado, teniendo que huir a toda carrera a Carúpano perseguido de cerca por el feroz Quijada. Este descalabro había sucedido porque Piar, sintiéndose más jefe que Ribas, no había querido seguir con sus tropas a Maturín a juntarlas a las de Bermúdez y, desobedeciendo así a la lógica y a la subordinación natural en la milicia, fue derrotado.
Al día siguiente hada su entrada Boves en Cumaná a "sangre y fuego", asesinando a diestra y siniestra a todos los que encontraba por las calles. Los blancos, como en las otras partes donde Boves había entrado, fueron los que más sufrieron, "sin que se escapasen de su furor los que se habían refugiado en los templos de donde se iban sucesivamente sacando, y sin más examen que decidirse por alguno, éste es caraqueño, éste parece patriota, se les quitaba la vida a lanzazos y machetazos" (58). Boves, parado cerca de la puerta de la iglesia, observaba sonriendo la degollina. "Entre estas víctimas se contó una mujer embarazada, que habiéndose amparado en la capilla del Carmen vino un oficial (Pedro Rondón Mercié) que por resentimientos pasados la arrebató al cura de quien se había también acogido y sacándola por la puerta de la sacristía le dio muerte a presencia de Boves, quien con serenidad y risa autorizó aquel asesinato" (59). Por la noche se organizó "un suntuoso baile" para Boves y los suyos. Los invitados, aun con las suelas de los zapatos manchadas con la sangre de los muertos, comenzaron a bailar. La orquesta estaba compuesta por "más de cuarenta músicos de los mejores que se hallaban aquí, emigrados de Caracas y de los que habían sido prisioneros en Maturín, entregándose Boves a todo género de desórdenes hasta las tres de la mañana en que se dio a la diversión con la muerte de la mayor parte de los músicos. Los muertos de este terrible día se cree no bajarían de mil personas. -Entre los músicos murió asesinado el célebre Juan José Landaeta, autor del "Bravo Pueblo" .
En el saqueo de Cumaná no se respetó nada. Eran escenas comparables a las de septiembre de 1792 en París. Con la destrucción de Cumaná aquellos hombres querían hacer desaparecer hasta los últimos vestigios de la sociedad colonial. La religión, la propiedad, los blancos, todo, absolutamente todo quedó destruido. Aun varios días después continuaron los asesinatos y los saqueos. El testigo que ya hemos citado

escribe: "No es posible pintar los desórdenes y excesos cometidos en Cumaná y su provincia en esta entrada de Boves. Los templos fueron profanados con el mayor escándalo, saqueando hasta el último extremo toda la ciudad y en algunas iglesias donde las mismas mujeres habían descubierto la Majestad Divina creyendo evitar así los peligros, eran arrojadas por los soldados las hostias y formas sagradas, y sin ningún remordimiento se guardaban en los morrales los copones y custodias, no escapándose las demás alhajas y ornamentos. Muchas imágenes fueron despojadas de sus vestidos que se vendían después para otros usos, los corporales se vendían para pañales de los recién nacidos y en las mismas iglesias eran quitadas sus prendas a las mujeres. Muchas de éstas fueron violentadas y algunas sufrieron la muerte porque resistieron con constancia. Cada noche se ejecutaba a cuantos se encontraban en el día, recorriendo todas las casas, y destinándose partidas por todas direcciones para exterminar a cuantos se habían refugiado en los bosques. Hombres buenos que jamás habían tenido parte en la revolución fueron sacrificados al furor de estos monstruos, y multitud de mujeres especialmente señoras fueron desterradas con vilipendio a las provincias extrañas; más de ocho mil almas perecieron contando con los estragos de la espantosa emigración, llegando a suceder que las madres arrojasen y abandonasen en los montes a sus hijos para huir de los peligros y de la muerte, y se cuenta de una que después de muerto su hijo se alimentó de su cuerpo para no morir de hambre" (60) .
Entre las personas conocidas que murieron en Cumaná figuran: don Juan Jerez Aristigueta y Blanco y un hijo de éste; dos hermanos del futuro Mariscal Sucre, Vicente y Magdalena, y en general casi todas las familias que salieron de Caracas y la mayor parte de las que vivían en la desgraciada ciudad. Al salir Boves y Morales en busca del ejército patriota, no quedaban sino siete u ocho blancos en una población, que había sido importante en tiempos de la colonia (61). Por eso es muy comprensible que muchas de aquellas gentes maldijeran en su fuero interno a los patriotas, quienes habían desencadenado "las iras del infierno" según la expresión de un aterrorizado contemporáneo.
Al salir de Cumaná, Boves ordenó que se aumentara su ejército con los hombres de los pueblos vecinos. De todas partes concurrieron la mayoría de ellos a la fuerza, porque en aquella región de Oriente, Boves no tenía el prestigio que gozaba en el llano y el centro. Una vez que estuvieron reunidos todos los hombres que quedaban por los alrededores, Boves les pasó revista. Terminada ésta ordenó que todos los voluntarios o reclutas que fueran blancos les matasen de inmediato, pues no quería en sus 1 tropas blancos aunque fuesen realistas. "Los hizo morir a todos en el campo por la noche" (62).
Por aquellos días una Real Orden le "premiaba" a recomendación de Cajigal con el título de Coronel, cuando él aspiraba y esperaba el de Capitán General de Venezuela:

Real Orden del 6 de octubre de 1814
El señor Capitán General de estas provincias me traslada con fecha de 23 del corriente la Real Orden siguiente:
El excelentísimo señor Secretario de Estado y del Despacho Universal de Indias, .en Real Orden de 6 de octubre último, me dice lo que sigue:
He dado cuenta al Rey nuestro señor de tres oficios del Comandante General del Ejército de Barlovento de esa provincias, don José Tomás Boves, en que con sus fechas de 27 de abril, 11 de junio y 5 de Julio de este año, a parte de sus operaciones militares e igualmente de otros dos del mismo comandante, sus fechas 22 de mayo y 16 de junio últimos, en que produce algunas quejas contra V. S. e incluye copias de varias contestaciones que ha habido entre ambos. Enterado de todo S. M. y atendiendo a que V. S. ha concedido ya a Boves el empleo de Teniente Coronel, ha resuelto que este jefe

continúe como ?asta aquí en el mando de sus tropas, con el empleo efectivo de coronel del Ejército, que el Rey le concede en consideración a su acreditado valor, a sus gloriosos triunfos y a sus grandes servicios; pero al mismo tiempo que le hace esta justicia y le honra y premia con tal generosidad y munificencia manda se le haga entender que ha sido muy desagradable a S. M. la conducta que ha tenido con V. S., .a quien ha debido y debe reconocer, y respetar como legítimo superior, lo cual espera S. M. hará en adelante, teniendo por cierto e indudable que el primer capitán del mundo y más coronado de laureles, pierde todo su mérito y obscurece su gloria por un solo acto de insubordinación y desobediencia: falta que en cualquier súbdito, y más en un militar, es menos perdonable que la cobardía. De Real Orden lo aviso a V. S. para su inteligencia y cumplimiento, y a fin de que sirva de gobierno al interesado, ínterin, se le expide el Real despacho correspondiente.
Lo participo a V. S. para su inteligencia.
Dios guarde a usted muchos años. Puerto Cabello 27 de febrero de 1815.
DIONISIO FRANCO.

Sr. Intendente Interino de la Real Hacienda (63).

Tuvieron, en realidad, mucha suerte el Rey y Cajigal en que este despacho no llegara a manos de Boves. Hubiera sido el corte definitivo del débil hilo que le unía a la Corona, al Orden y a la Religión. Este despacho era una afrenta abierta y descarada a un hombre que de por sí era dueño de Venezuela. Era desconocerle por completo. Muy posiblemente, España, le trataba así, como a un oficial de ordenación natural, por los despachos que con cierta frecuencia enviaba Boves al Ministerio de la Guerra. Por eso, "debe reconocer y respetar como legítimo superior" a Cajigal, a quien no había asesinado en el camino de Guacara porque no le había dado su gana, era en realidad tratarle como a un oficialillo de la milicia española.
La Corona no comprendía a ciencia cierta lo que Boves representaba. Creía muy posiblemente con toda candidez que el movimiento destructivo de la rebelión popular era a su favor, idealísticamente a su favor. Y estaba equivocada. Boves y los suyos, como tantas veces lo hemos dicho en estas páginas, habían abrazado la causa del Rey solamente como un pretexto para llevar a cabo lo que les era muy difícil realizar bajo la bandera patriota. De haber sido lo contrario, de haber estado los poseedores, del lado de España, Boves hubiese sido, sin lugar a dudas, el Páez definitivo. Pero estos movimientos complicados eran de difícil asimilación para la Corona, la cual no había tenido ningún ejemplo semejante en sus colonias. Así se explica la actitud de este despacho.
Ribas y Bermúdez se disponían a hacerle frente a Boves con sus dos fuerzas reunidas, pero aquí brilló una vez más el dicho de Napoleón: "es preferible un general malo que dos buenos".
Bermúdez debía, en su testarudez, no convenir en el plan de Ribas ni Ribas en el de Bermúdez. Total: fue que Ribas se devolvió a Maturín y Bermúdez siguió a las Lomas de los Magueyes a esperar a Boves. Era la mañana del 9 de noviembre. "Efectivamente, dice Boves, se presentó el enemigo, ocupando la madrugada del día de ayer varias alturas del importante punto de los Magueyes, y reconocida por mí su situación dispuse atacarlos, y a las tres horas de un fuego vivo logré derrotar completamente el número de mil doscientos hombres, persiguiéndoles más allá de dos leguas del pueblo de Aragua, habiéndole cogido un cañón, crecido número de fusiles y demás pertrechos de guerra, habiendo tenido por mi parte treinta y cinco muertos y cuarenta y cinco heridos. Lo participo, etc.

JOSÉ TOMÁS BOVES.
Dios, etc. Guanaguana, 10 de noviembre de 1814."

Boves llegaba a la perfección. A menos de ser falsos, estos números, son de una gran elocuencia. Demuestran por sí solos el alto grado de maestría técnica que había logrado poseer. Resulta casi imposible concebir que un hombre con sólo haber perdido treinta y cinco hombres, haya derrotado y perseguido a mil doscientos enemigos. La facilidad del triunfo asombra. De aquí que muchos de aquellos supersticiosos soldados, tanto realistas como patriotas, creyeran que Boves era el demonio en persona. .
Luchar contra aquel hombre ya mitológico era una tarea difícil Los soldados patriotas le temían e iban muchas veces al combate con el heroísmo del que cree con seguridad que le van a matar. Luchaban con desespero. Esta situación de inferioridad sicológica, sumada a los otros factores que conocemos, hacía que el triunfo fuese muy dificultoso. Bajo estas desiguales condiciones estaban Bermúdez y Ribas en los últimos días de la segunda República.
Boves, por su parte, veía su misión terminada. Con la paz volvía la autoridad Real, y Cajigal, con sus nobles oficiales. El triunfo le era más perjudicial que la derrota. Los apacibles días caraqueños se lo habían demostrado. Su revolución, su rebelión niveladora y social, no tenía salida en la Venezuela colonial de aquel entonces. Sólo mediante la lucha podía mantener: en su actitud de caudillo reivindicador y democrático, la tranquilidad de la paz, el sillón agradable del mando administrativo, le eran fatales. Constituían su misma muerte y quizás su impopularidad. La única salida posible para él, y la mejor para los patriotas, era su desaparición. Por eso, el lanzazo de Urica fue tan beneficioso para ambos.

V. El lanzazo

Con la derrota de Los Magueyes las discrepancias de Ribas y Bermúdez no hicieron más que acentuarse. Cada uno de ellos ofrecía un plan de campaña que no era compartido por el otro, Ribas consideraba que era mucho mejor buscar y atacar al enemigo en campo abierto; para esto contaba con unos batallones de choque creados por él y denominados "Rompelíneas" . Bermúdez, con la experiencia de tres batallas, dos ganadas y una perdida, era de opinión que el luchar atrincherados en Maturín era mucho mejor y más ventajoso, ya que de esta manera, como en San Mateo y Aragua de Barcelona, se podía anular el empuje de la caballería llanera. Ribas, que estaba invicto y que jamás había comandado fuerzas contra Boves, tuvo mejor acogida y su plan fue aceptado; creyendo en la posibilidad de un triunfo se dirigió a Urica lleno de esperanza (64).
El 5 de diciembre se encontraron en la mesa de Urica. En el camino a Urica, Boves y Morales habían tenido un serio roce, porque cuando llegaron a la mesa, dice Yánez, Boves "trató con aspereza y menosprecio a Morales, por haber atacado a Maturín contra la expresa orden que le había dado, de los que resultó desavenencia entre los dos caudillos, manifestando Morales deseos de venganza" (65). Los ejércitos realistas fluctuaban entre cinco o seis mil hombres; mientras los patriotas, según Yánez tenían 4.227 soldados.
"Formada nuestra tropa en estado de batirse marchamos de frente y cuando ya sufríamos un duro fuego, cuenta el General Monagas, y ya encendido el combate ordenó que los

dos cuerpos “Rompelíneas” cargaran el ala derecha del enemigo lo que ejecutamos de una manera decisiva porque al momento todos fueron muertos y dispersos. Cuando Boves vio que su fuerte columna era envuelta, salió de su centro precipitadamente" (66) El eje de esta valiente maniobra, era en realidad Pedro Zaraza quien dirigía los “Rompelíneas” por orden del mismo Ribas (67) Boves al ver que os patriotas destruían el ala izquierda se dirigió rápidamente con su caballo, a evitar con su presencia la desbandad Pero llegando demasiado cerca de la refriega se le paralizó el caballo, se le "estancó" como dijo Morales, siendo alcanzado por un patriota. Boves trató de "echar pie a tierra" y en el mismo acto de descolgarse de la silla fue atravesado su corazón por sacrílega lanza que privó desgraciadamente la vida, como dice un furibundo realista, al hombre más valiente que se ha visto en América" (68) .
Pero el ala derecha de los realistas cargaba impetuosamente sobre los patriotas causando un pánico inesperado. La infantería y la escasa caballería republicana huían perseguidas de cerca por los hombres que un año más tarde serían los de Páez. La degollina fue espantosa. Sólo las lanzas entrando en los vientres y atravesando los costillares era lo único que se oía en aquel campo de muerte. No había cuartel para nadie. Cada cual se salvaba como podía, en los yerbales, en los árboles, en las cuevas. Pero los realistas, en su búsqueda minuciosa, encontraban a casi todos estos desgraciados.
Después de la batalla se encargó del entierro de Boves su capellán el Padre Llamozas. He aquí la copia del acta de defunción hecha a requerimiento del Gobierno español dos años después:
"Don Josef Ambrosio Llamozas. Dignidad de Tesorero de esta Santa Iglesia Metropolitana, caballero de la Orden Americana de Isabel la Católica, condecorado por S. M. el Rey de los franceses con la Flor de Lis. Como Vicario y Capellán primero que fui del Exército de S. M. en Barlovento, certifico en debida forma que el señor don Josef Thomas Boves, Coronel de los Reales Exércitos y Comandante general de aquella División, falleció en la acción que dimos en las inmediaciones de Urica, a primeros de diciembre de 1814, cuyo cadáver conduje yo mismo del campo de batalla, en compañía de Andrés Tomé, Juan Esteban Relazques Y don José Sánchez Correa; y le di sepultura en el primer tramo de la iglesia parroquial del pueblo de Urica. Y para que conste, lo firmo en esta ciudad de Caracas, a 4 dé diciembre de 1816."

En realidad, apenas se supo en el campo realista y en el patriota la muerte de Boves, se empezaron a correr las más extrañas historias de donde no salían bien librados ni Morales ni el Gobierno español . El jefe del Movimiento Popular no dejaba con su muerte ni un sucesor digno de su talla ni bienes de fortuna de ninguna naturaleza. Luego se supo, en certificado expedido por su segundo, Morales, que el difunto tenía unos trescientos pesos que había prestado a su capitán de Infantería Pedro Casales, comandante de la Villa de Calabozo (69).
En el campo de batalla quedaron tendidos muchos venezolanos conocidos. Entre éstos el sabio Miguel José Sanz, quien fue alcanzado en la subida del Caracol por los jinetes de la degollina. Fue Vicente del Castillo, quizás, el último que le vio con vida. En sus Memorias cuenta que en el camino de Urica, poco antes de la batalla, "me dijo el Licenciado Sanz en ese tránsito, que tuviéramos cuidado, pues José Félix (que así trataba al General Ribas, como éste a él con gran respeto) le había ofrecido situado en el acto de la acción donde no peligrase; pero como esto no era posible ni prudente por más que lo solicitamos, nos retiramos al pie de un árbol que calculamos suficientemente distante, pero a muy poco fuimos completamente destrozados... siendo por consecuencia muerto a lanza, machete y bayoneta toda, toda nuestra infantería que ocupaba el centro mismo de la infinita mesa de Urica, al mando del valiente sereno Bias

Paz del Castillo. Al Licenciado Sanz, que huía conmigo cuando hubo de creer me que estábamos derrotados por la preocupación que llevaba con el rompelíneas, lo pude ver hasta subir el Caracol, senda estrecha y tortuosa que habíamos bajado para entrar en la inmensa sabana de la acción; y allí alcanzamos a Ribas que huía también, y con el cual continué hasta Maturín, sin que volviésemos a ver a aquel respetable sabio, no quedándome duda, por tanto, de que en ese espacio fue muerto" (70).

Aquella misma noche un grupo de altos oficiales realistas, con los rostros enrojecidos por la luz de una gran fogata, discutían quién iba a ser el jefe y continuador de la labor de Boves. Morales era el más fuerte pretendiente, por no decir el único, aunque siete de sus más altos compañeros opinaban que, una vez desaparecido el caudillo llanero, lo más indicado era devolver el mando al Capitán General Cajigal, legítimo Jefe de la campaña de Venezuela. Morales estaba negado a aceptar esta resolución. Pero tenía en su contra que de tres grandes combates donde había sido comandante absoluto había perdidos: La Victoria y Maturín, y triunfado solamente en la Villa de Aragua. Su posición era difícil de sostener. Pero hombre de abundantes recursos, decidió quitarse de en medio a sus opositores. Les mandó a cortar las cabezas con soldados de su confianza, enviándolas en sacos a Caracas, para que la ciudad se impresionara con el nuevo Jefe de Oriente. Tal suceso ha pasado a la Historia con el nombre de "Acta de Urica", acontecimiento éste que no debía ser de larga duración, pues Morales, ni por su prestigio, ni por sus cualidades de guerrero, ni por las circunstancias, ya que la tranquilidad llegaba con la derrota de los patriotas, podía mantenerse en el poder, tratando de imitar así al Atila de Los Llanos. Su única razón de ser resultaba ficticia al desaparecer las condiciones que le podían ayudar .

Morales, tratando de alargar lo más posible su jefatura y queriéndole dar un adorno más a su carrera, se dirigió a Maturín, último bastión patriota en Venezuela, donde estaban reunidos Ribas, Bermúdez y el resto de los que habían podido escapar de la degollina de Urica. "Allí, dice Díaz, estaban las familias de los sediciosos emigrados de todos los pueblos y la mitad de la nobleza de Venezuela" (71).

El 10 de diciembre por la tarde llegaba Morales a las puertas de la ciudad. Pero el ataque estaba dispuesto para el día siguiente. Aquella noche Morales durmió con la calma y la tranquilidad que dan el número y la certeza en el triunfo. Por la mañana, con los primeros cantos de los gallos y cuando el sol comenzaba a dar tonalidades amarillentas a las casas de Maturín, "se puso en movimiento. A las ocho principió un ataque contra las baterías del frente. Continuaba a las once con encarnizamiento, cuando un cuerpo destacado la noche anterior, después de vencer obstáculos inconcebibles, entraba por la espalda en las calles del pueblo. Los enemigos, sigue diciendo el realista Díaz, se vieron sorprendidos y atacados en sus mismas baterías sin poder oponer resistencia. Entonces se decidió la batalla. Nada es comparable a aquella escena espantosa. Los sediciosos abandonaron sus baterías, y el General Morales penetró también en el pueblo por el frente. Aquellos soldados, enfurecidos, ya no oyeron la voz de sus oficiales y de su General. El fuego y el hierro acabaron allí por entonces a la rebelión de Venezuela. Allí perecieron muchas de las principales familias desde sus cabezas hasta sus esclavos. Allí quedaron en poder del vencedor las armas, la3 municiones y los restos de sus fortunas que aquéllos habían podido llevar consigo; allí también se cogieron 36 quintales de alhajas de plata y oro robadas por el Sedicioso en su fuga a las iglesias de Caracas, y las cuales, remitidas puntualmente al Reverendísimo e Ilustrísimo Arzobispo, se entregaron a las iglesias a que pertenecían: entrega que yo presencié por orden del Gobierno" (72).

Algunas personas pudieron huir hacia los montes la tarde anterior. Todo estaba perdido. Muertos y heridos solamente quedaban de los ejércitos de Oriente en la espantosa

derrota.
Bolívar tenía razón cuando había querido llevarse las alhajas fuera de Venezuela. Y ahora, gracias a la intransigente y poco previsible actitud de Ribas, el tesoro que debía darle la libertad a Venezuela volvía a manos de los realistas, dejando en la miseria económica al movimiento de Independencia que organizaban en el extranjero Bolívar y los suyos. Ribas ha tenido que darse cuenta de su error cuando huía precipitadamente por las montañas del Tigre y Barcelona, viendo escondidas como fieras a muchas de las familias de Caracas en las cuevas y las espesuras.
Tenía la intención de atravesar todo el territorio de Los Llanos del Centro para dirigirse a Barquisimeto, donde erróneamente suponía a Urdaneta. La travesía estaba llena de peligros. Quizá mucho mejor hubiese sido emigrar con El Libertador a organizar la vuelta con mejores posibilidades de triunfo. Pero ya era muy tarde y no le quedaba otro recurso que hacer frente a las circunstancias. Sin mayores contratiempos, pudo atravesar Los Llanos que hoy forman parte del Estado Anzoátegui. Comiendo hierbas y raíces y durmiendo en los bosques, cerca de las serpientes, que se deslizaban entre las piedras, y los ojos amarillos de los tigres, que les observaban en la oscuridad. Así llegaron en los primeros días de enero a un lugar situado a pocos kilómetros de Valle de la Pascua, denominado "Las dos Palmas". Allí Ribas envió a un esclavo que le acompañaba a que buscase noticias y alimentos. El esclavo fue traicionado por otro esclavo llamado Concepción González, el cual fue conduciendo a las autoridades realistas hasta el sitio donde estaba refugiado el jefe patriota (73). "Cogieron a Ribas, según es fama, profundamente dormido, y después que le hubieron maniatado, le llevaron al pueblo, escarneciéndole con obras y palabras indecentes, a las cuales unió en breve el populacho sus oprobios asquerosos" (74).
Desde allí, bien amarrado con mecates, le llevaron a Tucupido. El mismo día de su llegada, un 15 de enero, le fue cortada la cabeza por orden del zambo Barrajola, y enviada por Barcelona a Caracas, fue expuesta en esta última ciudad en una horca, en medio de dos escuadrones de caballería y una brigada de artillería. Triste ha debido de ser aquel espectáculo. El pueblo caraqueño recordaría los días de 1811, plenos de ardor y de esperanza, al ver aquella cabeza de color de cera, salpicada de coágulos, con el gorro encarnado de la Sociedad Patriótica. Aún frescas estaban las palabras de Coto Paúl. Aún resonaban encima de aquellos muros y ruinas, por entre la multitud silenciosa, como una profética letanía:
"Cuando la anarquía haya destruido lo presente, y espectros sangrientos hayan venido por nosotros, sobre el campo que haya labrado la guerra se alzará la libertad."

Epílogo

Con la muerte de Boves, la rebelión se dispersó. Morales no pudo sostenerse como jefe único del Oriente. Terminó por reconocer a Cajigal, entrando pacíficamente por las vías del orden. Al propio tiempo, España enviaba la expedición de Morillo, con 11.000 soldados veteranos de las guerras contra los franceses. El porvenir de Venezuela parecía bastante dudoso en apariencia. Pero estructuralmente estaba resuelto. La verdadera lucha de Independencia iba a comenzar.
Ya en alta mar fue cuando vinieron a saber los expedicionarios de Morillo que no iban a Argentina, sino a Venezuela. "General consternación, cuenta un oficial español que venía en el buque de Morillo, causó esta nueva. Todos sabíamos que en Buenos, Aires y

Montevideo los rebeldes estaban divididos, que uno de sus bandos esperaba las tropas del Rey para pasarse a ellas y auxiliarlas, y que en la Casta Firme la guerra se hacía sin cuartel y Con salvaje ferocidad." (75).
Morillo venía a imponer el "orden" entre los mismos "realistas" de este lado. Cuando salió de España ignoraba que Morales había reconocido a Cajigal Cuando llega a Tierra Firme se entera de que todo estaba en calma, al menos por el momento.) Apenas desembarca comienza a hacer una política que llamaríamos más bien de disolución de la "rebelión popular", política ésta altamente beneficiosa para Bolívar y los suyos. Morillo no era un guerrillero de los que hasta ese momento estábamos acostumbrados a ver. Era un militar de primera categoría. Había hecho toda la campaña española con el duque de Wellington. Era un estratega brillante: liberal y masón . Datos interesantes para conocer el personaje.
Muchas veces se le verá en campaña con un paraguas verde para protegerse de los rayos del sol. Lo que no es indicio de cobardía o amaneramiento. Era en realidad un valiente. En el Semen y en Los Llanos iba a demostrar muchas veces su hombría. "Era Morillo un hombre de alta estatura, bizarro y airoso, como militar. Bigote y cejas negras, color trigueño rosado y cejijunto tanto, que eso, y el labio inferior saliente, daban un gesto amargo a su fisonomía, que era ciertamente el rostro de un soldado veterano, bien que su aspecto no anunciaba ser un hombre de más de cuarenta y cinco años. Su voz era atronadora y bronca, altivo, déspota y brutal en sus palabras y de modales ásperos y toscos. El acercarse a él era un motivo de miedo y de terror. Vestía ese día una casaca corta de paño azul, con bordados dorados en el cuello y boca mangas, pantalón blanco de punto, botas altas y una cachucha de larga visera. Montaba un caballo grande y hermoso, enjaezado con el lujo adecuado a su persona. Su séquito se componía de algunos edecanes, un estado mayor y un piquete de húsares" (70).
Lo que más impresiona a Morillo en Venezuela es la escasez de blancos y los odios de los pardos y negros del ejército de Morales contra los que subsistían. Por eso escribe espantado: "La mortandad y la desolación que una guerra tan cruel ha ocasionado va disminuyendo, de un modo conocido, la raza de los blancos, y casi no se ven sino gentes de color, enemigos de aquéllos, quienes ya han intentado acabar con todos." Y poco más tarde, cuando se empapa más en el asunto venezolano y estudia su composición, no duda en decir que la guerra en nuestra patria era "ya una guerra de negros contra blancos" (77). Lo que sucedía en verdad era que las tropas de Boves se iban reuniendo poco a poco bajo las banderas patriotas y la emprendían contra los soldados españoles, blancos todos.
Desde que desembarca en Oriente trata de reunir bajo el nombre del Rey a todos los blancos, aun aquellas familias patriotas que habían huido cuando la rebelión al extranjero o que todavía sobrevivían en las cuevas de los bosques. Cumaná y la región de los alrededores la recorre imponiendo el orden y destituyendo a los negros de los cargos que les había dado Boves, bajo el pretexto de que era necesario: "cicatrizar las heridas abiertas por el furor de la revolución, marché con el ejército sobre Cumaná y Barcelona, para reconocer el país y restablecer el orden, que debía necesariamente haber desaparecido después de una de las más sangrientas campañas que haya afligido a Venezuela" (78).
Esa reunión de los blancos contra los negros no son del agrado de Morales, quien en su "zamarra" psicología sabe bien que va a ser explotada por los patriotas en su provecho; además, conoce que muchos de los blancos que se acogen al "perdón" de Morillo no son en el fondo sino patriotas disfrazados, que esperan una oportunidad para quitarse la careta y luchar en favor de la patria. Por eso aprovecha cuando Morillo indulta a Arismendi para decirle: "Mi General, desde ahora le predigo que fracasará usted en su

expedición. Al decretar usted el indulto de Arismendi y demás cabecillas que alberga esta isla (Margarita), ha decretado usted la muerte de millares de peninsulares y de venezolanos leales que por ellos han de ser asesinados." Morillo, disgustado, le dice: "Señor Brigadier, no le he pedido a usted consejos." Morales contestó: "Es verdad, mi General, y en lo adelante me abstendré de dárselos. Me queda, en cambio, la satisfacción de haber cumplido con un deber de conciencia, y tal vez la Historia, al consignar en sus páginas el fracaso de la grande expedición de Morillo, consagre unas líneas a explicar que hubo un español íntegro, conocedor del país y de sus habitantes, que desde el principio señaló lealmente a su general los peligros a que una mala entendida lenidad le exponía: se dirá que V. E. fue vilmente engañado, pero que no lo fueron los veteranos del ejército de Venezuela. El tiempo, mi General, el tiempo y la Historia dirán cuál de los dos se equivoca" (79). El equivocado fue Morillo. Morales, conocedor de la lucha en Venezuela y de los venezolanos, tenía razón. La guerra no podía ser sino a muerte.
Pero la política por él observada contra los "pardos" dentro del ejército realista fue la más errada que imaginarse pueda. Sus oficiales se burlaban de los "desarrapados" llaneros, tratándoles más bien como seres inferiores, olvidando que habían sido ellos los que' indirectamente habían acabado con la República de Bolívar y no los españoles de brillante uniforme. No quiso reconocer los títulos y despachos dados a los oficiales criollos, destituyéndoles de los cargos que poseían dentro del ejército y licenciándoles. En realidad, Morillo actuaba de esta manera porque el Ministerio Universal de Indias lo había autorizado. En las instrucciones que le dieron antes de salir decía muy particularmente que "en un país donde desgraciadamente está el asesinato y el pillaje organizado, conviene sacar las tropas y jefes que hayan hecho allí la guerra, y aquellas que, como algunas de nuestras partidas han aprovechado los nombres del Rey y Patria para sus fines particulares cometiendo horrores, debe sí separárselos con marcas muy lisonjeras, destinándoles al Nuevo Reyno de Granada y boqueo de Cartagena de los que por desgracia hay en la Capitanía General de Caracas" (80).
Por eso Bolívar, antes que todo político, deja entrever en esta carta la nueva táctica a seguir. La esboza y la ofrece a extranjeros, amigos y enemigos. Apenas vuelve a Venezuela cuando proclama la libertad de los esclavos. Tremola la bandera que hasta ayer había ondeado en el campo realista y se lanza a todo galope contra las organizadas infanterías de Morillo.
Morillo cumple al pie de la letra estas instrucciones. Saca de Venezuela cerca de 4.000 hombres considerados "peligrosos" y les envía a Colombia y al Perú. Entre estos regimientos se hizo célebre el "Numancia", quien, pasándose años después en el Perú al General San Martín, había de cubrirse de gloria luchando por la Independencia americana (81). Al conocido y popular llanero Alejo Mirabal, héroe de muchas acciones y triunfador de Bermúdez en la Villa de Aragua, y a quien sus soldados adoraban, expulsó a España bajo el solo pretexto de que no le gustaban los blancos. En una carta al Ministro de la Guerra, dice Morillo: "He dispuesto se embarque en calidad de preso y bajo partida de registro el capitán pardo Alejo Mirabal, encargado a la responsabilidad del Ayudante Mayor del 6º Escuadrón del Real Cuerpo de Artillería Volante, D. Emigidio Salazar, que pasa a la Península consecuente a Real Orden, con las de entregarlo a la disposición del Gobernador de la Plaza de Cádiz, quien lo conservará arrestado hasta la resolución de S. M. El expresado capitán es uno de los individuos que en los primeros pasos de la revolución de estas provincias' se declaró por la causa de S. M. y ha hecho buenos servicios; pero después ha salido de los límites de su esfera y se ha hecho sospechoso por su conducta. Según informes que he tomado de personas juiciosas y fidedignas, resulta ser enemigo acérrimo de todos los blancos. Es también

hombre que ha mandado gente de su color y tiene demasiado influjo sobre ella, por lo que he creído sería imprudente y muy arriesgado el conservar en este país un enemigo que se ha indicado de un modo tan conocido, el cual podía perturbar el orden y suscitar alteraciones; por lo que me ha parecido conveniente, al mejor servicio del Rey y a la seguridad de este Continente, remitirlo a la Península... , que nunca vuelva aquí y que se le tenga lejos de los puertos de mar, donde sea más remota la ocasión de su fuga" (82).
Bolívar, que era un hombre de gran perspicacia, comprendió, cuando Boves desaparecía del campo de la acción, que una nueva época iba a comenzar. Por eso afirmaba: "la muerte de Boves es un gran mal para los españoles, porque difícilmente se encontrarán reunidas en otro las cualidades de aquel jefe" (83). Y aún poco antes que Páez entre en acción, husmea que el viento es favorable a la Independencia, pues la unión de todos los venezolanos, pardos, blancos y negros, que en esos momentos comenzaba a florecer en los bosques y en las apartadas sabanas de Venezuela, era el indicio más elocuente de una verdadera lucha por la nacionalidad. Por esta razón, dice: "Los actuales defensores de la Independencia son los mismos partidarios de Boves, unidos con los blancos criollos, que jamás han abandonado esta noble causa." Y agrega un poco más adelante, disgustado con los europeos, y con los ingleses en particular, por haber tolerado la rebelión, que no se extrañen si tomando las banderas demagógicas de esa misma rebelión hace la Independencia de tal manera que pueda ir contra sus intereses, por eso dice: "El abandono en que nos ha dejado es el motivo que puede, en algún tiempo, desesperar el partido independiente hasta hacerlo proclamar máximas demagógicas para atraer la causa popular; esta indiferencia, repito, es una causa inmediata que puede producir la subversión y que sin duda forzará al partido, débil en algunas partes de América, a adoptar medidas, las más perniciosas, pero las más necesarias para la salvación de los americanos, que actualmente se hallan comprometidos en la defensa de su patria contra una persecución desconocida en todo otro país que la América española. La desesperación no escoge los medios que la sacan del peligro" (84).
Por eso Bolívar, antes que todo político, deja entrever en esta carta la nueva táctica a seguir. La esboza y la ofrece a extranjeros, amigos y enemigos. Apenas vuelve a Venezuela cuando proclama la libertad de los esclavos. Tremola la bandera que hasta ayer había ondeado en el campo realista y se lanza a todo galope contra las organizadas infanterías de Morillo. Y allí comienza la verdadera guerra patria. Desde aquel momento la lucha social, la rebelión popular, termina en Venezuela y comienza la "guerra internacional". Los criollos que todavía quedan bajo las órdenes de Morilla no son más que tristes mercenarios situados en relación de inferioridad al lado de sus compañeros peninsulares. Y los antiguos jefes de la rebelión, que por imposibilidad absoluta no pueden pasarse al campo patriota, terminan por ser apartados o expulsados del territorio venezolano, muriendo los que quedan de manera oscura en los campos de batalla con los rostros vueltos hacia la tierra.
Por eso podían cantar algún tiempo después los soldados patriotas aquellas elocuentes cuartetas, que pintaban a maravilla la desaparición de la rebelión y de sus fantasmas terroríficos:

En Urica murió Boves;
En el Alacrán, Quijada,
y en el sitio del Juncal,
Rosete y sus camaradas (85)

Bolívar, cuando volvió a Venezuela después de sus expediciones por mar, era el terror de los españoles. Al frente de los escuadrones patriotas atacaba de manera desesperada,

exponiéndose una y mil veces para lograr el triunfo. En el Semen, cuenta el Capitán Wawell, Bolívar, con su divisa negra con la muerte pintada, se lanzó varias veces entre los enemigos para decidir la victoria en su favor, pero el número de los españoles y el armamento deficiente le hicieron perder una batalla que de corazón había ganado. "En una ocasión derribó con su lanza al abanderado de uno de sus regimientos que se retiraba. Empuñó en seguida la bandera caída y la lanzó en medio de las filas enemigas, hacia las que había avanzado al galope... El Teniente Coronel Rooke, que no se separó de Bolívar durante toda la acción y que fue herido dos veces, nos dijo luego que creía que Bolívar había perdido la cabeza o que deseaba morir en aquella batalla, por 10 poco que había cuidado de sí mismo" (86).
Bolívar estaba decidido a efectuar la Independencia de la patria a cualquier costo. Reúne a su alrededor a todo el pueblo venezolano. Impone la igualdad de clases en sus filas. Enaltece a los negros que, como Pedro Camejo, merecían el título de héroes. Elimina las cortesías y los aristócratas innecesarios de la dirigencia nacional. Por eso, el mismo Wawell describe al Bolívar de aquella época con pinceladas que destacan la realidad del momento. Es todo un verdadero jefe de estructura democrática. Detrás de aquel recio guerrero quién hubiese podido reconocer al hombre acostumbrado a la buena vida, a los salones dorados, a los mimos de una sociedad de la cual era su exponente más destacado. "El equipo de Bolívar respondía perfectamente a los escasos recursos del ejército patriota. Llevaba un casco de dragón raso, vestía una blusa de paño azul, con alamares rojos y tres filas de botones dorados. Empuñaba una lanza ligera, con una banderola negra, en la que se veían bordados una calavera y unos huesos en corva, con esta divisa: "Muerte o libertad." Innúmeros oficiales que rodeaban a Bolívar eran de color, no así los generales Páez y Urdaneta, por ejemplo, que eran blancos. Pocos llevaban uniformes militares" (87). Este Bolívar que nos enseña Wawell era el que debía encarnar al pueblo venezolano y representar en sí todo el sacrificio de la patria en su lucha por la Independencia. Seis largos años de intensa lucha faltaban todavía. Al terminar la guerra, Venezuela debía dejar esparcidos como una semilla generosa de libertad a ciento treinta mil hijos suyos, perdidos para siempre bajo el suelo de los cerros y Los Llanos y en las aguas profundas de sus ríos .

BIBLIOGRAFIA DEL CAPITULO SEXTO Y DEL EPILOGO

1. A. VALDIVIESO MONTAÑO, José Tomás Boves. Edit. La Esfera. 1931. Pág. 104.
2. JUAN ESCALONA, Los dos sitios de Valencia. .Boletín de la Academia de la Historia., n. 98, pág. 143.
3. JOSÉ DOMINGO DÍAZ, Recuerdos sobre la Rebelión de Caracas. Imprenta de León Amarita. Madrid, 1829. Pág. 167.
4. Carta de Boves a Díaz. JOSÉ DOMINGO DÍAZ. Op. Cit, pág. 176.
5. JUAN ESCALONA, Op. Cit, pág. 143.
6. JOSÉ FÉLIX BLANCO, Bosquejo histórico de Venezuela. «Boletín de la Academia de la Historia., n. 17, pág. 549.
7. JOSÉ DOMINGO DÍAZ, Op. Cit, pág. 176.
8. J0SÉ FÉLIX BLANCO, Op. Cit, pág. 549.
9. JUAN ESCA'.ONA, Op. Cit, pág. 154.
10. FRANCISCO JAVIER YÁNEZ, Relación documentada de los principales sucesos ocurridos en Venezuela desde que se declaró Estado independiente hasta el año de 1821. En tres vols. Edit. Elite. Caracas, 1943. Tomo n, pág. 186.
11. JUAN ESCALONA, Op. Cit, pág. 154.
12. JOSÉ FÉLIX BLANCO, Op. Cit, pág. 549.
13. JOSÉ FÉLIX BLANCO,. Op. Cit, pág. 550.

14. JUAN ESCALONA. Op. Cit, pág. 154.
15. JUAN ESCALONA. Op. Cit, pág. 154.
16. A. VALDIVIESO MONTAÑO, Op. Cit, pág. 103.
17. JOSÉ FÉLIX BLANCO, Op. Cit, pág. 550.
18. JOSÉ AUSTRIA, Bosquejo de la Historia Militar de Venezuela. Pág. 56. Caracas.
19. JSÉ FRANCISCO HEREDIA, Memorias sobre las Revoluciones de Venezuela. Edit. Garnier. París, 1895. Pág. 267.
20. JUAN ESCALONA, Op. Cit, págs. 155 y 156.
21. JUAN ESCALONA, Op. Cit, pág. 155.
22. JOSÉ FÉLIX BLANCO, Op. cit . pág. 550.
23. JUAN ESCALONA, Op. Cit, pág. 156.
24. JOSÉ DOMINGO DÍAZ, Op. Cit, pág. 182.
25. JOSÉ MANUEL RESTREPO, Historia de la Revolución de la República de Colombia. En cuatro vols. Imprenta de J. Jacquin Besanzón. 1858. Pág. 264. Tomo II
26. DUCOUDRAY-HOLSTEIN, Histoire de Bolivar. Imp. Lavasseur. París, 1831. En dos vols. págs. 240 a 243. Tomo I.
27. «Boletín de la Academia de la Historia», núm. 71. Pág. 516.
28. MANUEL LANDAETA ROSALES, Recepciones hechas en Caracas a personajes notables. Caracas. Imprenta Bolívar, 1907. Pág. 7.
29. ARÍSTIDES ROJAS, Leyendas históricas de Venezuela. Segunda Serie. Imprenta y litografía del Gobierno Nacional. Caracas, 1891. Pág. 44.
30. «Boletín de la Academia de la Historia», núm. 71, pág. 520.
31. JOSÉ FRANCISCO HEREDIA, Op. Cit, pág. 221.
32. JOSÉ FRANCISCO HEREDIA, Op. Cit, págs. 212 a 214.
33. JOSÉ MANUEL RESTREPO, Op. Cit, pág. 282.
34. JOSÉ MANUEL RESTREPO, Op. Cit, pág. 271.
35. «Boletín de la Academia de la Historia», núm. 76. Pág. 541.
36. Pbro. JOSÉ AMBROSIO LLAMOZAS, Memorial presentado al Rey por el Pbro., etc., «Boletín de la Academia de la Historia». n. 71, pág. 586.
37. JOSÉ MANUEL RESTREPO, Op. Cit, pág. 587.
38. JOSÉ MANUEL RESTREPO, Op. Cit, pág. 295.
39. JOSÉ AUSTRIA, Op. Cit, pág. 194.
40. VICENTE LECUNA, Crónica razonada de las guerras de Bolívar. En tres vols. Colonial Press. Inc. New York, 1950. Pág. 302. Tomo I.
41. FRANCISCO TOMÁs MORALES, Relación histórica. «Boletín de la Academia de la Historia», n. 29. Pág. 38.
42. VICENTE DEL CASTILLO, Autobiografía. «Boletín de la Academia de la Historia», n. 2, pág. 130.
43. ALFREDO GUINASSI MORÁN, El General Trinidad Morán. Tip. La Merced. Arequipa, 1918. Pág. 39.
44. JOSÉ DOMINGO DÍAZ. Op. Cit, pág. 191.
45. FRANCISCO TOMÁS MORALES, Op. Cit, pág. 40
46. FRANCISCO JAVIER YÁÑEZ, Historia de Cumaná. Ediciones del M. E. N. Caracas, 1949. Pág. 116.
47. Carta de Dionisio Franco a Cajigal. «Boletín de la Academia de la Historia», n. 71, pág. 551.
48. Pbro. JOSÉ AMBROSIO LLAMOZAS, Op. Cit, pág. 586.
49. MANUEL JOSÉ ROMERO BASTARDO, Santa Ana y su degüello. Tradiciones venezolanas. Caracas. Imp. Editorial. 1885. Páginas 203 a 209.
50. MANUEL JOSÉ ROMERO BASTARDO, El baile de Boves. Tradiciones populares

venezolanas. Imp. Edit. Caracas, 1885. Página 195.
51. MANUEL JOSÉ ROMERO BASTARDO, Op. Cit, págs. 199 a 200.
52. FELIPE LARRAZÁBAL, Vida de Bolívar. Imp. E. O. Jenkis. New York, 1863. Pág. 324.
53. FRANCISCO JAVIER YÁNEZ, Op. Cit, págs. 122 a 123.
54. JOSÉ TRINIDAD MORÁN, Op. Cit, pág. 42.
55. JOSÉ DOMINGO DÍAZ, Gaceta de Caracas, n. 19, del 7 de junio de 1815.
56. FRANCISCO JAVIER YÁNEZ, Op. Cit, pág. 129.
57. Recollection of a Service of three years during the War of Extermination. Edit. Colombia 1945, Buenos Aires. pág. 128.
58. FRANCISCO JAVIER YÁNEZ, Op. Cit, pág. 146.
59. La guerra de la Independencia en la provincia de Cumaná, por autor desconocido. «Boletín de la Academia de la Historia», n. 65, pág. 36.
60. La guerra de la Independencia en la provincia, etc. Op. Cit, pág. 36.
61. Pbro. JOSÉ AMBROSIO LLAMOZAS, Op. Cit, pág. 586.
62. Pbro. JOSÉ AMBROSIO LLAMOZAS, Op. Cit, pág. 585.
63. JOSÉ FÉLIX BLANCO y RAM6N AZPÚRUA, Documentos para la vida pública del Libertador de Colombia, Perú y Bolivia. Publicados por disposición del general Guzmán Blanco, ilustre americano, etc. Tomo V. Imp. de «La Opinión Nacional», de Fausto Teodoro de Aldrey. Caracas, 1876. Páginas 171 y 172 .
64. VICENTE LECUNA, Op. Cit, pág. 336. Tomo I.
65. FRANCISCO JAVIER YÁNEZ, Op. Cit, pág. 215. («Historia de Venezuela»)
66. Memorias del general Monagas. «Boletín de la Academia de la Historia», n. 21, pág. 62.
67. PEDRO ZARAZA, Apuntes del general Zaraza. «Boletín de la Academia de la Historia», n. 84, pág. 483.
68. FRANCISCO TOMÁS MORALES, Op. Cit, pág. 38. JOSÉ DOMINGO DÍAZ, Op. Cit, pág. 192. MARIANO TORRENTE, Historia de la Revolución Hispanoamericana. Tres vols. Imp. de León Amarita. Madrid, 1829. Tomo n, pág. 83.
69. LUIS BERMÚDEZ DE CASTRO, Boves, o el León de los Llanos. Espasa-Calpe. Madrid, 1934. Pág. 188. Vicente Dávila. Próceres Merideños. Imp. Bolívar. Caracas, 1918. Pág. 44.
70. VICENTE DEL CASTILLO, Op. Cit, pág. 136.
71. JOSÉ DOMINGO DÍAZ, Op. Cit, pág. 193.
72. JOSÉ DOMINGO DÍAZ, Op. Cit, pág. 931.
73. VICENTE LECUNA. Comentario al margen en el libro 2 de la Edición de Baralt y Díaz ordenada por el Gobierno de Venezuela, pág. 292.
74. RAFAEL MARÍA BARALT y RAMÓN DÍAZ, Resumen de la Historia de Venezuela. Imprenta de H. Fournier. París, 1841. Página 200
75. RAFAEL SEVILLA, Memorias de un oficial del Ejército español. Edit. América. Biblioteca Ayacucho. Madrid, 1917. Pago 24. 76.
76. CARMELO FERNÁNDEZ, Memorias. Caracas. Tip. Artes Gráficas. 1940. Pág. 31.
77. ANTONIO RODRÍGUEZ VILLA, El teniente general don Pablo Morillo. En cuatro vols. Imp. de Fontanet. Madrid, 1912. Tomo lII. Pág. 463.
78. PABLO MORILLO, Mémoires du Général Morilla, suivis de deux précis de José Domingo Díaz. París, 1826. Imp. Dufart. Página 14.
79. RAFAEL SEVILLA, Op. Cit, pág. 37.
80. ANTONIO RODRÍGUEZ VILLA, Op. Cit, p6g. 445. Tomo II.
81. LAUREANO VALLENILLA LANZ, Críticas de sinceridad y exactitud («El paso del Numancia»). Caracas, 1924. Edit. Bolívar. Páginas 99. a 127.

82. ANTONIO RODRÍGUEZ VILLA, Op. Cit, pág. 445.
83. SIMÓN BOLÍVAR, Op. Cit, tomo I, pág. 125.
84. SIMÓN BOLÍVAR, Op. Cit, tomo I, págs. 180 y 181.
85. ARÍSTIDES ROJAS, Op. Cit, segunda serie, pág. 192.
86. Capitán WAWELL, Memorias de un oficial de la Legión Británica. Traducción de Luis de Terán. Biblioteca Ayacucho. Edit. América. Madrid, 1916. Pág. 95.
87. Capitán WAWELL, Op. Cit, pág. 77.

